SOFÍA PARRA

DE TI PARA MÍ



Eran dos cuerpos pero tres personas.

Dos seres y un alma perdida.

De ti para mí

Sofía Parra

Portada: Paula R. González.
Foto de portada: Gabriele Forcina (Unplash.com).
Decoración interior: Freepik.com.
Corrección: Andrea Sánchez Merchante.

© 2016 Sofía Parra
www.sofiaparrarodriguez.blogspot.com.es

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en

cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.

Federico García Lorca.

Corazón

(Del lat. *cor*).

1. m. *Anat.* Órgano de naturaleza muscular, común a todos los vertebrados y a muchos invertebrados, que actúa como impulsor de la sangre y que en el hombre está situado en la cavidad torácica.

2. m. Buena voluntad.

3. m. Centro de algo.

Alma.

(Del lat. *anĭma*).

1. f. En algunas religiones y culturas, sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos.

2. f. Vida humana.

3. f. Persona, individuo, habitante.

4. f. Sustancia o parte principal de cualquier cosa.

Televisión.

(De *tele-* y *visión*).

1. f. Transmisión de imágenes a distancia mediante ondas hercianas.

2. f. Emisora de televisión.

Canal.

(Del lat. *canālis*).

1. amb. Cualquier conducto del cuerpo.

2. m. Cada una de las bandas de frecuencia en que puede emitir una estación de televisión y radio.

Real Academia Española © Todos los derechos reservados

Prólogo

«Y aquí acaba mi último minuto de gloria», pensó Katrina.

Introdujo en su fina boca rosada un número poco recomendable de pastillas para dormir, vaciando así el bote de plástico que las contenía y se las tragó todas de golpe. Cuando las pastillas llegaron a su estómago, su sistema respiratorio comenzó a fallar y, a continuación el aparato locomotor dejó de sostener el cuerpo de la joven estrella de la gran pantalla.

El cuerpo delgado cayó con un sonido hueco sobre el suelo. Su respiración se fue entrecortando hasta que, finalmente, dejó escapar su último aliento. Sus ojos azules dejaron de tener vida y se quedaron en blanco.

1

Se encontraba en una habitación blanca con forma cuadrangular. La sala tenía los muebles básicos del mismo color que la pared, haciendo un efecto camaleónico porque se camuflaban con el entorno; una mesa, un sofá y una televisión era con lo único que contaba su dormitorio, además de un baño.

Las luces estaban encendidas ya que se avecinaba un día nublado y sombrío. Las persianas, en cambio, se hallaban bajadas para proporcionarle intimidad.

El sonido de la televisión le hacía compañía junto a los inanimados peluches y las cajas de dulces bombones.

Llevaba un camisón azul que destacaba entre el resto de la sala, convirtiéndolo el punto de mira de los visitantes. El pelo corto, oscuro y revuelto, las ojeras violáceas situadas debajo de sus ojos marrones y sus espesas pestañas, unidos a la pálida piel, hacían eco de su nerviosismo frente a la operación que iban a realizarle y frente a su enfermedad.

Los latidos de su corazón eran cada vez más débiles, seguían un ritmo lento y pausado, además de por su corta edad, dieciocho años, y su cuerpo fuerte, iban a trasplantarle en unas horas un nuevo corazón que consiguiera palpitar de forma normal y que no tuviese ninguna anomalía.

Este tipo de operaciones se solían dar en personas adultas, pero debido a la malformación de su corazón desde su nacimiento, los médicos le habían recomendado a su familia que cuando encontrasen un corazón compatible con él suyo se le operase con urgencia.

Y ahí se encontraba, dos días después de cumplir dieciocho años, en una habitación del hospital que le había visto crecer a través de las revisiones cardiacas.

Había podido realizar una vida normal, aunque iba a consultas a menudo. Fue a la escuela y después al instituto, donde sus calificaciones, no muy favorables, habían conseguido que terminase sus estudios de bachillerato con una nota media baja. Entre esos edificios denominados «cárceles» por los jóvenes y bautizado «el lugar de enseñanza de la sabiduría» por los adultos, conoció a muchas personas y pudo hacer muchos amigos, incluso había tenido alguna novia.

Solía salir con sus compañeros e ir a diferentes lugares, pero todo con el debido cuidado y sin excesos.

Mientras sus compañeros, a los dieciséis años, comenzaban a fumar y a emborracharse cada vez que iban de fiesta o a la discoteca, él se quedaba

apartado hablando con la gente y tomando un refresco.

Sus recuerdos se agolpaban en su mente, tenía miedo de que la operación no saliese bien. Temía de no volver a ver a sus amigos, a su familia. Además, aún tenía un pánico infantil a las agujas.

Era una operación complicada y tenía muchas posibilidades de no sobrevivir. Los médicos le habían advertido de los posibles efectos secundarios y de que la perspectiva de seguir con vida no era nula, pero tampoco era cien por cien fiable.

Si no se enfrentaba a la operación en poco menos de seis meses, moriría. Su corazón dejaría de latir y de bombear sangre y, al final, su cuerpo se apagaría como una bombilla, hasta dejar totalmente de funcionar. Incluso tras la operación su esperanza de vida no superaba los diez años, aunque algunas personas habían llegado a llegar a vivir tres décadas después del trasplante.

Él tenía que intentarlo y ser fuerte.

***

La última visita se marchó media hora antes de que comenzasen a prepararlo para la intervención. Un cardiólogo, que le era desconocido, se acercó a su cuarto y le explicó la forma en que realizarían la operación además de los pasos que seguirían.

—Primero, te harán una incisión en el esternón, te abrirán la membrana que cubre el corazón y las grandes válvulas del órgano serán diseccionadas. A continuación, se realizará un *bypass* cardiovascular —comenzó a explicar el cardiólogo.

—¿Qué es un *bypass*? —preguntó el joven.

—Es una técnica de cirugía para suplantar temporalmente la función del corazón. No te preocupes, nuestro equipo médico la ha realizado muchas veces y no ha habido nunca problemas.

«Me van a sacar el corazón y no debo de preocuparme», pensó de forma irónica Aaron.

—Después, se retirará el corazón enfermo mediante unos cortes. A continuación, el órgano del donante se ajustará al espacio que ha dejado previamente tu corazón y será reiniciado —terminó de explicar el médico.

—Lo pintas todo muy sencillo —comentó el chico.

—Es una operación complicada, pero va a salir bien. Además el corazón que han donado ya sabes que pertenecía a un joven y, como te explicamos en otra reunión, puede ayudarte a la hora de la recuperación.

Después de la charla que tuvo Aaron con el especialista llegaron unas enfermeras, con labios rojizos y ataviadas con batas blancas, que le dieron unos medicamentos preparatorios para la intervención a la que se iba a enfrentar.

Transcurrida una hora tras la administración de los analgésicos, Aaron fue

trasladado en una camilla, pequeña para sus alargadas piernas, a la sala de cirugía donde un grupo de enfermeras y tres cirujanos, junto con varios médicos de otras especialidades, se encargaron de sedarle y dormirle con una anestesia general.

Mientras el chico dormía en un sueño plagado de terror y oscuridad, los profesionales se movían por la sala y las ayudantes pasaban los utensilios que le iban pidiendo. Utilizaron tijeras, agujas, gasas y otras herramientas, para, poco a poco, realizar la intervención.

Tal y como le habían explicado a Aaron, los cirujanos realizaron su trabajo. Fueron cortando las válvulas y conteniendo la hemorragia para que no se desangrase, aunque estuvo a punto, viviendo así unos segundos cruciales. Después, limpiaban los cortes para que no se infectase la herida. Finalmente, le sacaron el corazón enfermo e introdujeron el nuevo inquilino.

Por último, cosieron los tejidos.

Las enfermeras se encargaron de transportarlo en la misma camilla hasta la habitación que le correspondería en la UCI, para recuperarse de la operación.

2

Tres horas antes de la intervención.

Se encontraban los padres de Aaron junto a él en la oficina del cardiólogo que llevaba su caso desde que nació. Habían llegado en cuanto el doctor les había llamado, su tono era urgente y apenas había pronunciado unas cuantas palabras.

Estaban sentados enfrente del médico y una enfermera, que se mantenía en pie, en unas sillas de cuero negro situadas delante de una mesa alargada de madera de roble.

Sabían de lo que iban a hablar, podrían ser buenas o malas noticias como siempre que entraban en esta consulta. Una faceta del cardiólogo, que agradecían los pacientes, era que no se iba por las ramas y lo decía todo claro sin dar falsas esperanzas.

—Hemos encontrado un corazón para ti —comenzó el médico.

Los tres miembros de la familia se alegraron mucho, las buenas noticias se fundieron con ellos en un abrazo colectivo. Los padres habían estado largos años padeciendo, sufriendo y luchando porque, no encontraban ningún órgano compatible con el de su hijo haciendo que su vida peligrase.

—Pertenecía a un joven que se suicidó con pastillas para el insomnio, pero el órgano está intacto. Le hemos realizado todas las pruebas correspondientes y comparado con tu grupo sanguíneo. Creemos que sois compatibles.

—¿A quién pertenecía? —preguntó Aaron curioso.

—La familia quiere que sea anónimo y prefieren que no digamos el sexo del donante, lo siento.

—¿Cuándo harán el trasplante? —preguntó el padre ansioso, contento por la noticia.

—En unas horas. El corazón, en concreto, es un órgano que apenas aguanta unas horas fuera de un cuerpo. Tenemos que prepararte, nos queda poco tiempo.

La madre comenzó a limpiarse las lágrimas que surcaban su rostro arrastrando gotas de un suave maquillaje que adornaba sus oscuros ojos. Llevaban años esperando esa noticia. Ahora habían encontrado el elemento que haría que su hijo sobreviviese.

Fuese quien fuera el donante, la mujer siempre se lo agradecería. Le daría las gracias mentalmente, incluso rezaría por dichas personas desconocidas.

—Aaron, ¿prefieres que te cuente ahora como va el trasplante o más adelante? —preguntó el médico.

—Mejor dígamelo minutos antes de la operación: no quiero saber demasiado sobre cómo abrirán mi cuerpo —contestó.

—Pues ya no tengo nada más que decir —sentenció el médico.

La familia le agradeció al cardiólogo toda la atención que había recibido su hijo y toda su ayuda, además del fabuloso trato con el que había contado la familia.

El especialista les deseó suerte y, a Aaron le aconsejo que tuviese fuerzas y aguantase todo lo que le esperaba, pues no sería nada fácil.

Pero nadie se imaginó que se vería envuelto en un gran lío del que ni médicos ni enfermeros estarían al tanto.

3

El convaleciente tardó más de lo normal en despertar de la operación. Estuvo tres días inmerso en un profundo sueño a pesar de que la anestesia general había desaparecido horas después de la intervención.

Los médicos tuvieron miedo de que el corazón no funcionase dentro de su organismo y hubiese problemas de compatibilidad.

Mientras Aaron estuvo dormido, los especialistas le sometieron a diversas pruebas que solo confirmaron dos cosas. La primera, se trataba de algo fuera de lo normal, y la segunda, el suceso no afectaba a la evolución del órgano.

En cierto estudio detectaron que el corazón estaba reaccionando bien. Pudieron apreciar en la unión con las válvulas que los tejidos y capas estaban cicatrizando y uniéndose de forma correcta. Pero lo que más les sorprendió fue que todo ello estaba sucediendo a una velocidad vertiginosa.

A las dos de la tarde del tercer día el muchacho despertó del profundo sueño. Se encontraba con demasiada energía, un hecho poco normal tras haberse sometido a una operación tan peligrosa.

Las enfermeras se encargaron de traerle la comida para que repusiese fuerzas.

Entretanto el cardiólogo, que había supervisado la intervención, en su despacho explicó a los padres del enfermo que la operación había salido bien. También les habló de la recuperación tan rápida que estaba experimentando Aaron; esto último, aclararon que no era negativo. Tras terminar la reunión salieron del despacho cerrado y se dirigieron a la habitación 115, el cuarto de su hijo.

Cuando abrieron la puerta este se hallaba terminando un plato de ensalada.

—Te has despertado con hambre —comentó el padre sonriendo al ver a su hijo con un aspecto poco demacrado tras la intervención.

—Está todo como siempre: la comida realmente asquerosa, supera a la de los campamentos de verano —dijo Aaron mientras terminaba de masticar un trozo de tomate.

—Me alegro de que estés así de bien; si te estuvieses comiendo esto sin replicar, me tendría que preocupar —afirmó el padre.

Madison, la madre de Aaron, se encontraba a los pies de la cama. Su pelo castaño estaba peinado hacia atrás, seguramente a primera hora había ido a la peluquería, sus ojos marrones estaban decorados de forma sencilla y cuidada. Apoyó su delicada mano enjoyada en la tela de la cama y levantó la mirada hacía

su hijo.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó de forma nerviosa, le afectaba mucho ver a su hijo postrado en una cama, aunque no mostrase un aspecto lívido.

—Bastante bien, me duele un poco —contestó Aaron.

—¿Quieres que llame a las enfermeras? —preguntó la madre asustada.

—No te preocupes, me han dicho que es normal que tenga molestias —hizo una breve pausa mientras se comía, esta vez, un trozo de zanahoria. —Por cierto, esa camiseta es un poco… fea, ¿desde cuándo la tienes?

Cuando las palabras de Aaron salieron por su boca y el chico las procesó, se tapó inmediatamente los labios y susurró un simple perdón.

La camiseta la había elegido él dos meses antes de ese instante, y le gustaba. Por alguna razón ahora no le parecía tan bonita como cuando la eligió. Antes de la operación la adoraba.

—No te preocupes hijo, será de la anestesia —contestó la madre nerviosa. No le gustaban los hospitales, le producían inquietud.

El padre de Aaron, Jeff, se acercó a su mujer y, le dio un tímido abrazo por la espalda. Sus fuertes brazos cubrieron los hombros de su esposa en un intento de relajarla. Era bastante más alto que su mujer, su pelo corto y canoso, era castaño y sus ojos eran del color de la hierba.

Los dos hombres de la familia se parecían bastante excepto por el color de su mirada y por los surcos que decoraban el rostro del mayor.

Jeff entabló una conversación con su hijo sobre las últimas noticias que se habían producido en su ciudad y le puso al día sobre la liga de fútbol y las carreras de fórmula 1, los dos deportes favoritos de su hijo.

Varias horas después las enfermeras pasaron a la habitación de Aaron para administrarle los medicamentos. En seguida cayó en un profundo sueño, haciendo que sus padres se marcharan algo más tranquilos tras ver a su hijo con una salud favorable, tras una larga operación.

Aaron se sumergió en una oleada de sueños que le transportaron de escenas imaginarias en el hospital a escenas en su instituto y otros lugares, como playas paradisíacas y zonas de montañas, hasta que finalmente acabó en una dimensión blanca.

El espacio tenía una forma alargada, parecía que estuviese flotando en un universo paralelo. En él podía escuchar la voz de una chica a la que no podía ver, un biombo negro la escondía.

Su timbre de voz era dulce y cantarín, le recordaba a la voz de alguien pero no lograba identificarla. Lo único que conseguía distinguir del murmullo que pronunciaba de forma rápida e incomprensible, fue una frase que le cortó la respiración: “*esa camiseta es un poco… fea*.”.

Era lo mismo que él había pronunciado cuando se encontraba junto a su madre.

Aaron sabía que esa frase no la había dicho por su propia voluntad. Y ahora, una voz femenina se la repetía sin cesar, en susurros y en gritos, para que la recordase, para que la grabase en su cerebro.

A través de los juncos negros, que formaban el biombo, consiguió descubrir unos ojos azules como el cielo y transparentes como el cristal. Le observaban sin perder ningún detalle de sus movimientos, le vigilaban y le imponían un respeto hacia la persona poseedora de ellos.

Apartó la mirada de aquel azul que le hipnotizaba, cerró los ojos y deseó desaparecer.

El sueño se desvaneció y Aaron consiguió descansar en un manto de nubes y estrellas.

4

Aaron se sentó en la cama escuchando al cardiólogo que le atendía desde que nació en ese mismo hospital.

En los últimos días había evolucionado correctamente. Llevaba ya una semana en el hospital y en unos minutos le darían el alta.

El médico le estaba explicando las últimas instrucciones sobre la alimentación que debía seguir cuando saliese del hospital.

—Ahora debes tener una dieta baja en grasas y sal. Y recuerda que sea saludable y equilibrada —comentó el doctor —Debes evitar también los alimentos con alta tasa de colesterol y enlatados o ahumados.

—Antes de la operación, mi dieta era así —dijo Aaron.

—También sabes que tendrás un seguimiento exhaustivo.

—Todo como antes, alimentación sana, no fumar, no beber, ni tampoco alteraciones. Llevo con el puto corazón mal desde antes de salir de la tripa de mi madre. Sé todo lo que tengo que hacer y lo sabes, no me lo repitas más —gritó.

—Vale, tranquilízate. Evita alterarte, recuerda —el cardiólogo puso su mano en el hombro del chico y él dejó que se mantuviera en esa posición.

Le entregó varios papales que tuvo que firmar, y unos folios con instrucciones que el chico ya se sabía de memoria. También le adjuntaron una tarjeta donde ponía la fecha y hora de su próxima revisión.

Por último, le dieron la ropa que llevaba puesta el día que le ingresaron: un pantalón vaquero y un polo verde menta. Se cambió en el baño y salió de la habitación que le había acogido los últimos días.

De nuevo, podía volver a hacer su vida fuera del hospital. Regresaba a su casa para continuar con ella.

En la entrada del centro hospitalario le esperaban sus padres junto al coche familiar que llevaba con ellos desde que tenía el muchacho cuatro años. Cuando se reencontró con sus padres, le volvieron a abrazar. Subieron al vehículo y ya con los cinturones abrochados le entregaron su cartera y su móvil táctil que seguramente tuviese saturado la mensajería de whatsapp.

Al reiniciar el móvil y poner el patrón que protegía su información, salió su foto de fondo de pantalla. Su corazón empezó a latir de forma descontrolada como si hubiese visto a una persona que le pareciese muy atractiva. Lo extraño de la situación era que en su fondo de pantalla solo aparecía él con el torso bronceado luciendo abdominales.

Bloqueó de nuevo el móvil y se recostó en el asiento.

Acababa de salir del hospital, tenía que relajarse. Debería dejar de tener alucinaciones y de pensar de forma negativa. Su corazón estaba bien a pesar de sentirlo diferente, eso le habían dicho los médicos. No era su órgano, sino el de una persona que no tenía vida pero a pesar de ello ahora le pertenecía y todo iba a ir bien.

Tras pasar un atasco, producido por un accidente de tráfico que les mantuvo parados media hora, atravesaron un par de barrios y parques, hasta que llegaron a la vivienda de la familia. Allí el chico tuvo un ferviente recibimiento. Sus compañeros de clase, algunos amigos de sus padres y gran parte de su familia le esperaban en la puerta de la casa.

Tenía el apoyo de las personas que más le querían, no necesitaba nada más. Aunque sentía que algo iba cobrando vida en su interior y necesitaba el apoyo de la gente de su alrededor más que nunca, o eso pensaba él.

En el salón de la casa de Aaron, pusieron unas mesas donde colocaron aperitivos y refrescos para que la gente tomara un pequeño tentempié. Estaban celebrando que la operación había salido de forma correcta y que el muchacho podría tener una segunda oportunidad de vivir.

Las conversaciones inundaban el ambiente. La gente dividida en grupos disfrutaba de la celebración, y el recién operado se deslizaba por el suelo escuchando a cada invitado y respondiendo a todos los interrogatorios que le hacían.

Se encontraba con fuerzas para seguir todo el ritual, es más, en ningún momento se sintió cansado pero por prevención cada cierto tiempo tomaba asiento en alguna silla.

Las horas de la tarde se iban esfumando como los días en un calendario iban pasando.

La gente comenzó a marcharse con el sol.

La familia de tres miembros recogió la fiesta.

Por último la gente se fue a dormir, todos menos un corazón que se iba apoderando poco a poco de su nuevo dueño. Sus raíces iban adaptándose a sus nuevos tejidos.

5

La melodía del móvil despertó a Aaron. Era una música tranquila y armónica, que pertenecía a la banda sonora de una serie poco conocida a la que estaba enganchado desde hacía un par de años pero que había dejado de emitirse por la muerte de la actriz protagonista.

La serie era una historia de misterio, llevada a cabo en un campamento de verano al que iban unos adolescentes normales enviados por sus padres. Durante su estancia se daban situaciones anormales, como secuestros y experimentos. También había entre los personajes relaciones de amor y de amistad, engaños, mentiras y discusiones.

La protagonista era una chica joven, que junto a su grupo de amigos tenía que resolver los enigmas que iban apareciendo. Además todos ellos tenían que intentar sobrevivir hasta que llegase a su fin el campamento.

Nunca terminó.

Diamond Camp fue una más de esas series que cancelaban.

El corazón de Aaron se aceleró al escuchar la música. Iba desbocado y todo por una sintonía que había escuchado millones de veces y a todas horas.

Desde el momento en que había despertado de la operación sabía que algo nuevo estaba aflorando dentro de él. Aún no conocía qué era ni por qué se sentía así. Una de las hipótesis que tenía en su mente y que le daba miedo admitirla era que quizás no estaba aceptando bien el corazón y tuviese algún problema.

Tenía que ser fuerte, y por eso bajó con fuerzas renovadas a desayunar. Se tomó dos tostadas, una magdalena, cinco galletas cuadradas y un vaso de leche con dos cucharadas de azúcar, todo de forma exacta.

El día anterior a su ingreso en el hospital le dieron las vacaciones en el instituto, y por lo tanto ahora era libre. Tenía que echar plaza en las universidades donde quería cursar el siguiente año, pues había acabado la etapa en el instituto y pasaba a formar parte de una gran institución nueva.

Pero esa tarea la dejaría para más adelante, estaba cansado y, por lo pronto, tenía pensado ir a la revisión que le correspondía del corazón. Hoy le iban a quitar los puntos. Habían pasado unos días desde que le habían dado el alta pero la cicatriz ya empezaba a tener costra.

Tras vestirse con un cómodo chándal, salió de su casa y cogió el transporte público. Habían reducido el número de autobuses a causa de la crisis y tuvo que esperar durante una larga media hora. Cuando por fin llegó el vehículo a la parada donde lo esperaba, se subió y al cabo de quince minutos llegó al centro

médico.

En la consulta de siempre el doctor Looper, su cardiólogo, le estaba esperando.

Le hizo tumbarse en la camilla apartada en un lateral de la habitación. A continuación, le pidió que se quitase la camiseta de manga corta que había escogido para llevar esa mañana. Paulatinamente, le fue quitando los puntos hasta dejar solamente una fina marca, que perduraría de forma que no pudiese olvidar la operación a la que había sido expuesto.

Después, para comprobar si iba bien la adaptación del nuevo órgano le hicieron un par de pruebas que volvieron a concluir que el corazón estaba en perfecto estado y además, aunque fuese extraño, estaba demasiado bien adaptado para haber pasado tan poco tiempo.

Con estas buenas noticias, Aaron salió del hospital menos preocupado pero con la misma sensación extraña en el cuerpo. Regresó a su casa con el mismo medio de transporte empleado para ir al médico, utilizó el autobús y esperó el tiempo necesario hasta que llegó a su parada.

Al llegar a su casa, bajó al garaje y se sentó en el suelo de la habitación. Allí una moto negra con unas manchas verdes reposaba apoyada en la pared.

Nunca había conducido la motocicleta porque el médico no le había dejado. Pero sabía que en cuanto estuviese adaptado a su nuevo órgano podría conducirla.

Siempre bajaba a verla y acariciarla después de las revisiones. Le daba fuerzas para seguir luchando, tenía un motivo para esforzarse en su recuperación, aunque sabía que era una tontería.

Cuando pasaba tiempo lejos de ella la añoraba y, cuando veía a la gente conducir otras motos les envidiaba.

Por dentro algo sintió la misma envidia, esa que él solía experimentar.

Cuando ese sentimiento interior afloró, no comprendió de dónde había salido. Se alejó de la sala, de la moto y del mundo. Regresó a su habitación y se encerró.

El trasplante no solo había alargado su vida, sino que, además, algo estaba empezando a cambiar en su interior. Lo notaba.

6

Las manos de los ángeles más robustos habían colocado su cuerpo delgado, pálido y pequeño en un alargado y oscuro ataúd. Las manos de los ángeles más delicados le habían colocado un bonito y elegante vestido color champán, que cubría cada parte de su meticuloso cuerpo. Un collar dorado acariciaba su piel.

Alrededor de la caja de madera tres coronas de flores decoraban los laterales. En ellas ponían recordatorios a la persona que se había ido.

La gran capilla estaba llena. No quedaba ningún hueco para una persona más. Todos querían despedir a esa joven que había perdido la vida.

Los flashes de los periodistas no paraban de iluminar el recinto y la caja fúnebre, donde el cuerpo de la joven actriz descansaba.

Sin duda había sido y sería por meses el tema que estaría en boca de todos.

Nunca dejaría a los vivos, pero ¿realmente eso podría ocurrir?

7

Encerrado en su habitación, cuando la oscuridad de la noche lo envolvía todo, Aaron comenzó una búsqueda intensiva a gran velocidad a través de la red de Internet. Tenía que encontrar información sobre los trasplantes de corazón, efectos secundarios y todo lo relacionado con ello.

El buscador le enseñó, mediante la pantalla, un sin fin de páginas web especializadas en trasplantes, cuidados y curiosidades sobre dicha operación. Pero todas ellas ya las había mirado antes de que le realizaran la intervención.

Tenía que buscar algo fuera de lo normal, algo paranormal. Lo que le estaba pasando a él no era ni mucho menos algo que le sucediese a todas las personas con un trasplante de órgano. De haber sido así, ya hubiese aparecido en las noticias, en la televisión, la radio y los periódicos.

Abrió una nueva ventana en su buscador y comenzó una nueva exploración. Colocó una nueva frase con palabras claves como *extraño*, para probar suerte a ver si encontraba información diferente a la que había visto anteriormente. Cuando pulsó la tecla *intro*, de fondo se podía escuchar el sonido de un rayo que impactaba en la parte de afuera de la casa.

A continuación, la luz de la calle se marchó, las farolas se apagaron y, seguidamente, la luz de las viviendas se fue, dejando a oscuras toda la ciudad. En la habitación de Aaron, las luces se fundieron, la pantalla del ordenador se quedó en negro y una brisa procedente de la calle entró por la ventana estremeciendo al chico.

En el cuerpo del muchacho empezó a florecer el miedo. Por primera vez, tembló gracias a algo que no tuviese que ver con agujas y operaciones. De nuevo, el bicho que estaba resurgiendo de su interior le hizo volver a estremecerse y sumió a su cuerpo en una danza de tiritones nerviosos.

Aaron no era supersticioso pero en ese momento cualquier teoría de espectros o fantasmas la hubiese dado por verídica.

Intentó encontrar una linterna entre los cajones de su escritorio, pero no halló ninguna. Después, buscó su teléfono móvil y, con el escaso resplandor que daba la pantalla, aguantó hasta que la luz regresó, al cabo de una hora.

Durante ese tiempo, el chico se dedicó a crear historias de fantasmas, leyendas de espíritus y cuentos de almas que vagaban en busca de su asesino.

No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Consiguió dormir dos horas seguidas, el resto del tiempo intentó descansar en pequeños intervalos.

Estaba agotado tanto física como psicológicamente.
Algo nacía en su interior.

8

Se estaba volviendo loco.
Nada tenía sentido.
Todo parecía apuntar a una misma cosa.
Todo señalaba al mismo lugar.
Era el nuevo corazón.
¿Un simple órgano podía ser el responsable
de toda una marea de sucesos?

9

Al día siguiente de la tormenta, Aaron comenzó una nueva investigación. Quería saber qué era lo que le sucedía a su corazón y si en Internet no aparecían las respuestas tendría que buscar por otro lado.

Debía comenzar por el principio, lo esencial, que era conocer quién fue el dueño de su órgano.

Su misión era encontrar el informe de la intervención que le hicieron. Por lo tanto, tenía que ir al hospital y robar los papeles. Coger prestados los papeles, mejor dicho.

No sería un robo fácil: sabía que todos los documentos los guardaban en el segundo cajón del escritorio del doctor Looper. También había otra copia en el ordenador de recepción.

Su primera opción era invadir el despacho de su médico. La segunda, era su plan de emergencia y, sería la forma más difícil de hacerlo, obtener la información desde secretaría.

Esa misma noche iría, se colaría en el despacho de su cardiólogo, abriría el cajón y conseguiría el informe. Después, buscaría entre los papeles el nombre del donante y el teléfono de algún familiar para contactar con ellos.

Todo parecía muy sencillo, pero la parte complicada comenzaría cuando estuviese dentro del hospital.

Doce de la noche. Le esperaba a Aaron un camino de una hora a pie.

Los autobuses a esas horas no tenían servicio y no podía correr, su corazón no aguantaría la carga que tendría que soportar.

La noche era fresca, la temperatura ni muy elevada ni muy baja, perfecta para un paseo nocturno. Las estrellas estaban escondidas tras una nube de contaminación dejando solo a la vista una luna brillante, en cuarto creciente. De música de fondo los susurros y las débiles voces de los más atrevidos. La ciudad dormía en su mayoría.

La duración del camino se alargó a cuarenta y cinco minutos. Tuvo que parar a mitad del recorrido por el cansancio. Su cuerpo acostumbrado a las camillas, sillones y camas, no soportaba los largos paseos aunque los últimos días había tenido mucha fuerza.

Al llegar al edificio, alto y alargado, con un cartel en letras fosforescentes, que anunciaba hospital, se paró. Tomo una larga bocanada de aire, repasó mentalmente su plan y entró por la puerta, mostrando un estado de

normalidad.

Primero se dirigió a la recepción del hospital donde preguntó por su doctor, el cual no tenía turno nocturno y por lo tanto no estaba en el hospital, como Aaron había previsto. Se conocía demasiado bien los horarios de los médicos que le habían tratado con regularidad durante su enfermedad.

A continuación, pidió a la recepcionista que le dejase las llaves para entrar al despacho del cardiólogo, alegando que se había dejado las llaves de su casa. La trabajadora llevaba en ese hospital más tiempo que Aaron yendo a consulta, por lo tanto, lo conocía y se sabía su expediente perfectamente. La recepcionista, ingenua, le prestó las llaves con tal de que cuando encontrase su llavero se las devolviese.

Aaron tomó las llaves y caminó con paso ligero, intentando no mostrar su nerviosismo, recorriendo los pasillos del hospital. Tomó el ascensor hasta la segunda planta, giró hacia la derecha y caminó varios minutos en dirección recta hasta llegar al despacho número dieciséis. Introdujo el metal en la cerradura y tras un pequeño sonido, la puerta se abrió sin dificultad. Entró y cerró tras de sí.

Tomó aire, respiró y empezó a realizar su cometido.

Se acercó al escritorio, abrió el cajón donde estaban los documentos y expedientes de los pacientes, y buscó el suyo. Tenía que encontrarse por la mitad, porque estaba ordenado por orden alfabético, sacó una pequeña carpeta de color azul y la puso sobre la mesa.

Abrió el archivador, que contenía más de cien folios. Empezó a buscar la información sobre la intervención y la donación.

Iba pasando páginas, mientras sus ojos, con una velocidad demasiado lenta iban leyendo cada frase, iban mirando cada gráfica y cifra, hasta que llegó a un apartado donde ponía: ficha del domante, no, del donante.

Releyó la información, porque le costaba comprender el significado de las palabras, pues algunas de ellas le sonaban mal, había confundido corazón con cortazón. Además de que le costó darse cuenta de que solo había una breve descripción del tipo de sangre, la edad y las causas de la muerte del donante. Tomó otra bocanada de aire.

No podía ser que todo el camino que había realizado hubiese sido desperdiciado al estar tan cerca. Volvió a revisar la información y en una esquina, tras las causas del fallecimiento, había apuntado con tinta negra y en cursiva, un número de teléfono.

Hizo un par de fotos con su móvil a esos documentos y apuntó los dígitos del número de teléfono en la lista de contactos de su móvil. Recogió todo y lo volvió a colocar como estaba. Volvió a cerrar el cajón asegurándose de que nada estuviese fuera de lugar.

Allí nadie había estado.

Volvió a tomar un par de bocanadas de aire antes de salir por la puerta del despacho, para serenarse.

Cerró la puerta utilizando la llave que le habían proporcionado en secretaría y la devolvió.

Nadie sospechó nada.

Regresó a su casa caminando. Esta vez, más despacio, con zancadas más cortas y respirando el aire de la noche. Ahora las calles estaban totalmente silenciosas. Los murmullos se habían apagado y la gente descansaba. El reloj de muñeca de Aaron marcaba las dos y diez de la mañana, una hora hermosa para fundirse en un profundo sueño, pero el chico tenía que llegar a su casa.

Al llegar al portal, tuvo que subir andando los dos pisos que le llevaban hasta su apartamento: el ascensor estaba averiado. Cuando logró llegar al umbral de su puerta, entró haciendo el menor ruido posible, se dirigió a su habitación y se tiró en la cama.

Con la misma ropa que llevaba puesta, se dejó atrapar por las sábanas. Vagó por los sueños en busca de una historia o de una verdad, ¿quién sabe? Durmió plácidamente en su mullido colchón hasta que fue transportado de nuevo a la fantasía nocturna que se repetía consecutivamente todas las noches.

De nuevo, apareció en una dimensión con forma cuadrada. Al fondo de la sala, el mismo biombo separaba a Aaron de la voz cantarina y risueña que había detrás del bambú. Esta vez, no podía ver sus ojos cristalinos, solo la podía escuchar.

Un susurro envolvió la habitación, *mi corazón* decía la voz. El chico intentaba acercarse inútilmente, sus pies no podían despegarse del blanco suelo. Intentaba profanar un grito que se quedó estrangulado en su garganta. Quería ir a buscar el cuerpo del que provenía la voz dulce, aquella que le tenía embelesado como el canto de las sirenas engatusó a los marineros en la historia de la *Odisea*.

La habitación se iba comprimiendo, los susurros rebotaban, el cuerpo de Aaron se veía cada vez más apagado e iba a ser aplastado por las paredes. Había olvidado por completo que estaba sumergido en un sueño y que nada era real. Por un momento, el chico temió por su vida, hasta que una luz le hizo desaparecer de esa escena y le devolvió a la realidad.

Se despertó sudando, envuelto en un mar de sábanas blancas. La luz del sol mañanero le cegó, los rayos chocaron contra sus ojos y le hicieron recordar que en ese momento tenía un número que le podría conducir hacia el cuerpo que esa noche perseguía.

Cogió el móvil y buscó en la agenda de su teléfono el número guardado como “dueño de mi corazón”. Lo marcó y esperó a que alguien descolgase el

auricular al otro lado de la línea.

Los segundos iban pasando y los pitidos iban sonando. Nadie contestaba al otro lado de la línea. Y tampoco había buzón para dejar un mensaje de voz.

Su ilusión se evaporó.

Volvió a tumbarse y a intentar conciliar el sueño, pero le fue imposible.

Solo pensaba en la voz que le había acechado esa noche.

En el cuerpo que no logró ver.

En la habitación con un biombo negro.

Sabía que era una chica, su timbre de voz la delataba.

La conocía, pero no recordaba qué relación guardaban.

No sabía su nombre.

Volvió a intentar llamar al número, otra vez en vano. «Seguiría probando hasta que alguien contestase», pensó.

10

Llevaba todo el día marcando el mismo número, los mismos dígitos y no obtenía respuesta. Se había aprendido el número de memoria, hasta podía teclearlo con los ojos cerrados. Se había convertido en una pequeña obsesión.

La noche volvía a caer como si fuese una cúpula, las respuestas eran nulas y de nuevo los sueños se apoderaban del ambiente.

Tumbado en su cama volvió a dormirse.

La misma sala, el mismo biombo, la misma voz, las mismas palabras *mi corazón*, la misma chica invisible. De nuevo despertaba con sudores, las mantas enrolladas a sus largas piernas, esta vez despertado por la sintonía de su tono de llamada.

El teléfono vibraba sobre la mesilla de noche colocada junto al cabezal de la cama. La canción perteneciente a la cabecera de la serie Diamond Camp le despertó.

Alargó el brazo y cogió el móvil, el número lo tenía guardado en su agenda pero en vez de con un nombre, con una frase; pulsó la pantalla en un punto verde y colocó el metal en su oreja.

—¿Quién? —preguntó con una voz espesa.

—Llevas un día acosándome por teléfono, sería mejor que respondas tú a tu propia pregunta —contestó una voz femenina parecida a la que se escuchaba a través del biombo en sus sueños.

—Soy Aaron Lekker. Buscaba a algún familiar de la persona que donó su corazón para mí.

Un silencio incómodo se hizo patente.

—Estás hablando con la persona adecuada. Soy su hermana.

—Necesito saber quién era la dueña del órgano: no te lo creerás, pero sueño con su voz y siento muchos sentimientos extraños que podrían pertenecerle y están empezando a aflorar en mí —dijo de corrido. Después de escuchar su comentario intentó arreglarlo —. No estoy loco, de verdad.

—Eres un colgado, un loco. Déjame en paz. Solo llamas para reírte de nosotros.

—No cuelgues, te lo puedo demostrar —Tenía que decir algo que pudiese hacerle creer a su interlocutora que tenía sensaciones extrañas, podía decirle los sentimientos que había albergado los últimos días —Tu hermana era una seguidora de la moda y conducía o le gustaban las motos, pero hacía mucho que no se subía a una y las añoraba.

—Te has acercado mucho a los gustos de mi hermana —una breve pausa se fundió entre ellos—. Sigo sin creerme tu cuento de las voces y demás, pero en esas dos cosas has acertado.

Poco a poco, Aaron iba recobrando la esperanza de sacar algo en claro de esa extraña situación. Tenía que evitar que la persona que estaba al otro lado de la línea finalizase la llamada y que con ello sus esperanzas de saber qué le pasaba se desvaneciesen.

—¿Quién era tu hermana?

—Es mejor que nos reunamos, no quiero que armes escándalos.

«Esa joven que se pensaba que era, ¿un perturbado?», se preguntó Aaron.

—En media hora, en el Starbucks de Brompton Road, no quiero que te retrases o me iré —con este último comentario, la chica colgó el móvil sin despedirse.

La calle que le había proporcionado su interlocutora estaba a más de media hora andando: tenía que coger en menos de diez minutos el autobús o no llegaría a la cita.

Se dio una ducha rápida con agua fría para despejarse del todo. A continuación, se vistió de forma casual con unos vaqueros desgastados y una camiseta de manga corta gris con una inscripción sobre una película que le gustaba y salió en busca del autobús.

Los sillones del café donde se encontraba eran de color granate y estaban acolchados. Su pedido reposaba en un vaso de plástico, con el logo del establecimiento y su nombre.

Era un sitio pequeño y acogedor, solo había una planta y disponía de menos de veinte mesas. Tenía grandes ventanales repartidos por toda la sala que dejaban ver a los transeúntes que pasaban alrededor del local.

«A estas horas de la mañana está vacío, sería fácil distinguirme entre los muebles», comentó para sí mismo. Había escogido una mesa situada al final del local pero con una buena visión de la puerta de entrada.

Cuando la aguja de su reloj marcó las nueve y media, una chica entró por la puerta del establecimiento. Era de complexión mediana, ojos azules y pelo moreno. Portaba un bolso y un conjunto arreglado que destacaba entre la decoración del establecimiento.

Era idéntica a la actriz de su serie preferida.

Le sirvieron su pedido y se acercó hasta su mesa con paso decidido, haciendo resonar los tacones que completaban su elegante vestimenta.

—¿Aaron Lekker? —inquirió.

—No puede ser —dijo con un hilo de voz el chico.

—No soy una aparición, soy Arya, la hermana de Katrina Blumer.

Los ojos de Aaron se fueron agrandando y su boca se abrió formando una “O” perfectamente redonda. No podía apartar la mirada del rostro que había tomado asiento enfrente de él.

Ella también le evaluaba, por lo visto bastante contenta de su reacción.

11

Katrina Amy Blumer (Nottinghan, Nottinghanshire, 24 de Julio de 1995 – Londres, 13 de Abril de 2013) fue una actriz y cantante inglesa, conocida por su papel de Grace Hamilton en la serie Diamond Camp.

El 13 de abril de 2013, la actriz fue hallada sin vida en su habitación en el ático que tenía a su nombre, en la ciudad de Londres. Blumer tenía una cita en el lugar donde se encontraba con su hermana gemela. Arya, su hermana, empleó la llave que disponía para entrar en la vivienda, cuando no obtuvo respuesta al llamar al timbre. Al entrar al apartamento y no ver a nadie, miró por todas las habitaciones hasta descubrir el cuerpo de la actriz en el cuarto de baño cuando sus latidos se estaban apagando.

El Departamento de Policía de Londres declaró que la causa de muerte no era evidente, pero que se descartaba la posibilidad de que hubiera habido un crimen. La autopsia se realizó el 15 de abril de 2013. El 16 de abril del 2013 se confirmó que la muerte de la Katrina se debió a una sobredosis de pastillas para el insomnio.

Y ahora Aaron tenía su corazón. Una pequeña parte de ella.

Escrutó con la mirada a la hermana de la actriz. Era prácticamente un clon. Sus ojos azules, su cabello oscuro y fino, sus delgados labios rosados, eran idénticas excepto por unos pequeños detalles. Arya no llevaba un aro en la nariz a modo de piercing ni tampoco tenía la pequeña cicatriz que tenía Katrina debajo del labio inferior con forma de “C”.

«Son personas diferentes. No es un fantasma ni una aparición», tenía que decirse Aaron para no sucumbir a la locura que le estaba a punto de acechar. No era un loco, pero, entre una cosa y otra, estaba a punto de convertirse en uno, dando así la razón a Arya.

—Ya sabes quién es la donante de tu corazón —comentó Arya después de dar un sorbo a su *cappuccino* aparentando tranquilidad. Estaba desesperada y necesitaba agarrarse a cualquier cosa para sobrellevar su perdida por eso había accedido a reunirse con ese chico que parecía que sabía cosas sobre su hermana.

—¿Tu hermana tenía poderes sobrenaturales? —preguntó Aaron.

La joven estuvo a punto de escupir el café por las palabras del chico. Su gélida mirada se congeló todavía más, si eso podía suceder, y su cara comenzó a contraerse por la ira.

—¿Eres gilipollas? —respondió la chica con otra pregunta en un tono de voz frío y cortante.

Aaron estaba confundido. El corazón le hablaba en sueños, le mandaba señales pero no comprendía nada. Arya tampoco era muy receptiva sobre el asunto y, tampoco él estaba tocando con mucho tacto el tema de la muerte.

—Lo siento —volvería a probar, esta vez con más precaución. —Todo esto es muy extraño, llevo unos días encontrándome con sensaciones que no me pertenecen. Parece que Katrina se quiere comunicar conmigo, parece una locura, ¿verdad? Lo único que quiero es averiguar porque sucede esto. —hice una pausa para tomar aire. —Tengo una amiga a la que le apasiona el espiritismo y, a veces habla de que los muertos no se marchan hasta que cumplan su cometido. Sarah, mi amiga, afirma que el trabajo de las médiums es muy importante para ayudarles a terminar su trabajo, ¿tu hermana había ido a alguna médium últimamente? —Esa era una buena pregunta y no era muy personal.

La chica frunció las cejas, volvió a tomar un sorbo de su café, y levantó la vista.

—Sí. Habíamos ido juntas, un mes antes de lo sucedido. ¿Por qué?

Existía una efímera posibilidad de que la actriz quisiera que quien continuase con su vida a través de sus órganos finalizase algo que no le dio tiempo a resolver. Todo esto era una posibilidad que el chico meditó. «Debo dejar de leer historias de ciencia ficción, me están afectando», se dijo así mismo.

La otra posibilidad era que Aaron se estuviese volviendo loco definitivamente.

—¿Quieres que vayamos juntos a verla de nuevo? —preguntó el chico, enseñando una pequeña sonrisa —Creo que necesito una sesión, ya sabes, de esas que hacen las médiums.

La muralla de hielo que estaba mostrando la chica se iba derritiendo gracias a las palabras del chico dejando a la vista que seguía muy afectada por la pérdida. Aaron había dado en el grano, destruyendo su fortaleza con su poco cuidado.

—No puedo volver allí – susurró Arya empezando a dejarse llevar por todos sus sentimientos. Había dejado que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

Aaron se levantó de su asiento, estás situaciones le ponían incómodo y normalmente actuaba impulsivamente sin saber muy bien qué hacer. Se acercó al débil cuerpo de la muchacha y le rodeó con sus largos brazos temblorosos. La chica los apartó bruscamente. Estaba cohibido, simplemente le susurro la palabra “perdón” antes de apartarse de ella y volver a su sitio. Finalmente, le dio una servilleta que estaba en la mesa.

Quizás el chico no era bueno con las palabras, fuese brusco y se expresase mal pero sabía cuando se había equivocado e intentaba enmendar sus errores.

Cuando la chica logró calmarse tragó saliva varias veces antes de comenzar a

hablar pero, en ese instante en que iba a comenzar a expulsar sus palabras, fue interrumpida por el chico.

—He sido muy desconsiderado e impertinente, lo siento. También lamento tu pérdida, será duro para ti ver cómo personas desconocidas tienen un fragmento de ella.

—No te preocupes —suspiró absorbiendo los mocos que le taponaban las fosas nasales—: yo también quiero saber por qué hizo todo, por qué dejó su vida. Necesito saberlo. Pero ten clara una cosa, ¡tú no tienes ningún fragmento de ella ni nada!, recuérdalo —sus últimas palabras fueron gritadas, dejando claro el aspecto que a ella más le interesaba. No se creía la historia que le había contado el chico.

El ambiente se fue relajando después de que la bomba interior de Arya explotase, la tensión diluyéndose y los sentimientos aflorando. Aunque todavía Arya no le había dado la razón a Aaron sobre el corazón que había pertenecido a Katrina.

—Te voy a ayudar, pero tienes que ser más receptiva. ¿Crees que la médium nos podría ayudar? —inquirió el joven.

—Puede ser…, podemos comenzar la búsqueda por ahí.

El chico sabía que ella no confiaba en él; también sabía que su decisión había sido forzada y que estaría alerta a cualquier movimiento suyo que fuese extraño.

La taza vacía se quedó sola en la mesa del establecimiento. El último sonido que escucharon los empleados del local fue el chirriar de las sillas cuando los visitantes colocaron sus asientos correctamente.

Ambos jóvenes salieron del lugar sin mediar palabra entre ellos. Arya dirigía a su acompañante por las calles y glorietas. Atravesaron media ciudad viendo como iba despertando, como los transeúntes salían a la calle, algunos de ellos trajeados dirigiéndose a sus puestos y, cómo las tiendas iban abriendo sus puertas.

Pasaron de los barrios más lujosos y elegantes a la periferia. Un barrio obrero, oscuro y desierto, se presentó frente a ellos.

Los adoquines de las calles estaban más descuidados y ensuciados que en otras partes de la ciudad. La mayoría de las farolas tenían los cristales rotos. Las fachadas de las casas estaban enmohecidas por la contaminación y la falta de limpieza, pero en sus balcones se veían macetas con flores que formaban un gran contraste con el entorno.

Arya se paró enfrente de una puerta desconchada de color verde donde colgaba un destartalado cartel de madera que hacía referencia a una médium llamada Monroe. La estructura de la fachada era igual que la de todas las casas colindantes, con su pared negra, sus flores y su estado de pesadumbre.

No tenía timbre; en vez de eso, tenía un llamador de madera con forma de aro. La chica lo agarró y dio varios golpes hasta que escuchó ruidos procedentes del interior de la casa.

A continuación se escuchó el sonido de varios cerrojos moviéndose y el crujido de la madera desgastada. Tras varios golpes más, una mujer, de mediana edad, estructura ósea fuerte y ancha, piel oscura y ojos profundos, consiguió abrir la puerta.

—Sabía que vendría señorita. Mis cartas me advirtieron de que iría acompañada, pasad —la mujer volvió a sumergirse en el interior dejando la puerta abierta para que la cruzasen.

Arya y Aaron se miraron de forma larga intentando comunicarse el uno con el otro pero no se conocían y esa conexión no les dio ninguna respuesta. La chica se decidió y se adentró en la vivienda, seguida del chico.

La casa estaba en total oscuridad excepto por unos pequeños rayos de luz que proporcionaban las rendijas de las persianas. Atravesaron un pasillo que estaba atestado con cartas, bolas de cristal, esculturas de piedra y alfombras de colores violáceos. La médium giró al final del pasillo hacia la izquierda haciéndolos entrar en una sala alargada, con muebles rústicos de mimbre y una mesa con una tela negra.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y esperaron a que la mujer se sentase junto a ellos.

—Siento lo de Katrina, era una buena muchacha —comenzó a hablar la mujer.

—No se preocupe, señora —respondió Arya.

—Tú, chico —señaló a Aaron con un dedo ensortijado en una pieza dorada con forma de serpiente— tienes la parte más importante de Katrina, su corazón. Cuídalo y no dejes que ella te manipule, ya sabes cómo las mujeres muchas veces queremos tener el control de las situaciones —continuó hablando la señora, dirigiéndose mayoritariamente al muchacho.

—Pero… ¿cómo sabe eso? —inquirió Aaron.

La sala le inquietaba al chico, le ponía los pelos de los brazos y de la nuca de punta, se sentía incómodo con esa mujer y sobre todo con su mirada de color avellana.

—Entonces ¿es cierto lo del corazón? —interrumpió Arya.

—Katrina se marchó porque su vida ya había finalizado pero quería que alguien resolviese sus problemas. Para ello le dio una segunda oportunidad a la persona que la ayudaría. Por eso tú, muchacho, escuchas su voz, su opinión —explicó Monroe.

—¡Todo eso es mentira! ¡Mi hermana no tiene voz, ni opinión! —la joven

chica se levantó enfadada de su asiento y, admitió las palabras que llevaban mucho tiempo en su cerebro pero que no se atrevía a decir, porque si lo hacía estaría aceptando la realidad— ¡Está muerta!

12

—Cariño —dijo la médium con voz maternal y cariñosa —tu hermana sigue entre nosotros. Su corazón sigue con vida y una parte de ella también. ¿No te preguntas por qué se suicidó, qué la llevó a tomar esa decisión y a dejarte esa carta en papel?

Arya abrió los ojos ante las últimas palabras: ¿cómo sabía que su hermana le había dejado una nota?

—Soy médium y hablo con los muertos, no es de extrañar que sepa esos detalles –terminó Monroe contestando a la pregunta impronunciada de la muchacha dejando entrever sus dotes.

—Tú sabes las respuestas, ¿verdad? —preguntó, con una voz temblorosa y a la vez imperiosa, la joven.

—No. Katrina quiere que soluciones junto al apuesto joven los problemas en los que estaba metida, pero también quiere que no salgas herida ni tú ni su corazón.

Arya tomaba aire con grandes bocanadas, estaba al borde de un ataque de ansiedad y de un torrente de lágrimas. Su compañero le pasó una mano por el brazo, sus dedos lánguidos acariciaron su piel intentando hacer que se controlase. Ella apartó el brazo, no quería que le tocase.

La joven estaba en estado de shock y esta vez tuvo que preguntar Aaron para evitar un silencio incómodo.

—¿Qué problemas? ¿Relacionados con qué?

—Los que la actriz tenía relacionados con su trabajo. No sé nada más, ya no os puedo ayudar. No me contó mucho, solo que quería abandonarlo pero que no podía.

Ambos clientes aturdidos le intentaron pagar por la información obtenida pero la mujer se negó a cobrarles. Monroe les entregó a cada uno una tarjeta rectangular, de color gris con un cuervo en una esquina, donde estaba apuntado su número de teléfono y la dirección de la casa. Cuando zanjaron el tema del pago, finalmente sin hacerlo, se marcharon de la oscura casa. Del oscuro barrio y de las casas con secretos.

El chico llevaba las manos en los bolsillos.

La chica aferraba su bolso de tela con las manos blancas entumecidas de la presión.

El chico no podía parar de mirarla y de descubrir que era muy diferente a su

hermana.

La chica no dejaba de pensar en las voluntades de su hermana. En la carta y en él corazón de su gemela, que ahora poseía aquel extraño joven que caminaba a su lado y que no paraba de mirarla, seguramente comparándola con la ex actriz.

No llevaban una dirección fijada pero el destino y el subconsciente de Arya les hizo aparecer enfrente del piso que perteneció a Katrina. El mismo donde se quitó la vida y donde dejó una nota amarillenta.

Un edificio de lujo, con una fachada blanca en perfecto estado y balcones con vistas a la parte más bonita de la ciudad. Una entrada con columnas de mármol, jardineras gigantes con pequeños árboles frondosos y un portero con uniforme, esperando en la puerta mecánica para dar la bienvenida a los inquilinos y visitantes de estos.

Ambos se quedaron admirando el edificio cada uno por distintos motivos: él prendado de la riqueza del lugar y ella por los recuerdos vividos allí.

Intercambiaron una mirada y cruzaron la calle para entrar en el apartamento. Ella tenía las llaves y él la voluntad para conseguir que no se hundiese en una nube gris al recordar a su gemela.

13

Las últimas voluntades de la joven actriz se encontraban escritas en un folio amarillento y ensuciado. Estaba metido en un pulcro sobre blanco situado encima de la mesa del comedor. Seguramente lo había colocado la chica antes de llevar a cabo su muerte.

Había dos frases escritas en la hoja de papel. La primera anunciaba que deseaba que sus órganos fuesen donados para que otras personas pudiesen continuar su vida y de esa manera su espíritu perdurara. La segunda frase estaba dirigida expresamente a su hermana gemela, Arya. No quería que se culpase de su suicidio, tampoco quería que investigase sola y no quería que ocupase su papel en la serie televisiva donde actuaba. Esta última petición estaba remarcada con varias líneas de subrayado.

*A continuación de esta oración había un pequeño paréntesis donde justificaba esa decisión: no quería que sufrie*se.

14

Se quedaron en el umbral de la puerta del apartamento desde donde solo se podía contemplar un salón y un pasillo que salía de dicha sala en dirección hacia dentro. El lugar estaba limpio, seguramente habían contratado, después de la muerte de la actriz, una limpiadora que hiciese que todo volviese a estar limpio y ordenado.

Tenía una alfombra roja recorriendo cada espacio del suelo. Las paredes decoradas con papel con relieves de oro, lámparas lujosas y doradas colgaban del techo. Pero lo que la riqueza y la elegancia no podían ocultar era el halo de tristeza que envolvía al lugar.

Aaron esperó a que su acompañante entrase aunque su corazón quisiera cruzar el umbral en ese mismo momento. Las agujas del reloj se iban moviendo hasta que Arya se movió pero dando un paso hacia atrás.

—No puedo —susurró.

Cerró de nuevo la puerta con la llave que guardaba en su llavero y caminó hacia el *hall* del edificio. El chico la acompañó invadido por una tristeza que provenía de su interior. Sabía cómo se sentía Arya: impotente, triste, con añoranza y miedo.

Se marcharon como habían llegado, con las manos vacías. De nuevo caminaban a la deriva de sus pasos hasta que aparecieron en un espeso parque con un entorno verdoso y con numerosas clases de árboles. Se sentaron en un banco de madera que estaba limpio de los excrementos de las palomas que abundaban por el lugar. A lo lejos se escuchaba el piar de los pájaros mezclado con los gritos de algunos niños que jugaban en los columpios cercanos a su posición.

La fortaleza de hielo se volvía a alzar, sin ningún motivo aparente, para proteger a su reina Arya.

—Nos vemos mañana en la puerta del apartamento de Katrina. Busca información sobre la faceta de actriz de mi hermana, su productora y su serie. Yo buscaré contratos, papeles o cualquier cosa que nos dé alguna pista.

—Creo que no deberíamos comenzar mañana, esperaremos el tiempo que haga falta. Tienes que saber cómo afrontar esto, no será un camino fácil —susurró Aaron.

—¡No sabes cómo me siento! Voy a ayudar a mi hermana, colabores tú o no —Arya estaba sacando las cosas de contexto, estaba nerviosa y la realidad es que no sabía cómo afrontar todo lo que se le venía encima.

Aaron intentó decir algo para tranquilizarla pero las palabras no salieron de su garganta.

—Si quieres seguir con esto que tú has empezado, mañana a las diez en la puerta del apartamento con la información. Pero que conste que no necesito la ayuda de nadie.

Se alejaba a paso ligero, temblando, balanceándose sobre sus altísimos tacones y dejando en la acera la marca de sus pisadas de hielo.

Arya había dejado plantado al único que podía ayudarla pero parecía que no le importaba.

Sentado en aquel banco, mirando al frente, Aaron pensaba en la chica que había conocido esa misma mañana. Recordando cómo había sido brusco al tratar el tema de la muerte de su hermana y cómo había suavizado la situación, como solía hacer con sus amigos pero sin obtener el mismo resultado.

Nunca había sentido una pérdida tan grande, era hijo único. Solo sabía que sus padres habían estado a punto de pasar por algo así, lo único que su muerte no hubiese sido provocada por él a propósito.

Arya era una chica fuerte, se podía apreciar esa faceta suya nada más conocerla. En ese momento se encontraba en una etapa en la que no comprendía muy bien el porqué de las cosas. Estaba sola a la deriva de una marea que no veía el fin, necesitaba respuestas a la muerte de su hermana.

Necesitaba las respuestas de un muerto y no las podía conseguir. Él lo único que podía hacer era ayudarla a averiguar el motivo de la muerte de su gemela, aunque para ella nunca sería un excusa relevante para perder la vida.

Aaron tenía que ayudarla.

Por eso tras dejar atrás sus cavilaciones había ido a su casa.

Ahora se encontraba enfrente de su ordenador buscando información tanto sobre Katrina Blumer como sobre la serie y productora de Diamond Camp.

Indagando en la red encontró información sobre el reparto, las temporadas que se habían llegado a emitir, nominaciones, creadores, guionistas y producción. Imprimió todas las noticias que encontró en la página web *Wikipedia*, también fotocopió los currículos de todos los actores que pertenecían al reparto y continuó indagando acerca de la productora.

Average Word fue fundada en 1993 por Evans Anderson, ante las nuevas perspectivas en el panorama de las ondas inglesas. Anderson era un joven empresario con ideas originales y diferentes. En 1997, la productora vivió momentos difíciles por el fracaso de muchas de sus puestas en antena. En 1999, volvió a salir a flote gracias a su serie: *C'est finit,* una serie francesa que había triunfado en su país de origen y que en Inglaterra también lo hizo. Poco a poco, volvió a conseguir la confianza del espectador

y comenzó de nuevo a crear sus propias series. Su última producción fue Diamond Camp, cancelada por el suicidio de su protagonista, quedando todo el equipo consternado.

Le dio al botón de imprimir y sacó toda la información que encontró sobre la compañía Average Word y sobre su creador. Buscó también nombres de agentes y jefes, ayudantes y patrocinadores, fotocopió sus datos y los guardó en una carpeta azul oscuro.

Repasó la información que tenía, mientras subrayaba con un rotulador fosforescente las cosas que llamaban su atención, le parecían fueras de contesto o datos importantes.

Terminó tarde y, tras su tarea, se acostó en la mullida cama dejándose arrastrar por Morfeo.

La blanquecina luz volvió a transportarlo, de nuevo, a la ya familiar habitación cuadrada con un biombo que escondía una silueta. Otra vez la figura volvió a hablar, a transmitirle con una voz clara, un mensaje conciso.

La voz repitió una palabra diferente a la que estaba acostumbrada, *cuídala* susurraba. Y cuando el murmullo terminó, el sueño desapareció y el chico disfrutó de la total oscuridad y tranquilidad.

15

Las ventanas abiertas se agitaron movidas por el viento haciendo que chocasen contra la pared. Las cortinas se enrollaron entre ellas, creando una pelea de telas de colores. Las llamas de las velas se movían y titilaban, amenazando con apagarse. Un jarrón arrastrado por el aire cayó al suelo con un estrepitoso estruendo despertando al huésped de la vivienda oscura.

Sus manos avanzaron con seguridad hasta el segundo cajón de la mesilla, que tenía al lado de su colchón agujereado por los ratones. Con los ojos medio abiertos, fue a la sala que utilizaba para tratar con sus clientes. Las manos las llevaba pegadas a ambas paredes dejando que le guiasen. Sus pies descalzos se iban arrastrando débilmente por el suelo de madera.

Entró en lo que ahora era una sala negra. Cogió un mechero *zippo* con una funda negra, que reposaba encima de la mesa principal y encendió todas las velas de la habitación. En ese momento sus ojos se abrieron del todo.

Se dejó llevar por el espíritu que la estaba buscando.

Sentía en su cerebro como le hablaba sin palabras, como le susurraba con intuiciones lo que quería y que necesitaba. Mientras su cuerpo iba en busca del material que el alma quería.

Abrió un cajón oculto debajo de la mesa. Escogió una baraja de cartas de tarot, la más dorada y brillante, las mejores, con las ilustraciones de un antiguo amigo pintor de Monroe, la que menos veces utilizaba, la que reservaba para personas especiales.

Extendió las setenta y ocho cartas de la baraja de tarot, las separó agrupándolas en dos grupos: los arcanos mayores de los arcanos menores.

Dejó a un lado de la mesa, apartados, los arcanos menores y cogió las cartas que formaban el grupo de los mayores. Barajó las cartas que tenía entre sus manos. Cuando terminó, las colocó bocabajo en línea recta y alineadas perfectamente a lo largo de toda la mesa, para que fuese más fácil para el espíritu elegir.

Él, al escoger esta parte de la baraja, quería adivinar su futuro, en caso de haber elegido la parte de los arcanos menores hubiese buscado saber información sobre sus personas cercanas.

Las cartas que formaban los arcanos mayores intentarían predecir el futuro del espíritu mientras se encontraba en el limbo entre el mundo de los vivos y de los muertos, hasta que su misión, por la que permanecía en este espacio-tiempo, terminase.

Toda persona con una estrecha relación con las almas sabía que los espíritus no podían solucionar por sí solos los problemas que habían dejado sin resolver en el mundo de los vivos. Por eso, buscaban una forma (dentro de sus posibilidades como espíritus) de contactar con gente para que le ayudase. Aunque esa comunicación que se estableciese con los vivos tuviese unos límites, pues no se podía revelar el motivo exacto por el que se encontraban en el limbo entre el mundo de los muertos y de los vivos.

El silencio volvió a reinar en la estancia, las llamas de las velas encendidas volvieron a contonearse: algo o alguien estaba allí, iba a hacer acto de presencia en un momento dado. Cuando él se sintiese seguro.

La médium, siguió tranquila con una respiración profunda, esperando una señal relacionada con las cartas que estaban colocadas en la mesa. No apartaba los ojos de ellas, mirándolas una a una. Hasta que un leve movimiento hizo que una carta situada aproximadamente en el centro de la fila se moviese un centímetro separándose del resto.

—Tienes que mover tres más —susurró Monroe con voz profunda hacia la nada.

A continuación una nueva carta se volvió a desplazar un pequeño espacio en la mesa, después otra colocada cerca de la primera se movió y finalmente la última carta que se movió fue la que ocupaba una posición al final de la fila empezando por la izquierda.

Le acaba de llegar el turno a la médium. Tomó asiento en su butaca roja con símbolos negros y apoyó los codos en la mesa de cristal central. Con sus manos negras y curtidas comenzó a levantar las cartas en el orden con que habían sido movidas. No solo importaba la figura dibujada en las cartas, sino, también, el orden en que se levantasen y la posición de la carta, derecha o invertida.

La primera carta, tenía dibujado un hombre que portaba un gorro rojo y una túnica azul, en la mano sujetaba una espada de bronce. La justicia. La segunda carta que fue levantada, estaba invertida. Se trataba de la templanza, representada con un ángel que tenía en cada mano un jarrón y desde el cual echaba de uno a otro agua. La tercera, el diablo. La última carta levantada fue el juicio, representada con un ángel haciendo un llamamiento con su trompeta a unos aldeanos que estaban en la parte inferior del rectángulo.

Monroe se aclaró la voz.

—La carta de la justicia dice que encontrarás el equilibrio y rectitud, que te hará terminar tu misión y te dejará marchar al mundo en el que deberías estar, el mundo de los muertos. La segunda carta, al estar invertida, cambia el significado, dice que en tu camino encontrarás un conflicto de intereses por una misma cosa, podría ser por un cuerpo.

Una vela se apagó en ese instante.

La médium no se dejó llevar por el miedo y continuó leyendo el destino del espíritu al que ya había identificado.

—El diablo, una carta que tiene cosas buenas y cosas malas. Esta vez nos dice que algo ocurrirá y que a la larga traerá beneficios. Puede ser… tú muerte o alguna decisión que tomen las personas que estaban en tu vida.

Las cortinas que cubrían las ventanas de la sala empezaron a moverse bruscamente, creando una danza de telas que, paulatinamente se iba volviendo siniestra y parecía que iban a caer del techo.

—La última carta es el juicio, habrá una renovación. Está un poco borrosa todo lo relacionado con ella pero, podría tener relación con varias opciones diferentes.

Al terminar de leer las cartas, dos velas dejaron de contonear su llama, hasta que todas se apagaron. Las cortinas dejaron de moverse y las ventanas quedaron inmóviles.

El espíritu se había marchado tras pronunciar sus últimas palabras y la médium podía volver a dejar aflorar sus sentimientos. Había sentido miedo por el poder que provenía del espíritu. Lo que las cartas habían dicho solo podía pertenecer a una única persona.

—Adiós Katrina —susurró Monroe despidiéndose del alma en pena que estaba anclada a un corazón.

16

El reloj digital marcaba las diez en punto cuando emitió un pitido indicando la cifra.

Aarón se encontraba subiendo por las elegantes escaleras del bloque de apartamentos de la actriz que interpretó el personaje de Grace Hamilton en su serie preferida. Su respiración era entrecortada, subía corriendo las escaleras porque llegaba tarde a su cita. Sus mejillas estaban rojas, al igual que su nariz y sus orejas, por culpa del esfuerzo al que estaba sometiendo a su cuerpo que no estaba aún preparado para esa clase de ahínco.

Al llegar al umbral de la puerta, la figura de la chica con la que había quedado, se materializo.

Ahora el reloj marcaba las diez y dos minutos.

—Llegas tarde dos minutos —comentó la chica a modo de saludo.

El rostro de la joven estaba paralizado, sus músculos tenían una posición fija. Se mostraba relajada pero a la vez fría y distante. En la mano izquierda sujetaba las llaves de la casa de su hermana, a las que les daba vueltas, haciéndolas entrechocar.

La chica estaba nerviosa, no sabía qué hacía en la casa de su difunta gemela y menos acompañada de ese joven que apenas conocía. Su cerebro no pensaba con cordura pues solo tenía un pensamiento fijo: resolver el misterio de la muerte de Katrina.

—Podemos dejarlo para otro día… —susurró Aarón sin terminar la frase. Había utilizado un timbre de voz más agudo de lo habitual.

Arya unió la llave a la cerradura, dando así la espalda a su acompañante y dejando por terminada la conversación. Movió la muñeca haciendo que el objeto girara junto con su mano. De la puerta escapó un leve chirrido antes de que se abriese.

Los suspiros de ambos muchachos se entremezclaron, uniéndose en aire, siendo lo primero que entrase en el apartamento. Después lo hicieron los cuerpos.

A través de la ventana, los rayos del sol alumbran el salón y la cocina, dos salas que estaban separadas por un arco de piedra se encontraban enfrente de la puerta.

La chica se dirigió al salón esquivando un sofá con dos cojines que estaban enfrente de una televisión de grandes dimensiones y un mueble con estanterías, de color crema a juego con los demás artefactos. Encima de la mesa

de comensales, rodeada por cuatro sillas y situada en el centro de la estancia, dejó un sobre del tamaño de un folio y blanquecino. Aaron la siguió por la casa, pendiente de sus movimientos.

—¿Has traído lo que acordamos ayer? —inquirió la voz monótona de la chica.

No hubo una respuesta verbal, el chico alargó una carpeta azul oscuro hacia Arya. Ella la posó en la mesa y comenzó a investigar los papeles que contenía. Fue sacándolos de uno en uno y colocándolos ordenadamente cada folio clasificándolos por temas.

—¿Qué has encontrado tú? —preguntó Aarón para romper el hechizo que habían formado sus documentos. La chica estaba callada hipnotizada por los papeles.

El silencio les envolvió de nuevo. Arya le alargó un sobre que contenía una funda transparente con contratos y recortes, de la misma forma que lo había hecho el chico con ella, sin ningún sonido de por medio.

Tras mirar los documentos, Aaron se acercó con paso lento a su compañera y le colocó una mano en el hombro, dándole a entender que había acabado de ordenar sus papeles.

—Esto es todo lo que tenemos de material. Deberíamos buscar vínculos -comentó Arya.

—Podemos empezar por los contratos y todo lo relacionado con la serie. Según la médium el problema proviene de esa parte.

Se acercaron a la parte de la mesa donde se encontraban los estipulantes. Había una copia en el que se mostraban las firmas del director de la serie y de la actriz.

—Lo he revisado, está todo en orden. No he encontrado nada fuera de lugar —apuntó Arya.

La respiración del chico se entrecortó, el corazón se aceleró y su mente se puso en blanco. Un pinchazo hizo que definitivamente dejase de tener control sobre su cuerpo. Un impulso hizo que su brazo se alargase hasta el bolso de la chica, rebuscó con la mano entre sus pertenencias hasta dar con lo que buscaba, un bolígrafo. A continuación, puso una mano sobre la copia del contrato y con un movimiento de muñeca trazó una línea tras otra remarcando la frase que se encontraba encima de las rayas: una vez firmado el contrato no se puede dejar la grabación de la serie, bajo ningún concepto.

—Excepto la muerte —susurró Aaron con una voz más aguda que su timbre habitual.

Los ojos verdosos del chico se quedaron en blanco, la respiración se volvió violenta, sus brazos y piernas convulsionaban con movimientos

frenéticos, su boca tomaba agigantadas bocanadas por la falta de aire. Finalmente, el exhausto cuerpo del joven cayó al suelo con un golpe brusco quedándose inconsciente. A partir de ese momento, su respiración volvió a la normalidad, junto con los latidos de su corazón; sus ojos se cerraron con un lento movimiento de los párpados y los músculos se quedaron inertes y relajados.

Arya había presenciado todo lo sucedido, al principio cuando introdujo la mano en su bolso no podía creérselo, no le dio tiempo a detenerlo. Los trazados del bolígrafo parecían hechos con una gran precisión y una velocidad poco normal. Pero lo que la había alterado había sido el susurro y momentos después los espasmos, la respiración y la pérdida de la consciencia.

Cuando el alargado cuerpo de Aaron había caído al suelo, la garganta de la chica profano un grito ahogado. A continuación, se tiro hacía su dirección apoyando sus rodillas en el parqué del suelo. Colocó sus delgadas manos en su muñeca intentando tomarle el pulso y, después, puso un dedo debajo de los orificios nasales del chico para ver si respiraba. Todo estaba correcto.

Con un movimiento rápido se acercó al sillón, agarró un cojín mullido y volvió junto al cuerpo. Acomodó la almohada debajo de la cabeza del muchacho para que el suelo se hiciese más confortable.

Arya tenía miedo de que otra muerte se uniese a su vida, no estaba preparada para eso, y menos en el mismo lugar. Acarició con la yema de sus dedos el pálido rostro del chico, quería que despertase a pesar de que sus comentarios, muchas veces, le caían como un jarro de agua fría. Sabía que le necesitaba para poder resolver el misterio que rodeaba la muerte de su hermana.

El tiempo pasaba, los segundos se fundían en minutos y el cuerpo de Aaron seguía en la misma posición.

La chica estaba muy asustada. No podía llamar a una ambulancia si las convulsiones provenían del corazón que había pertenecido a Katrina. Tenía que conseguir que el chico despertase.

Abrió la mano y con un rápido movimiento le pegó al chico un manotazo en la mejilla, quería despertarle.

De nuevo los segundos corrieron, volaron y traspasaron a los minutos.

Otro golpe llegó con un sonido hueco, esta vez fue en la otra mejilla. «Para que se le iguale el dolor», pensó Arya. El cuerpo no respondía. Las lágrimas de la chica salieron precipitadas en forma de angostos ríos surcando sus sonrosadas mejillas; el rímel se desdibujó y quedó aguado en su rostro, como si se tratase de un cuadro de acuarela.

Él respiraba. Su corazón funcionaba. ¿Por qué no despertaba?

La chica apretó el pecho de Aaron, con las manos juntas, intentando reanimarle, despertarle, intentando hacerle volver al mundo real. No funcionó.

Las lágrimas seguían cayendo en regueros. Impotente comenzó a golpear el suelo de madera con el puño cerrado y con rabia. Otra muerte que no había podido evitar.

En un momento dado, cuando las gotas inundaban la visión de Arya, los párpados de Aaron comenzaron a titilar y a temblar. Después, unas pequeñas arrugas se formaron en su tersa frente, su boca se abrió y sus escuálidos dedos comenzaron a temblar.

Ahora con cada segundo que pasaba, el cuerpo iba volviendo a juntarse con su alma haciendo volver al chico en sí. Abrió los ojos verdosos y contempló el salón de nuevo. Se llevó las manos al punto de la cabeza donde se había golpeado buscando sangre o una brecha, pero no encontró ninguna de las dos cosas. Giró el cuello buscando a su acompañante y la vio a su lado llorando.

—¿Arya? ¿Qué te ha pasado? —dijo con una voz pastosa y ahogada.

La chica miró a la persona que le hablaba, sus ojos se agrandaron y su cuerpo se abalanzó a por el del chico para abrazarlo y palpar que fuese real.

—Te odio. —gimoteó agarrando el borde de la camisa del chico – Me has dado un buen susto, ¿te encuentras bien? ¿Recuerdas algo de lo sucedido?

Aaron negó con la cabeza: ¿había pasado algo mientras se encontraba inconsciente?

—Solo recuerdo que algo me azotó el cerebro, como si me diesen un calambrazo con una corriente de luz y, desde ahí perdí el control. Ya no recuerdo nada más.

Arya le explico lo que hizo: hurgar en su bolso, subrayar una frase en el contrato, el susurro, la pérdida de control, las convulsiones, el desvanecimiento y, finalmente, cómo lo había intentado despertar sin ningún resultado.

—Creo… que si lo miramos desde otro punto de vista, realmente no lo hice yo, sino… – comenzó a hablar Aaron.

—Ni lo nombres – dijo tajante la chica.

El chico se levantó y se desplazó por la habitación con la mirada puesta en cada mueble, en cada rincón, en cada superficie. Terminó desistiendo de la búsqueda y fue a ver el contrato.

—El contrato no podía romperlo y por la presión se suicidó —dedujo Aaron.

—¿Qué estabas buscando? —preguntó la chica evitando el

comentario del chico que ella ya había deducido por sí sola. Aunque esa hipótesis no le convencía.

—¿Yo? ¿Cuándo?

Arya clavó sus cristalinos ojos en el rostro del chico para comprobar si estaba mintiendo.

—Ahora mismo. Has dado una vuelta por la habitación como en busca de una señal o de un objeto.

—He ido directo a la mesa.

Aaron escrutaba a la chica buscando indicios de una locura que no encontró.

El chico se giró sobre sí mismo, anduvo varios pasos hasta el mueble que estaba situado enfrente del sillón. Había encontrado lo que buscaba.

Estiró su brazo y cogió un libro de la segunda baldosa. Después, lo abrió por la última página y detrás de la solapa sacó un trozo de papel doblado. Dejó el libro en su sitio. Volvió a girar con un rápido movimiento de tobillos, cerró de golpe los ojos y los abrió con la misma velocidad. Habían pasado de color verde a azul.

La mirada se posó en Arya. Hubo un parpadeó. Los ojos volvieron a su color natural.

—¡Joder! Esto parece una broma. Ahora no digas que no te acuerdas y que no has hecho nada – dijo la chica empezando a ponerse histérica.

—¿Qué he hecho? —preguntó Aarón. Llevó su verdadera mirada a la mano cerrada y, a continuación, la abrió —¿Esto qué es?

17

El ambiente se palpaba tenso, el aire se había vuelto pesado en una casa de lujo. La frase quedó vagando entre ambos adolescentes.

—¿Cómo que qué es esto? ¿Qué estás diciendo? —Gritó Arya —. Lo acabas de sacar de un libro de esa estantería —señaló el lugar donde se encontraba el libro.

Aaron abrió la boca para refutar ese argumento pero antes de poder hablar la chica le cortó.

—Lo he entendido, no hables.

La chica se acercó a él, le agarró la mano y le hizo abrirla para liberar el trozo de papel. Lo desdobló y lo leyó ella misma, despacio para no confundir ninguna palabra que ponía en la arrugada lámina. La letra era cursiva y redondeada.

Espero que seas tú, hermanita, la que has encontrado la carta y no cualquier otro. Si eres tú, seguramente habrá sido con ayuda de mi corazón.

¿Sabías que el corazón, para mí, es la parte más importante de una persona? Si no eres feliz, sencillamente te mueres. La felicidad es lo que nos mantiene vivos, sin eso, nos marchitamos igual que una flor sin agua. La felicidad se necesita tanto como el oxígeno. Yo no era feliz. Por eso, morí. Me consumí como un cigarro, me marché como un pájaro con cada invierno, me escondí como un oso en la época más fría.

¿Quieres saber por qué? Todo tiene una explicación, y si has llegado hasta aquí es porque la estás buscando. Además, con el apoyo de otra persona con la esencia que perdura en mi órgano predilecto, gracias a la ayuda de Monroe. Aquí tienes la respuesta de por qué la visitaba con tanta frecuencia durante los últimos meses. No puedo decirte exactamente el porqué, si no, nunca saldría del limbo donde creo que iré, si todo ha salido correctamente. Pero te puedo dar un consejo: no entres en el mundo de la televisión a no ser que tengas muy claros tus objetivos.

Te conozco mucho o mejor dicho demasiado, por algo somos gemelas, ¿no? Cuando tú enfermabas, yo lo hacía después. Sabía cuándo tenías miedo y cuando tenías ganas de llorar. ¿Te acuerdas de esa vez en la que me colé en tu cama, después de ver una película de terror, a pesar de que tú decías que no tenías miedo? Yo sabía que no podrías conciliar el sueño aunque no lo admitieses, porque eres una cabezota. También recuerdo el día en que suspendimos matemáticas y tú contuviste el llanto mientras yo pasaba de la

nota, porque quería triunfar siendo actriz y modelo. Sabía reconocer en tu sonrisa permanente cuándo era de verdad y cuándo era una falsa. Sabía leer tu mente y averiguar tus pensamientos. Te conozco tan bien, que sé que es imposible quitarte una idea de tu cabeza, que tu orgullo es enorme y que no descansarás hasta hallar una respuesta. Por eso me ahorro decirte que abandones esta búsqueda que te puede crear problemas, sigue con tu vida adelante. También sé que aunque tuvieses que renunciar a cualquier cosa de tu vida, nunca me dejarías entre el mundo de los vivos y de los muertos, estancada.

Unas pequeñas lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Arya.

Siempre hemos sabido que yo era la cabra loca y tú la equilibrada, juntas éramos un todo. Aunque yo me haya ido, sabes que lo seguimos siendo. Por eso no quiero que te arriesgues, no quiero que sufras y, no llores peque, que sé que tú siempre has sido la sensible aunque intentases ocultarlo detrás de tus muros de hielo.

Cuida de ti, de mí, de nuestros padres y de mi corazón.

Un beso de caramelo, para el dulce más azucarado.

Aaron leyó, con dificultad, la nota por encima del hombro de la chica. En cada trazo, en cada letra y palabra, se notaba el amor y la devoción que sentía Katrina por su hermana.

Arya estaba concentrada en las frases y en el significado de cada una de ellas. Las releía y no apartaba su vista aunque estaba empañada por las lágrimas. Finalmente, cuando había asimilado todo el mensaje que la carta contenía, se giró hacia el chico y pegó su rostro contra su camiseta, dejándole manchurrones de maquillaje en su prenda. Quería acercarse todo lo que podía al corazón de su hermana, la única parte que permanecía viva.

Aspiró el aroma de la colonia que estaba impregnada en la tela de la ropa del chico, buscó tranquilidad y serenidad, que le fue entregado a través de los brazos de Aaron, que la rodearon.

Dejaron que el tiempo volase como los granos de arena en una tormenta en el desierto.

—Bueno creo que ya está bien, debemos de continuar. Además ahora tenemos dos opciones donde buscar: en casa de Monroe y en la productora —la voz de Arya sonó lejana pero con fuerza. Se estaba reponiendo del gran batacazo que se había llevado y ahora se alejaba unos pasos del cuerpo del chico mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano.

—Escúchame —Aaron hizo que la muchacha le mirase con sus increíbles ojos-, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¿Acabas de leer la misma nota que yo he leído? —Los gritos reverberaron por toda la habitación—. Mi hermana era muy

consciente de sus actos, yo la conocía y no debería de tener un estúpido motivo. Ella adoraba las cámaras, ella…

—¡Cállate! —gritó Aaron, mirándola fijamente a los ojos.

Acortó la distancia que los separaba con un par de pasos, se inclinó sin apartar su mirada de los ojos de ella, hasta que sus bocas se juntaron y, poco a poco, ambos pudieron sentir la fusión de sus labios. El dulzor del momento los envolvió junto al sabor salado de las lágrimas de ella, haciéndoles olvidar, quedando en un estado de letargo, de éxtasis. Sus bocas se fueron entreabriendo dejando que sus lenguas entrechocaran, se conocieran y finalmente danzaran al son de la misma canción.

Pero el espacio se ensanchó, sus labios se separaron, dejando un vacío entre ellos. Todo sucedió de forma brusca, haciendo que ambos alterasen los latidos del corazón.

Fue un beso robado, en el que ambos acabaron involucrados.

—¡Esto no ha significado nada! —Chilló con voz aguda Arya, poniendo distancia entre ambos.

—Un beso significa lo que quieras, cada uno le da su propio significado. Yo he conseguido que te tranquilizaras —el chico guiñó un ojo y en sus labios se mostró una sonrisa pícara.

—Eres un cabrón y lo sabes. ¡No quiero que te vuelvas a acercar a mí! Mantente alejado si no quiere que cada uno continúe por su lado la búsqueda.

Aaron se acercó a la mesa, dándole la espalda a Arya y comenzó a ordenar los papeles que habían esparcido a lo largo de ella. Los apiló, los guardó en sus respectivas fundas y se giró hacia la chica que seguía en la misma posición después del cúmulo de emociones.

No solo las emociones se habían despertado en la piel de la chica, sino que en la del chico también había empezado aflorar y esta vez no provenían de la esencia de Katrina sino de su propia esencia.

—No te quedes ahí parada, que tenemos trabajo que hacer.

—Cabrón – masculló entre dientes mientras se marchaban para salir del apartamento con una nueva reliquia entre sus pertenencias, la carta de la actriz suicidada.

18

Al abandonar el edificio y declararlo un lugar donde la esencia de Katrina cobraba mucha fuerza, decidieron que el primer sitio que deberían visitar era la casa de la médium. Tenían que averiguar era de qué forma estaba Katrina unida con el corazón de Aaron.

Los suburbios lóbregos y misteriosos, el suelo ensuciado con jeringuillas y envoltorios de plástico y un destrozado asfalto, daban paso a las calles ocupadas por vehículos mal estacionados, edificios derrumbados o con grafitis hechos por pintores callejeros.

Entre las calles envueltas en oscuridad, miedo y desventajas, donde las amistades se formaban para siempre y no hasta nunca, donde los niños asomaban sus cabezas con miedo y crispación, se encontraba la vivienda de Monroe.

En la puerta, la mujer los esperaba con una sonrisa en sus labios color caramelo, un gesto que no asimiló correctamente Arya y lo interpretó como un acto de burla.

Cuando ambos pisaron la puerta, comenzaron a acosar a la mujer africana con preguntas e inquisiciones sobre el tema de la magia y el espiritismo. Querían saber todo lo relacionado con la presencia de Katrina.

—¿Cómo hiciste el truquito del corazón? —Preguntó Arya, alzando la voz y haciéndose escuchar de manera insistente.

—Jovencita, relájese y cambie ese tono, ¿sabías que procedía de una familia que vivía en las colonias británicas que estaban en el continente africano? Allí, el tono de voz no se alzaba a sus mayores. Y por otro lado, no existían los trucos ni los ilusionismos. En África esto es un arte sin nombre, pero los blancos preferís llamarlo espiritismo.

La mujer fue guiándoles, a través de los pasillos y corredores que conocían, hasta hacerlos entrar en la habitación donde frecuentaban policías, investigadores, asesinos y acosados y que ellos habían ocupado en otro momento. Todos buscaban los mismo: obtener respuestas o eliminar sus mayores males.

Decorada con telas y velas, la sala mostraba un aspecto espeluznante.

—El hechizo que puse sobre tu hermana fue complicado, podría tener efectos secundarios, pero salió bien o eso creo. — tomó una bocanada de aire para continuar con la explicación —Coloqué un pequeño trozo de su alma en su corazón, encerrándolo bajo una poderosa llave. Cuando el cuerpo se desprendió del órgano, la esencia seguía allí entre los tejidos, en busca de un nuevo cuerpo

por el que expandirse.

—Y cuando encontró un nuevo cuerpo se extendió, como si se tratase de una conquista —susurró Aaron empezando a comprender la situación en la que estaba envuelto.

La médium colocó una mano sobre el hombro del chico, intentando calmarle.

—Ella se quiere hacer oír, hará todo lo posible para alcanzar su fin — tras decir esa frase, continuó con el relato —Pero como os he dicho, en el corazón solo hay una pequeña parte de su alma, el resto vaga entre el mundo de los vivos y de los muertos, en el limbo. Está esperando que todo vuelva a su orden para marcharse al mundo que le corresponde, el de los muertos.

Las llamas de las velas que alumbraban la estancia titilaban, el ambiente se estaba volviendo cálido y pesado.

—Yo… yo no creo en estas historias. Mi hermana me traía a que me leyeras la mano, pero yo nunca te he creído, ¿qué fue lo último que me dijiste en tus sesiones? Me predijiste un futuro con altibajos y este presente no tiene altibajos solo tiene ¡bajos! —Dijo Arya con un tono de voz elevado.

—Ese tono, señorita. Estás muy alterada, necesitas relajarte, descansar, olvidar… - comentó Monroe.

—¿Olvidar? —Exclamó la chica quedándose solo con su última palabra - ¿Creéis que es fácil olvidarse del suicidio de tu hermana, de qué se supone que un tío tiene su corazón y un trozo de su alma, que le hace tener convulsiones y hacer cosas extrañas? Todo esto es muy normal, y también ver un cerdo volando —. Se notaba el tono irónico que empleaba en cada una de sus palabras.

—Por favor, Arya Blumer. Regresa a tu casa, tómate una tila y duérmete — contestó la médium.

—Regresar a una casa donde tras la muerte de Katrina no se levanta cabeza es un lugar muy acogedor. — la chica volvió a utilizar ese tono satírico, que comenzaba a frecuentar —Mi madre se pasa el día en el salón mirando una fotografía de mi hermana que está rodeada de velas. Mi padre… -en ese instante la voz se entrecortó, estaba estresada y toda la tensión tenía que salir de su cuerpo, por eso reveló los problemas que llevaban tanto tiempo escondidos en su interior- mi padre está todo el día con el teléfono pegado a la oreja llamando a agentes privados, detectives y amigos, para que le ayuden a descubrir el motivo del suicidio. Yo estoy sola. ¡Joder! La soledad me está carcomiendo y ninguno parece darse cuenta.

Las bombillas de la lámpara que colgaba del techo comenzaron a parpadear y a moverse como si fuesen péndulos.

—Necesitas descansar —sentenciaron Aaron y Monroe.

El chico agarró con firmeza pero sin dureza la muñeca de Arya. La condujo

desde la sala hasta la puerta de salida de la casa de la médium y se marcharon, dejando a Monroe con una tristeza en los ojos al ver los momentos por los que estaba pasando la pobre criatura.

Eran cerca de las dos de la tarde, los viandantes se movían en busca de un lugar donde poder comer tranquilamente, ya fuese su propia casa u otra ajena, un restaurante o un hotel, cualquier lugar servía para rellenar los estómagos vacíos.

Arrastró el cuerpo inmóvil de la chica a través de las calles, cruzando pasos de cebra, esquivando a transeúntes y mascotas, conductores enloquecidos y farolas situadas en medio del camino entorpeciendo la marcha.

La casa de Aaron se encontraba a una distancia que se podía considerar larga: a las fueras del barrio marginal donde vivía la médium.

El largo camino lo hicieron a pie, el chico sostuvo el cuerpo de Arya durante todo el trayecto. La chica se quedó exhausta en sus brazos después de gritar y soltar todos los sentimientos que llevaba en su interior encerrados. Habían sido unas semanas difíciles para ella y los últimos acontecimientos vividos ese día la habían comenzado a superar.

El vidrio del portal escondía los cuerpos de los dos jóvenes que acaban de atravesar la puerta de hierro que protegía la vivienda. Al entrar en el zaguán se podía apreciar un cartel pegado con cinta adhesiva en la puerta del ascensor que anunciaba que estaba estropeado. «Se ha averiado en el momento más oportuno», pensó el chico.

Las plantas verdosas y con gran esplendor colocadas en macetas de cerámica, con grabados de caracoles y espigas, situadas en la entrada de la puerta, les dieron la bienvenida intentado alegrarles el día.

Las escaleras por las que subió Aaron ayudando a la joven estaban situadas a la izquierda del ascensor.

Subieron uno a uno los peldaños de mármol, tropezaron con un par sin llegar a caerse de bruces al suelo, hasta que finalmente alcanzaron el rellano de la puerta. Con un rápido movimiento Aaron abrió la cancela e hizo que ambos entraran.

La casa estaba envuelta en un silencio acogedor, bordado con el aroma a lavanda, procedente del ambientador, entremezclado con la brisa que entraba por el balcón situado en el salón.

El chico llevó a Arya a través de un alargado pasillo, decorado con fotografías enmarcadas, a la habitación de invitados. En el cuarto, la tumbó en la cama, que se encontraba enfrente de la puerta pegada a la pared de color lila, la arropó con una manta de lana y la dejó dormitando.

Le colocó un vaso de agua y una taza con una infusión en la mesilla, que reposaba junto a la derecha de la cama, para que cuando se despertara tomase líquido y le ayudase a relajarse.

19

Aaron regresó a su habitación con la carpeta y el portafolios transparente. Con la información que tenían hasta el momento, se propuso pasar la tarde investigando.

Se sentó en la cómoda silla y apoyó los papeles en el escritorio de madera color blanco con cajones. Los extendió como hacía unas horas habían hecho en el lujoso apartamento de la ex actriz, todos ordenados y a lo largo de todo el espacio. Cogió un bolígrafo y un folio que colocó a su lado, por si tenía que apuntar anotaciones, y empezó la revisión.

Comenzó con el papel del contrato, por la parte donde había subrayado inconscientemente la frase clave. Revisó todas las cláusulas, hasta llegar a la extraña oración. ¿Qué quería decir exactamente esa frase? Sabía que decía claramente que no se podía dejar colgado al programa pero había otras formas de expresarlo.

Siguió mirando las láminas, algunas eran recortes de periódicos, otros anuncios y propuestas para interpretar diferentes papeles en otras series. Pero lo que le llamó la atención entre todos fue una hoja de color rosa palo, que parecía ser otra carta.

Un mareo alteró la mente de Aaron desorientándolo. Después, un pinchazo en el cerebro. En su interior una pelea comenzó a llevarse a cabo, un cuerpo entero contra una pequeña esencia que cada vez crecía más.

Él no estaba preparado para luchar contra lo que se le venía encima, el alma sí.

Los ojos se cerraron como una persiana, la cabeza quedó colgando hacia abajo y la mano derecha sujetó el bolígrafo de tinta azul que estaba sobre el folio en blanco esperando a ser decorado con trazos y palabras.

Los trazos no tardaron en comenzar a crearse, la muñeca se movía con gran velocidad dejando que la tinta se fuese extendiendo formulando palabras, oraciones y desvelando secretos.

Mi abogado estaba aliado con los productores. El contrato tenía varias cláusulas falsas y ahuecadas que en realidad querían decir órdenes. Mi letrado no me ayudó, me condenó.

Aaron intentaba abrir los ojos, vencer ese poder que se estaba apoderando de él. Consiguió levantar un párpado pero estaba todo en blanco y no podía ver nada. A continuación, silencio. Y de nuevo el ojo cerrado y la cabeza inerte. La mano seguía escribiendo.

El mundo de las cámaras acabó conmigo. Era joven, ambiciosa y la presión me superó. El mundo de las drogas y el alcohol se me presentó para focalizar mi nerviosismo, todo estaba pensado. Te drogaban, te manipulaban, te utilizaban. Me hicieron creer que era una diosa, que el mundo estaba en mi poder y la realidad era que solo una pequeña parte de Inglaterra me conocía. Quería abandonar todo esto, pero había dos cosas que me retenían: el propio rechazo que tenía hacia mi cuerpo, que nunca me abandonaba, y un contrato que si rompía habría arruinado a toda mi familia.

Nunca se lo conté a mi hermana, la alejé de los focos y de las cámaras en cuanto comprendí que esto no era la felicidad que yo buscaba ni el sueño que perseguía. Me coloqué un piercing para evitar más fácilmente que nos confundieran.

Te estoy manipulando solo para que cumplas mi propia misión. Solo tienes que hacer lo que yo nunca me atreví, ir a la policía con pruebas de lo que sufrí. Esto te liberará de mí, solo tienes que ir a la produc…

Los trazos cursivos, redondeados pero algo más torpes, eran idénticos a los de la carta que había encontrado por la mañana. Ahora estaban cortados. Aaron había conseguido recuperar el control de su propio cuerpo.

Se sentía débil, le dolían las articulaciones y el interior. Las guerras invisibles son las que más duelen, porque dejan un rastro que a simple vista no se puede ver pero sentimos las cicatrices. Esas marcas son como las que el amor y el desamor nos dejan, no son visibles pero las tienes que soportar.

Giró la silla con paso torpe y se colocó enfrente de la cama. En un par de pasos llegó al catre y dejó que su cuerpo cayese encima de él, arrugando la colcha azul marino que la cubría. Apoyó la cabeza, que le daba vueltas, en la almohada blanca como la nieve y mullida como la espuma.

Cuando sus pensamientos dejaron de moverse incontrolablemente en el cerebro, quedó consumido y extenuado. En un mismo día había sucedido dos veces, podía soportar sentir sentimientos o escuchar voces, pero no podía permitir que Katrina se apoderase de él completamente.

Alargó su brazo hasta rozar con la punta de los dedos la mesilla de noche que aguardaba en el cabezal de la cama. Abrió el único cajón del que disponía el mueble y extrajo la alargada tarjeta grisácea con el número de la médium: necesitaba su ayuda.

Sacó del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil, marcó los números con lentos movimientos, repasando cada dígito. Cuando el número estaba escrito en la pantalla del teléfono marcó la opción de llamar.

Los pitidos constantes que indicaban que estaba en línea el número al que se llamaba, dejaron de sonar para dar paso a la voz majestuosa y prominente de

Monroe.

—Ha vuelto, he perdido el control y ha escrito una nota — no hacían falta las presentaciones, en un susurró Aaron había comenzado a relatar los sucedido instantes antes.

—Ha visto que eres débil, dejará más mensajes escritos para que la ayudéis. Cuando notes los síntomas, debes sentarte en el suelo y respirar de forma acompasada. Cierra los ojos y trata de visualizar un objeto o una persona que forme parte de tu entorno en ese momento y que no tenga nada que ver con el suyo, aférrate a ello.

Aaron empezó a hiperventilar.

—Pero, pero… ¿no teníamos que ayudarla? —Inquirió confundido.

—Hay que ayudarla, pero no puedes dejar que te controle o nunca se marchará aunque haya conseguido su misión.

Un suspiro salió por la boca del chico.

—Gracias —murmuró y colgó tras despedirse.

20

El reloj digital que estaba colocado en el escritorio marcó las veintidós y treinta de la noche. Aaron se había dormido durante toda la tarde abandonando el proceso de búsqueda de información. Se había despertado cerca de las diez cuando sus padres regresaron del cine.

Hizo un esfuerzo por levantarse y llegar hasta el pomo de la puerta. Se apoyó en él, tomó una bocanada de aire y abrió. Se acercó a la cocina, donde su madre ataviada con un bonito vestido verdoso y un mandil destartalado, que hacían una mezcla extraña, estaba preparando los ingredientes que necesitaría para elaborar la cena.

Le dio un beso en la mejilla, como se había propuesto hacer si llegaba a salir del hospital, y le explicó que una amiga se iba a quedar a pasar la noche por problemas en su casa. Fue la única excusa que se le pasó por la cabeza.

Tras solucionar la situación de la chica, con alguna que otra mentirijilla, se dirigió hacia el cuarto de invitados donde entró con sumo cuidado. La luz de la lámpara, situada encima de la mesita de noche estaba encendía y daba un aspecto triste y melancólico a la estancia. Arya estaba en un estado de relax absorbiendo silenciosamente la infusión de manzanilla que le había colocado Aaron en el mueble.

—Gracias por la bebida —comenzó a decir antes de que el chico pudiese abrir la boca —y bueno… por haberme traído hasta aquí y dejar que me quede —susurró levantando su mirada cristalina y posándola en el rostro de su anfitrión.

—Necesitabas desconectar durante unas horas. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Se me fue la situación de las manos, no estoy acostumbrada a nada de esto. Sigo intentando asimilar todo lo que hizo mi hermana y lo de… el corazón.

—Creo que necesitas ver un trozo de papel… en el que he escrito inconscientemente unos párrafos. Lo hice nada más dejarte durmiendo —no quería decírselo porque temía su reacción, pero la situación sería muy incómoda entre ellos sino lo hiciese en ese momento.

Extendió el chico la mano en el aire, en dirección a Arya, para ayudarla a levantarse de la cama para que no se marease, pero ella le rechazó. Se levantó apoyando las palmas de las manos en la colcha que cubría el lecho.

En la habitación de Aaron este le enseñó el escrito. Le explicó a grandes

rasgos lo que había sucedido, cómo lo había afrontado, la llamada telefónica y el remedio que debía utilizar en caso de volver a sentir el mismo poder, los mismos mareos y el mismo pinchazo interno.

Arya releyó el escrito varias veces, grabó en su mente cada palabra, cada retazo de dolor y se lo guardó en el interior. Tenía que aprender a serenarse o nunca conseguiría ayudar a su hermana.

—Esos cabrones no saben lo que puede hacer una gemela cabreada —dijo Arya.

—Creo que deberías hacer un lavado a tu diccionario personal y añadir algún insulto más a parte de *cabrón* y *gilipollas*, algo como *retrasado* o *imbécil* —la chica lo miró incrédula —. Era para quitar hierro a la situación –comentó Aaron justificándose con una sonrisa inocente.

—Tú deberías aprender a soltar tus chistes malos en los momentos adecuados.

El chico alzó los brazos en señal de paz.

—Si se marchó por algo relacionado con su trabajo, como suponíamos en nuestras cabezas, el motivo estará allí, en el *set* de rodaje —comentó Aaron.

—Lo suponíamos, tú lo has dicho, pero no teníamos pruebas para pensar que fuesen ciertas las hipótesis. Ahora sé que mi hermana sufrió y no me contó nada —esto último se lo dijo Arya más para sí misma.

La chica arrugó el papel intentando destrozar las palabras. Inspiró y espiró, inspiró y espiró, hasta que se tranquilizó.

—¿Sabes que le vamos ayudar? Lo vamos a conseguir.— comentó Aaron, intentando darle ánimos a la chica.

—¿Cómo estas tan seguro?

—Espero que no pienses que voy a estar toda la vida compartiendo cuerpo con tu hermana. Lo siento mucho por ella, pero esos desvanecimientos no son plato de gusto para mí.

Las comisuras de los labios carnosos de la chica se elevaron, formando una preciosa sonrisa. De su garganta sonó una pequeña carcajada.

—Ojalá hubiese escogido mi cuerpo, así podría contactar con ella —suspiró Arya.

Se abrazó a sí misma intentando retener una diminuta lágrima: desde que había comenzado esa intensa búsqueda, su fachada de hielo se había derretido demasiadas veces y sus lágrimas fluían con gran naturalidad.

—Mi madre cocina muy bien y seguramente nos ha dejado un par de platos especialidad de la casa para cenar. Si te parece vamos a por ellos —sugirió Aaron.

Salieron de la habitación, cruzaron el pasillo y entraron en la cocina. Encima

de la encimera de mármol que bordeaba el cuarto, había dos suculentos platos con ensalada y un filete de ternera con salsa.

Pusieron la comida en dos bandejas. A continuación, cogieron los cubiertos, dos vasos y una botella de coca-cola y salieron de nuevo de la estancia para regresar a la habitación de Aaron. Allí cenaron sentados en el suelo, degustando en su paladar la exquisita comida: un plato común, realizado con el ingrediente especial de una buena cocinera, amor.

21

Los platos quedaron vacíos, solo se veían los restos de la salsa del filete esparcida por lo laterales. Los vasos estaban secos y unas pequeñas gotas de agua se sujetaban en las paredes de cristal. Y las conversaciones comenzaron a surgir.

—Al principio de empezar a trabajar, Katrina se solía quejar de la comida tan asquerosa que les servían los *caterings*. Siempre decía, mucha cantidad pero poca calidad —comenzó a contar Arya —.Yo me reía y le contestaba que como en casa en ningún sitio. —hizo una breve pausa para tragar saliva y continuar compartiendo sus recuerdos—. Conforme le iban ofreciendo más contratos e iba firmando, fue dejando de comer en casa. —tomó aire para expulsar sus últimas palabras. Estas salieron de su garganta en un débil susurro—. Era como si ella hubiese madurado demasiado pronto y yo siguiese siendo una niña que simplemente estudiaba.

—Yo me he pasado gran parte de mi vida comiendo en un hospital y eso sí que era una comida basura. Cada vez que me ingresaban, lo primero que echaba de menos eran los espaguetis con carne de mi madre, aunque en realidad extrañaba todas sus comidas incluso los pimientos verdes que no me gustan.

—Supongo que ella también añoraría la comida de nuestra madre… Un día —comenzó a narrar Arya, taciturna—, me hizo ir a las tres de la mañana, a su camerino. Me la encontré llorando. No me explicó qué le pasaba, recuerdo que nos abrazamos y dormimos en la misma cama, juntas —las últimas palabras las dijo musitando—. A la mañana siguiente había escondido el dolor debajo de su perfecta sonrisa. Yo me marché a clase porque tenía un examen importante y ella se quedó preparándose para otra de sus múltiples sesiones de fotografía.

Ambos se sumergieron en sus pensamientos olvidándose de que a su lado estaba otra persona.

—Quizás no nos parezcamos mucho, pero hemos vivido la muerte de cerca, tú a través de tu hermana y yo a través de mi piel. —rompió el silencio Aaron saliendo de las profundidades de sus pesares.

—Me alegra saber que tienes tú su corazón —manifestó Arya.

—De momento ha conseguido parar la acelerada cuenta atrás a la que estaba sometido. Mi esperanza de vida ha aumentado.

—Cuando todo esto acabe, me gustaría… rendirle un homenaje a mi hermana, me gustaría que me ayudases…

Aaron abrazó por los hombros a su compañera arropándola con una capa de

confianza.

—Claro que lo haré.

En esa posición se quedaron petrificados como si fuesen una estatua. El momento perduró hasta que la chica se marchó a dormir a la habitación de invitados.

Aaron respiró el aire de la habitación cuando Arya se fue y, se dio cuenta de que aún olía a ella. Su fragancia afrutada había dejado marcada la estancia.

El día había sido largo, tenía que descansar si quería continuar ayudando a Katrina. Los ojos se le fueron cerrando mientras se recostaba en su cama. Permaneció así hasta que un par de ángeles le llevaron a una nube de sueños y fantasía.

22

Los rayos de sol inundaron la habitación incidiendo directamente contra su cara destapada. Un cuerpo se encontraba enfrente de él, parecía un hada. Sus ojos oscuros enfocaron la imagen descubriendo que frente a él no había un ser sobrenatural sino que delante suya se encontraba Arya con el pelo despeinado, sin un ápice de maquillaje y con los pies descalzos, dejando al descubierto sus minúsculos dedos.

—Estás más guapa sin maquillaje – dijo Aaron con voz pastosa y adormilada.

—Buenos días para ti también – contestó la joven.

La chica movía de forma nerviosa las manos y con sus pequeños pies marcaba el ritmo de una canción que estaba en su cabeza.

—¿Te vas a quedar hay plantada admirándome?

—¿Qué pretendes que haga? – Preguntó sorprendida Arya.

—Pues una de las muchas opciones es tumbarte aquí – dio un par de palmaditas a la colcha– a mi lado, y volver a dormirnos.

La chica abrió la boca sorprendida por el comentario de su compañero.

—No comparto cama con desconocidos.

—Es una lástima; en ese caso, tendré que levantarme.

—Pues estaría bien, y ya si de paso me prestas un portátil… He tenido una idea.

Aaron se destapó y despegó su cuerpo del mullido colchón. Su torso estaba descubierto desvelando un abdomen liso con pequeños relieves y algunos pelos oscuros rodeando el ombligo. Debajo del pecho izquierdo, en el lugar donde se encontraba el corazón una desagradable cicatriz se podía palpar. Para sorpresa de Arya, unos bóxer negros era la única prenda que tapaba algunos resquicios de piel del chico.

Al levantarse, estiró los brazos y profirió un bostezo. A continuación, se dio unas palmaditas en la tripa.

—¿No tienes hambre? Estoy hambriento, voy a preparar el desayuno. El ordenador está en el segundo cajón del escritorio —Comentó señalando con el dedo el lugar del que hablaba.

Arya no apartó los ojos del chico hasta que hubo abandonado la habitación. Su cuerpo no estaba esculpido como el de los deportistas profesionales, pero estaba tonificado. La cicatriz le dejaba esa imperfección que todo humano tenía. Con aquella marca o sin ella, a la chica le parecía atractivo.

Cogió el portátil del cajón que le había dicho Aaron, le dio a la tecla de encender y abrió el buscador. Debía dejar de fijarse en el cuerpo de su compañero y centrarse en las cosas importantes.

La idea que se le había ocurrido consistía básicamente en buscar rumores acerca de su hermana para ver si alguno estaba relacionado con las cartas y mensajes que tenían de ella. En cada rumor siempre hay una pizca de verdad mezclada con muchas mentiras, o eso se suponía.

De fondo de pantalla, descubrió Arya, Aaron tenía una fotografía de su hermana posando con unos pantalones cortos con un estampado de camuflaje y una camiseta de tirante que ponía Diamond Camp. «Realmente era un fan de ella», pensó la chica.

Por un momento sintió celos. «Solo me besó porque de esa forma era como si lo hiciese con Katrina», continuó meditando Arya. No había podido olvidar el momento de la unión de sus labios, ni la fragancia de su colonia ni la suavidad de la tela de su camiseta.

Dejó que el tema pasara, además ya estaba acostumbrada a que se acercasen a ella confundiéndole con su hermana o para acercarse a la ex actriz, por una persona más ¿qué importaba?

Escribió palabras claves, en el buscador de internet, como el nombre y apellido de la actriz, Katrina Blumer. A continuación tecleó: sucesos relevantes. Pulsó la tecla de buscar y esperó a que Google diese con los resultados.

Los primeros artículos estaban relacionados con la muerte de ella y las causas, otras páginas hablaban del papel que desempeñaba en la serie Diamond Camp.

—La señorita tiene el desayuno preparado. Está listo para ser degustado por su paladar pero antes tiene que decirme sus preferencias, ¿le gusta la leche y el zumo de naranja? ¿Y las tostadas y las magdalenas de chocolate?

Arya había visto su indagación interrumpida por Aaron. La chica no pudo evitar sonreír ante la escena que se presentaba delante de sus ojos.

El chico llevaba puesto un mandil floreado ocultando su pecho, con las manos sujetaba una alargada bandeja llena: dos tazas de leche, dos vasos de zumo de naranja, un azucarero, dos cucharas, un plato con tostadas y magdalenas con trocitos de chocolate y dos botes minúsculos de mermelada de melocotón y fresa, era su contenido.

No pudo articular palabra.

—Nos lo merecemos ¿no? —Comentó Aaron. Hubo una breve pausa en la que solo se podía escuchar el piar de los pájaros que se colaba por las ventanas —. Por cierto, ¿en qué consistía tu fantástica idea para la que necesitabas el portátil?

Arya tragó saliva.

—He pensado que si buscamos rumores sobre el rodaje de Diamond Camp, podríamos encontrar algo de utilidad. Ya sabes, mensajes ocultos.

—Tiene sentido.

Se sentaron en el suelo y desayunaron tranquilamente. Aaron estaba satisfecho con su trabajo y también por haber asombrado a Arya. Aunque por su cabeza pasó una pregunta que hizo que mostrase una sonrisa, ¿no se pensaría Arya que no tenía mesas, verdad? Le gustaba comer en el suelo de su cuarto de forma que fuese más íntimo y menos formal, por eso estaban comiendo sin un tablero con cuatro patas.

Degustaron cada bocado, cada sorbo y cada sabor. Cuando sus tripas estuvieron a punto de explotar, dieron por terminado el desayuno. Recogieron la vajilla empleada y la colocaron en el lavavajillas de la cocina.

Continuaron la búsqueda de rumores, cotilleos e información secreta filtrada.

“Hallada muerta la actriz protagonista de Diamond Camp, serie emitida en el canal siete, los jueves a las diez y media de la noche”.

“Los actores que compartían reparto con Katrina Blumer conmocionados por la repentina noticia de su muerte”.

“En realidad la actriz, Katrina Blumer, se suicidó. El motivo es desconocido y la policía se está encargando de averiguar qué se le pasó por la cabeza a la joven”.

“Un ángel conocido se ha marchado. Ahora solo nos queda su recuerdo que perdurará hasta que su esencia desaparezca”.

Entre noticias y retazos de crónicas también encontraron comentarios en apoyo a la familia de la actriz. Arya los agradecía muchísimo. Durante algunos segundos le parecía mentira que todo eso fuese también con ella, se sentía como si estuviese encerrada en una burbuja.

“Evans Anderson, el productor de la serie Diamond Camp, intentó continuar con la serie tras el suicidio de la actriz que tenía el papel principal. Anderson aseguró en una entrevista tener una sustituta idéntica a la actriz fallecida”.

“Katrina Blumer iba a recibir un premio por su papel protagonista en la serie que actuaba. Le brindarán en dicha gala un homenaje”.

—Aquí —gritó Arya, señalando en la pantalla del ordenador un artículo donde hablaban sobre la personalidad del productor y director Evans Anderson.

“Les traemos la última escena protagonizada por el famoso productor, director y guionista de cine, Evans Anderson. Aunque estamos acostumbrados, a sus extravagantes e inmorales actos, nunca deja de sorprendernos. Hace unos días puso en ridículo en público a un trabajador

al tener un descuido. El error del joven fue dejar caer un bolígrafo y una carpeta, que por la reacción de Anderson, debía tener información muy valiosa. La pérdida de estribos del productor se está convirtiendo en algo común, ¿cómo lo llevarán sus empleados? Si le da igual que ocurra en público, ¿en privado cómo se comportará?".

23

Releyeron el artículo de arriba abajo. Fijándose en cada palabra, en cada signo de puntuación.

—Esto nos puede servir —dictaminó Arya.

—¿Intentaron contratarte para continuar con el trabajo de tu hermana? —Inquirió Aaron, cambiando de tema.

Una pausa se ciñó sobre ellos.

—Sí, pero lo rechacé. Ella es la actriz, no yo —una nueva detención que duró más que la anterior—. Cuando comenzó Katrina a decirle a mis padres que quería participar en castings, ellos le respondieron que hasta los catorce años no la dejaban. Nuestros padres creían que era un simple capricho y que con el tiempo se le pasaría. Cuando comentó aquello tan solo tenía cinco años. Pero a pesar de la respuesta de nuestros progenitores la idea no se le había ido de la cabeza. Lo primero que hizo el día de nuestro catorceavo cumpleaños fue enviar sus datos a un montón de agencias, lo tenía todo preparado —tomó aire y continuó—. A mí me intentó convencer para que actuase con ella: da más tirón un par de gemelas que una sola. No me gustaban las cámaras. Aunque sí actuar, la música, tocar el piano y fundirme con sus notas, pero todo ello son hobbies.

—Cada hermano es diferente, aunque seáis gemelas podéis tener gustos distintos. No os pueden forzar a realizar las mismas actividades y oprimiros a ir juntas.

—Eso mismo decían nuestros padres, por eso a ella le dejaron continuar con su sueño y a mí con el mío. Ella en los casting y escenarios, yo en el instituto y en el conservatorio de música. Aunque finalmente me cansé del piano y lo dejé.

El sonido de una canción de cuna comenzó a sonar, las teclas del órgano comenzaron a escucharse, un cambio de escala, de nota y de ritmo, el comienzo de una voz…

—Mis padres me están llamando, tengo que cogerlo – se excusó Arya. Salió fuera de la habitación, dejando solo a Aaron con los artículos que seguían visibles en la pantalla de ordenador.

“Se dice que le han podido ofrecer el papel protagonista de Diamond Camp, para la siguiente temporada, a la hermana gemela de Katrina Blumer”.

«En vez de rumores parece que han estado espiando a la gente con cámaras de seguridad», pensó Aaron.

“La familia de la actriz está conmocionada ante su muerte. Desconocían

que Katrina pudiese tener problemas tan graves como para arrebatarse la vida”.

La puerta se abrió y la figura de Arya entró de nuevo en la habitación. Ahora que estaba sin maquillaje se podían apreciar unas ojeras violáceas debajo de sus cristalinos ojos, debían de llevar en la piel más de dos días. También un grupo de pecas anaranjadas se extendían a lo largo de sus pómulos decorándolos.

—Mis padres quieren que vaya a casa… ¿puedes acompañarme? Mi padre tiene un estante con informes que le manda su detective privado sobre información de la muerte de mi hermana, nos pueden servir —comentó Arya moviendo los pies de forma acompasada.

El chico asintió pero pidió que le dejase tiempo para darse una ducha y cambiarse de ropa o, mejor dicho, vestirse.

La casa de la familia de Arya estaba situada en la parte este de la ciudad, en un antiguo barrio de aristócratas. Las fachadas de todas las viviendas del barrio seguían el mismo estilo para no destacar las unas sobre las otras.

Su casa, en concreto, contaba con dos balcones decorados con flores de colores. La fachada de ladrillos estaba bordada con una enredadera verdosa dándole un toque salvaje.

Entraron en la vivienda silenciosamente evitando desconcentrar a los dueños. Nadie salió a recibirles pero una pareja de adultos se encontraba en el salón, ocupados con diferentes tareas. La mujer acariciaba con sus lánguidos dedos un marco de fotos de madera. El hombre hablaba por teléfono.

Arya se vio obligada a hacer las presentaciones pertinentes aunque no consiguió que sus progenitores prestaran atención. Tras un cortés saludo siguieron con sus labores. La mujer tenía el cabello del mismo color que sus hijas. El hombre los mismos ojos que ellas. Sus pieles eran pálidas y comenzaban a arrugarse. Sus cuerpos eran delgados y comenzaban a encorvarse.

Parecía que viviesen en otra dimensión, en otro mundo, en otro planeta muy lejano a la tierra.

—Papá, ¿me puedes dejar los documentos que te entrega el detective? —Preguntó la chica.

—¿Para qué los necesitas? —El padre alterado por la pregunta se puso tenso y a la defensiva.

—Quiero ver qué es lo último que has averiguado.

—¡Dejar de escarbar en las tumbas! ¡Dejarla que descanse en paz! —Gritó de pronto la madre alterada mientras se hundía en un mar de lágrimas y se marchaba corriendo escaleras arriba.

Aaron estaba a un lado de la sala, observando atento la escena. Su corazón se empezó a resquebrajar ante los llantos de la mujer, Katrina no podía soportar ver así a su madre.

—Aún no lo puede soportar —susurró el padre, compungido tapando el móvil que continuaba sosteniendo —Los archivos los tengo en mi despacho, voy a buscarlos y os los bajo.

—No hace falta. Subimos nosotros y los miramos en el estudio, así no hay que mover los papeles.

Tal y como Arya le había dicho a su padre, ascendieron por las escaleras de madera hasta llegar a la segunda planta. Durante el último tramo Aaron tuvo que apoyarse en la barandilla de que bordeaban la subida. Según le contó su compañera era una parte de la casa que aún se conservaba desde su época de mayor esplendor, cuando la vivienda estaba habitada por nobles y sirvientes.

El estudio se encontraba a la derecha de las escaleras. Era una habitación amplia, llena de muebles. Entre todo el desorden, en un rincón de la estancia, estaban las cajas de cartón que guardaban las carpetas de color tostado que contenían los informes del detective privado.

Pilas interminables de papeles se agolpaban enfrente de sus ojos. Una por una fueron abriendo y revisando cada carpeta. Cuando uno encontraba una noticia relevante, se la comunicaban al otro.

Gracias a los informes se enteraron del tipo de drogas que había empezado a catar meses antes de suicidarse la actriz fallecida. El tiempo que llevaba tomando alcohol a modo de tranquilizante. La frecuencia con la que asistía a las sesiones de espiritismo y el tipo de hombres con los que se relacionaba.

También encontraron archivos sobre disputas que había tenido con algunos actores compañeros de rodaje, con el director y el productor Evans Anderson, incluso con algún guardaespaldas.

24

No encontraron el motivo del suicidio. El detective seguía inmerso en la investigación. Por su parte, ellos tenían que continuar su propia búsqueda. Habían conseguido una única cosa: perder el tiempo.

El tema de la droga y el alcohol ya lo conocían. Lo único nuevo que desvelaron fueron sus continuas reyertas con sus compañeros tanto de rodaje como de la industria.

Una de sus suposiciones era que las peleas podían estar relacionadas por la ingesta de sustancias insalubres. Podría ser que al tomarlas se volviese violenta y perdiese el control de sus acciones. Pero no descartaban la idea de que podrían haberse producido por algo ajeno a la toma de drogas.

El círculo cercano de la actriz la describía como una persona tranquila, pacifista, habladora y que intentaba ayudar, siempre que podía, a los demás.

Las drogas. El alcohol. Te destruyen, pero no cambian tú interior. ¿O sí?

25

—Aaron esta tarde tienes revisión en el hospital. Es a la una y media, dónde siempre. No te olvides de ir. Un beso —su madre colgó el teléfono.

—¡Lo había olvidado! —exclamó Aaron bloqueando su móvil.

Arya le miraba incrédula. «¿Qué le pasaría a ese chico?», pensó.

—¿Qué hora es? —preguntó Aaron.

—La una ¿tienes que ir a algún sitio? —Contestó la chica.

—No puede ser… tengo que estar en el hospital dentro de media hora, y desde aquí tardaré a pie más de una hora… ¡Mierda!

—Te puedo llevar yo, tengo carnet de conducir…

—¿Eres fiable? ¿Algún accidente? —Hizo una pausa tomando una bocanada de aire para tranquilizarse—. Mejor no contestes.

En el hospital las salas estaban a rebosar de gente. Los murmullos de los pacientes se escuchaban, algunos tosían, otros dormitaban, sencillamente todos esperaban. Se dirigieron al área de cardiología donde no había nadie sentado en las blancas y opacas sillas de espera.

Habían conseguido llegar puntuales y el doctor les esperaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Te puedes quedar aquí esperando? Son cosas rutinarias, ya sabes, aburridas… no tardaré —comentó Aaron en un tono de voz bajo.

—Claro, no te preocupes.

Entró en la consulta con la misma inseguridad que siempre tenía al atravesar la puerta de la sala de las revisiones. Se tumbó en la camilla antes incluso de que el doctor se lo dijese y esperó. El médico revisó su expediente, comentó algunas cosas en el aire y procedió a examinarle.

Aaron se quitó la camiseta dejando a la vista su cicatriz. El doctor le auscultó, revisando los latidos de su corazón. A continuación, le miró la cicatriz y la palpó.

—¿Desde cuándo tienes esta mancha roja? —Preguntó el médico señalando un pequeño tizne alargado de color rojizo al lado de la marca.

—Creo que me salió unos días después de la operación, pensé que sería algo normal…

—Tengo que hacerte una prueba para observar cómo va el órgano de forma más exhaustiva. No te preocupes es para prevenir sorpresas.

Salieron de la habitación atravesando una puerta que se encontraba a la

izquierda de la camilla. Cambiaron de la sala de revisiones a la sala de las pruebas. Se desnudó hasta quedarse solamente con unos bóxers rojos y se tumbó en la camilla de la habitación. Después, le dieron un camisón azul, lo colocó correctamente en su pulcro cuerpo y dejó que le realizasen la prueba.

Arya esperaba paciente en la sala de espera. Sus pensamientos vagaron hasta el momento en que entraron a su casa, la revisión de los papeles sin encontrar ningún dato que solucionase la gran incógnita y, finalmente, el viaje en coche. Durante el trayecto el chico se había mostrado tenso. Las manos de él se agarraron fuertemente al salpicadero y no se soltaron hasta que llegaron al parking. ¿Tan mal pensaba que conducía? Desde que tenía el carnet, no había tenido ningún accidente y además había aprobado a la primera tanto el test teórico como la prueba práctica.

Media hora después de que hubiese concluido la prueba que le hicieron a Aaron, el médico le recomendó que no hiciese esfuerzos. También le comentó que en unas semanas le llamarían para darle los resultados del estudio que le habían realizado pero que de momento no sabía de qué se trataba.

Arya seguía sentada en una de las sillas blancas que ocupaban la sala. No solía ir a los hospitales y además no le gustaba las sensaciones que traían consigo, enfermedades, malestar, muerte… solamente acudía cuando era estrictamente necesario. La última vez que había ido allí había sido cuando tuvo que ir a acompañar a su hermana para que se pusiese unas vacunas…

«Cómo la echaba de menos y sencillamente se había marchado», pensó.

Aaron apareció de nuevo por la puerta de la consulta. Su cara no mostraba ninguna expresión pero sus pupilas titilaban mostrando inseguridad. La chica se preguntó qué le abría pasado dentro.

—¿Todo bien? —indagó Arya.

—Sí, sí, todo bien. Me han hecho unas pruebas pero nada preocupante —mintió el chico.

—Pues entonces vamos de nuevo al coche. Como has sobrevivido creo que ya te fías suficientemente de mí como para seguir viajando en mis manos. Vamos a ir a otro lugar —la chica le guiñó un ojo para quitarle hierro al asunto – Tenemos que ir a la productora.

Aaron se pasó una mano por el pelo. Tenía ganas de dormir, hundirse en su colchón y no despertar nunca más pero eso no era una opción que pudiese llevar a cabo en ese momento. Como tampoco podía dejar que su enfermedad le abatiese como nunca lo había hecho.

Conocía los riesgos a los que se enfrentaba cuando se había sometido a la operación. Uno de los muchos peligros era permanecer con vida tan solo un año, un tiempo que no hubiese tenido sin ese órgano.

Cuando la muerte acechaba no había ningún remedio para esquivarla, podías despistarla pero algún día llegaría y acabaría con tu vida. Algunos morían antes, otros después pero todos acababan de igual forma. Era ley de vida: naces, creces y mueres; y si quieres, te reproduces.

Montaron de nuevo en el vehículo de Arya. Estaba limpio y cuidado, olía a vainilla. El asiento del copiloto estaba echado demasiado hacia delante y las piernas de Aaron estaban encogidas.

—¿Ha ido bien la revisión? —Insistió Arya—. Te veo muy callado. Si necesitas desahogarte puedes hacerlo conmigo, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—No me ha dicho nada, de verdad —el chico se vio obligado a mentir por segunda vez. Juntó las manos para intentar relajarse y olvidarse de la consulta, del médico y sus dubitativas palabras.

El viaje por la carretera estuvo invadido por silencio. Aaron cavilaba. Arya conducía fija en el horizonte, recordando el camino que tantas veces había tenido que recorrer hacia los estudios. Su hermana tardó más que ella en sacarse el carnet y hasta que lo consiguió, tuvo que ser su chófer particular.

La chica tenía miedo de volver a ver el rostro moreno, los ojos oscuros y el cabello rubio del director Evans Anderson. Su frialdad siempre la había compungido y aterrado a partes iguales.

26

Era de día y por ese motivo le extrañó a Monroe que estuviese percibiendo una fuerza de algún espíritu perdido pero no desconocido. Estaba recibiendo un aviso y no uno cualquiera. Algo iba a comenzar y esta vez no iba a ser una simple trastada, ni un simple desvanecimiento. Algo grande se avecinaba.

El poder que percibía era oscuro y poco a poco iba sucumbiendo a una rabia contenida. ¿Dejaría este ser fluir libremente su poder sin tener en cuenta las consecuencias o la iría expulsando en pequeñas dosis? Ninguna de las dos opciones era favorable, esa energía debía de ser contenida.

Si el espíritu no era reprimido por sí solo debía ser el cuerpo que la albergaba el que tenía que dominarlo. ¿Sería capaz un joven refrenar a esa bella bestia?

La médium descolgó el teléfono que tenía sobre la mesa y marcó un número de nueve dígitos.

No esperó a que el receptor comenzase a hablar, se lanzó enseguida a enviar su mensaje.

—Pásame a tu amigo —fueron las únicas palabras que necesitaba decir al primer receptor.

Sabía que el destinatario se encontraba al lado del primero.

—Debes controlarla, no dejes que se libere.

El tiempo se paró, por un momento; para Aaron el mundo quedó bloqueado. Intentó asimilar las palabras. El tic tac del reloj de pie, situado encima de la mesa de la habitación de Monroe, marcaba los segundos, la brisa movía las cortinas y la voz grave pero jovial del joven comenzó a sonar.

—¿A quién te refieres? ¿Cuándo pasará?

—Ella, la esencia que albergas, estará esperando para vengarse. Cuando llegue el momento adecuado, ella actuará, te poseerá y hará que tus brazos, piernas, manos y píes se muevan a su antojo como si ella fuese un experto titiritero y tú una simple marioneta.

El chico tragó saliva y la llamada se cortó con un pitido intermitente que dejó la línea abandonada.

27

La secretaria del director de cine iba subida a un par de zancos de veinte centímetros. Sus labios rojizos y su escote exuberante combinaban con su fina y acortada falda. Ella les acompañó hasta la oficina de su jefe.

En la puerta les abandonó y se dirigió, con pequeños pasos y moviendo sensualmente las caderas, hacia el guardia de seguridad con el que comenzó a coquetear. Seguramente cansada de la monotonía de su trabajo buscaba divertirse en los tiempos muertos de los que disponía.

Los jóvenes entraron en el despacho donde la figura del director de cine se materializó. Estaba de pie, mirando a través de la ventana con la que contaba la habitación, en la parte izquierda. Al escuchar los pasos se giró para atender a su visita.

—¡La viva imagen de Grace Hamilton nos visita! Cariño, no te esperaba, si lo hubiese sabido, habría concertado una cita en un lugar más acogedor. Sentaros al menos, por favor —Evans mostraba un tono de voz alegre pero su rostro era frío y cortante. Mientras fueron ocupando sus asientos de terciopelo color canela, Anderson siguió hablando esta vez su voz acompañó a su rostro—. ¿Quién es tu compañero?

—Yo no esperaba este cálido recibimiento —comentó Arya en un tono sarcástico— Él —señaló a Aaron— es Aaron, un actor de teatro con un gran talento. Te lo quería presentar personalmente.

El chico sorprendido, por el cambio de rumbo que había tomado la conversación, estrechó la mano al director temblorosamente.

La voz interior de Aaron tomó fuerza y comenzó a hablar. Katrina, llena de ira y repulsión, comenzó con su actuación. ¿Sería este momento cuando la venganza de la ex actriz comenzaría y las fuerzas de Aaron tendrían que actuar? ¿O sería una falsa alarma?

—He trabajado en numerosas obras de teatro, me gustaría participar en la siguiente temporada de Diamond Camp junto a Arya. Hemos venido para firmar nuestros contratos.

La que se sorprendió, esta vez, fue Arya, que no esperaba que llegase a decir algo así. La situación había cambiado, en un principio su visita se debía solo a recaudar información sobre las grabaciones de la serie, no para entrar en la boca del lobo. Aaron intentó decirle con la mirada que esas no eran sus palabras, que él era un actor pésimo y que todo venía de su corazón.

—Señorita Blumer, no sabía que había cambiado de opinión. Tengo aquí

mismo el contrato para usted, en cambio, para el señorito no tenemos contrato. Los papeles para actores masculinos están al completo. Solo nos quedaba un papel libre para chico y, en caso de que siguiésemos con la serie, ya estaba concedido.

Anderson colocó en su rostro una sonrisa falsa y escalofriante a partes iguales.

—Si mi compañero no tiene un contrato ahora mismo junto al mío y no consigue el papel de ese personaje que entra en esta temporada, no firmaré —Arya sabía que nunca admitirían a Aaron en la serie.

—Pero… —el director se había quedado sorprendido ante la chica que tenía enfrente. Estaba acostumbrado a su imagen de chica callada y dócil.

—No hay peros que valgan. Necesito al chico a mi lado.

Evans sacó su móvil del bolsillo y realizó una llamada. Hablaba en voz baja y los chicos no pudieron escuchar lo que decía. Oían susurros ininteligibles pero ni una palabra concreta.

—Admitimos a tu compañero en la compañía. Os voy a dar ahora mismo los contratos y después os daré los guiones.

La chica estaba sorprendida por la confirmación, la necesitaban más de lo que pensaba. La serie debía de darle al director muchos beneficios. Ahora no podía echarse hacia atrás, pero, si su hermana le había escrito una carta donde decía que no quería que tomase este papel, ¿por qué le había hecho a Aaron pronunciar esas palabras?

—Comenzáis mañana a grabar. Ya sabes cómo va esto –tras decir eso dirigido a Arya se giró hacia Aaron—. Y para ti que has hecho teatro es exactamente igual pero poniéndote enfrente de una cámara.

Después de dejarse vencer, Anderson pulsó un botón rojo situado debajo de la tabla de madera de su mesa. Enseguida dos abogados, de los cuales uno de ellos Arya ya conocía, vestidos con un traje negro, entraron en la sala con dos maletines de cuero a juego con su ropa.

Se colocaron alrededor de la mesa, abrieron de forma coordinada sus valijas y sacaron dos contratos en blanco y dos plumas de tinta oscura.

—Todo listo señor —comentó el abogado del que Arya no tenía ninguna referencia.

Los letrados se apartaron de la mesa y dejaron a los dos muchachos solos, frente al trozo de papel. Estaban indecisos, nada de esto era lo que tenían planeado cuando decidieron acercarse a la productora. Hicieron una pequeña pausa y leyeron el contrato, al menos debían conocer a lo que se enfrentaban. Aaron solo comprendía algunas cláusulas, Arya en cambio, la mayoría. Al final de los folios, letras, cláusulas y divagaciones, se encontraba la temible frase.

Cogieron las plumas con la mano derecha y con un pulso tembloroso garabatearon sus firmas. Tuvieron que repetir el proceso hasta en tres ocasiones, que era el número de páginas que tenía el contrato.

Al principio titubearon, estaban pactando con el mismísimo diablo sabiéndolo, pero después acabaron con firmeza. Sobre todo Aaron, mostraba una fachada tranquila, desde su interior tenía una buena corazonada, o eso le transmitía su corazón.

—Todo correcto, nos marchamos señor —comentó el otro abogado llamado Cameron, el conocido por Arya—. Mándales un saludo de mi parte a tus padres, Arya.

La chica no contestó, ni siquiera se giró para despedirse de él. Le repugnaba solo por el hecho de que no ayudase a su hermana contándole todo lo que en el contrato se explicaba. ¿Realmente todo fue culpa del contrato?

—Ahora que pertenecemos a la misma gran familia, os voy a dar vuestros guiones. Tenéis hasta mañana para aprenderos los dos primeros capítulos, que serán los que rodaremos —Evans abrió un cajón y sacó un archivador. En la portada de él se podía leer *Serie Diamond Camp*. Sacó de la carpeta dos tacos de folios y le entregó uno a cada uno.

En el de Arya se podía leer en la primera hoja, Grace Hamilton.

En él de Aaron se podía leer en la primera hoja, Kurt Singht.

Realmente en ambos guiones ponía lo mismo. La diferencia, el destinatario.

—Si esto es todo, nosotros nos marchamos —se excusó Arya. Quería salir cuanto antes de allí, quería alejarse de Anderson y del lugar.

—No tan rápido, chicos. Como habéis podido comprobar, queremos comenzar a grabar cuanto antes, pero no debemos saltarnos la prueba sin cámaras —ambos jóvenes tragaron saliva.

—Anderson, ¿no confía en nosotros? Está claro que por nuestras venas corre sangre de artistas. —Aaron levantó la mirada del guión y posó sus ojos en los del director que estaba evaluando las palabras de Arya—. Esos formalismos los puede guardar con nosotros. Usted no quiere perder el tiempo y nosotros tampoco.

La sala comenzó a teñirse de tensión. El aire estaba entumecido y cargado.

—Una vez, Katrina me dijo eso. Le concedí la petición y no me defraudó, espero que vosotros tampoco. Podéis marcharos.

28

Salieron de la productora acongojados, nada de lo que había sucedido estaba planeado y ahora estaban metidos en la boca del lobo.

Aaron no paraba de frotarse el cabello. La situación iba a superarle, el médico y Katrina estaban acabando con sus fuerzas.

Su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo del chico. Los acordes de una canción comenzaron a sonar, miró quién era la persona que le llamaba y descubrió que se trataba de su madre. Pulsó en la pantalla la imagen de un cuadrado verde y colocó el aparato en su oreja.

—Hola mamá —dijo Aaron.

—Cariño ¿qué tal el médico? ¿Todo va bien? No me has llamado —La mujer estaba preocupada por no haber recibido antes noticias de su hijo.

—Se me ha olvidado llamar, estaba haciendo unas cosas. Todo perfecto, ya sabes los procedimientos de siempre —el chico tuvo que cerrar los ojos para mentir a su madre. Se preocupaba por él y no se merecía que le mintiesen.

—¿Estás seguro? Te noto distante, sabes que si algo va mal me lo puedes decir. –las madres siempre pillan las mentiras de sus hijos, pero Aaron se resistió a desvelar que podría tener algún problema con el nuevo órgano.

—Todo bien, no te preocupes. Es que estoy cansado, solo es eso.

—Bueno, si necesitas algo, llámame. Si tu amiga sigue teniendo problemas en su casa, se puede quedar en la nuestra.

—Se lo diré. Te tengo que dejar. Un beso – la línea se cortó y el teléfono volvió a su bolsillo.

Cerró los ojos y volvió a pasarse los dedos por el cabello.

Miró a Arya, quien tampoco sabía nada de lo sucedido en la consulta, sus ojos azules le contemplaban expectantes, ¿qué quería que le dijese, que estaban en un lío, que él no tenía ni idea de actuar o que probablemente en el médico se había topado con algún contratiempo?

Si querían terminar con sus problemas, lo primordial era hacer que Katrina regresase al lugar donde debería haber ido tras su muerte.

—No tengo ni idea de actuar y la parte de memorizar también la llevo mal – comentó Aaron forzando una sonrisa ladeada.

La chica se aclaró la garganta.

—Bueno… yo me he pasado varios años ayudando a mi hermana a aprender guiones. Puedo ayudarte, aunque deberíamos comenzar ahora mismo —hizo una pausa donde cogió velocidad para decir las últimas palabras—. Y para la parte de

actuar, te enseñaré lo básico, pero déjate llevar por mi hermana. Todo esto ha sido idea suya, así que, seguramente, te echará una mano.

—Podemos practicar en mi casa. Mi madre me ha dicho que te puedes quedar con nosotros los días que haga falta—susurró.

—Tranquilo, me las apañaré en mi casa – dijo sorprendida por su propio comentario.

Aaron pudo entrever a través de su mirada que quizás sí que quisiera estar unos días alejada de su propia vivienda, intentar olvidar y comenzar de nuevo su vida, pero no se atrevía a decirlo.

—Vamos a tu casa, metes algo de ropa en una mochila y vamos a la mía. Si te niegas tardaremos más en empezar a ensayar y toda nuestra gran mentira habrá terminado.

Arya le miró con cara de estupefacción y, en parte, de irritación. Tenía demasiado orgullo como para que se compadeciesen de ella.

—Soy yo la que conduce, ¿te lo tengo que recordar? —Comentó la chica con un deje de enfado.

—Y yo soy el que lleva el corazón de Katrina – repuso el chico. En el mismo instante en el que de sus labios salieron las palabras, se percató del dolor que le habían causado a Arya.

La chica se aclaró la voz antes de susurrar.

—Pues por su culpa estamos en esto. No quiero tu compasión, ni tu casa, ni nada tuyo. ¡Vete a la mierda!

Arya se alejó con paso decidido hacia el coche. Tras entrar en él, metió la llave en el contacto y se alejó de la productora dejando tirado a Aaron.

«Todo perfecto, Aaron, siempre soltando lo primero que se te pasa por la cabeza», pensó el chico.

El vehículo de la chica se iba haciendo cada vez más pequeño hasta que giró una calle y desapareció entre el tráfico.

Aaron sacó su móvil del bolsillo del pantalón e intentó llamar a Arya. El buzón del contestador saltaba y lo único que pudo hacer fue dejar un mensaje de voz pidiéndole perdón.

Como todo día negro y maldito, unas nubes grisáceas se posicionaron sobre la ciudad dejando escapar sus lágrimas en forma de gotas de agua heladas.

Todo fue de forma inesperada. La lluvia había pillado a la gente desprevenida y ahora sucumbía al caos. Los más ágiles comenzaron a correr por las aceras intentando refugiarse debajo de los toldos de las tiendas, los más románticos se dejaron mojar y los más previsores sencillamente sacaron un paraguas de sus mochilas y bolsos.

Aaron se quedó parado, clavado en la acera. «Lo había vuelto a estropear»,

se repetía mentalmente.

Cuando las gotas se fueron convirtiendo en granizo, comenzó a moverse. Se colocó debajo de los doseles de los comercios y empezó a andar. Había tomado una decisión: aunque tardase horas en llegar andando, iría a casa de Arya a buscarla.

Si la dejaba sola, sin el corazón de Katrina, sin la única pista que tenían de lo que le sucedió, caería en la oscuridad y en la desolación. Nunca lo superaría.

29

Había recorrido apenas unos metros desde su discusión con Arya, habían pasado cerca de quince minutos. De repente, a través del granizo, un potente pitido, procedente de un coche, se abrió paso hasta los oídos de Aaron.

El chico al principio no se dio cuenta de que iba dirigido a él. Solo cuando el conductor bajó del coche y le dio un apretón en el hombro, se percató de que debía montar en el vehículo.

El agua los había envuelto en unos trajes pegajosos y apretados. Sus cuerpos estaban a pocos centímetros, mirando ambos hacia el frente. Cada uno ocupaba un asiento en el automóvil.

—No debería haberme ido, soy una cría —susurró Arya a través de su pelo empapado.

—Gracias por regresar a por mí. En realidad yo fui quién comencé, siempre digo lo que no debería.

Aaron le ofreció su mano para establecer un tratado de paz. La chica entornó los ojos y puso de nuevo el coche en marcha, que estaba aparcado en doble fila.

—Por cierto… ¿sigue en pie, lo de… poder dormir en tu casa? —Arya estaba avergonzada por la escena de antes y por tener que decir esas palabras. Eran una estocada en el centro de su orgullo.

—Claro, ¿pasamos a por tus cosas ahora? —El chico le sonrío para que se relajase.

Arya asintió con la cabeza y se centró en la carretera pegando su vista al cristal y a los parabrisas que se movían al son del reloj. El coche se fue deslizando a través del asfalto grisáceo parando, tan solo, cuando la conductora pisaba el freno al llegar a los pasos de cebra con algún transeúnte esperando en la acera y en el momento en que los semáforos se ponían de color rojo.

Las grisáceas nubes seguían al vehículo desplazándose mientras la ciudad trataba de limpiar sus calles gracias a los ríos de lágrimas.

El silencio en el interior del coche estaba entrecortando por el sonido de la calefacción que intentaba secar las húmedas ropas de los dos jóvenes.

Estaban de vuelta en el edificio familiar de la chica. Sus progenitores seguían perdidos en un laberinto de tristeza y soledad. Cada uno ocupaba su mente en una actividad diferente que, con ojos vidriosos, realizaban.

El padre, pasaba las páginas de un periódico al que no prestaba atención, nada de lo que las letras y palabras quisieran decir le interesaba. La madre, volvía a estar sentada en el sofá del salón mirando el mismo retrato que

contemplaba hacía unas horas.

Apenas se percataron de la presencia de la única hija que les quedaba. Tampoco detectaron que volvía a ir con el mismo acompañante, un chico de ojos marrones que la siguió hasta el umbral de su habitación.

Arya escogió varios trajes, compuestos de pantalones y camisetas, y un par de zapatos de su gran armario, todo combinado a la perfección. Guardó sus pertenencias en una alargada bolsa de deporte color avellana que se colgó en un hombro.

Miró su cuarto antes de abandonarlo durante un periodo de tiempo indefinido. Recorrió cada rincón con la mirada. Las cortinas de color blanco con pétalos de rosa cosidos, los muebles colocados según una revista de decoración que adquirió en un kiosco. Y encima de la estantería de madera, marcos de colores y formas diferentes protegían las instantáneas que habían inmortalizado las caras sonrientes de dos niñas y jóvenes idénticas. Dos gemelas.

Desde el umbral todo parecía apagado y sin la alegría con la que solía contar el lugar anteriormente a la tragedia.

Bajaron las escaleras en silencio, no querían romper la monotonía con la que contaba la casa. Era como si la vivienda se encontrara en un sueño de letargo tan profundo como inalcanzable. Absolutamente todo estaba al arbitrio del destino, ahora más que nunca.

Los jóvenes se marcharon cargando con la mochila.

Los adultos se quedaron navegando en su propio barco a la deriva esperando que alguien les enviase un salvavidas o, sencillamente, les hiciese volver al presente.

30

De nuevo el caudaloso asfalto grisáceo les condujo hasta la vivienda del chico. Esquivaron máquinas de metal, seres humanos y baches en el suelo.

La familiar vivienda de Aaron les dio la bienvenida. Las puertas estaban prácticamente abiertas para recibirles pero la casa estaba vacía de personas.

El aroma de un bizcocho de chocolate que se estaba cociendo en el horno alertó sus fosas nasales. Todo era cálido en vez de frío, todo era familiar en vez de mundano.

Lo primero que hicieron fue acomodar a la chica en la habitación de invitados, la misma que había ocupado el día anterior. Arya colocó la bolsa al pie de la cama dejándola cerrada. Si abría el macuto, sería como aceptar que los sucesos de los últimos días eran reales; cerrada, daba pie a que hubiese sido sucumbida por Morfeo y estuviese hipnotizada viviendo un sueño o, mejor dicho, una pesadilla.

Cambiaron de cuarto, salieron al pasillo y atravesaron otra puerta. Fueron a la habitación de Aaron con el fin de intentar conseguir su actual objetivo, el chico tenía que convertirse en un actor.

—Actuar consiste en meterte en la piel de otra persona. Para dar vida a ese personaje tienes que transmitir sus sentimientos. —Arya había captado toda la atención del chico gracias a su breve introducción. —Lo más básico que debes aprender es mostrar en cualquier momento una emoción y hacer que esta sea creíble —comenzó a explicar la chica—. Necesito un papel, un boli y unas tijeras.

Aaron rebuscó en los cajones del escritorio hasta dar con el material que su compañera necesitaba y se lo entregó.

Arya recortó en trozos rectangulares, de varios centímetros, la hoja de papel. Después, apoyándose en el escritorio de madera, escribió con una letra redondeada en tinta del color del agua, diferentes emociones: tristeza, alegría, somnolencia, enfado, melancolía… Dobló los fragmentos en varios pliegues y los colocó sin orden alguno en la mesa. Para finalizar, los mezcló todos y le dijo a su compañero que escogiese uno.

El chico eligió un papel irregular, lo desdobló y leyó la palabra escrita para sí mismo. Estuvo varios minutos con la mirada puesta en él, le costaba leer la palabra y no era porque la letra fuese ininteligible, todo lo contrario, era muy clara. Él era el problema. Él tenía un problema.

—¿Te digo la palabra? —Preguntó Aaron levantando una ceja en un gesto que le pareció muy gracioso a la chica.

—¡No! —Arya colocó sus manos hacia delante y estiradas para pararle— Se me ha olvidado explicártelo. Tienes que representarla y yo adivinarla. Si haces algo mal o no lo expresas bien, es obvio que no acertaré y te ayudaré a corregir los errores.

El chico volvió a leer el papel. Lo dobló, lo estiró, lo arrugó, lo extendió. A continuación, apretó los labios, se rascó la cabeza e intentó transmitir la emoción que le había tocado.

Se giró dándole la espalda a la chica. Se frotó los ojos hasta hacer que le escociesen. Se aplastó el pelo. De nuevo se volteó, pestañeó hasta provocar las lágrimas, entrecerró los ojos y puso una mueca hacia abajo.

—¿Tristeza? —Dudó Arya.

Aaron giró el trozo de papel y mostró la palabra que estaba escrita en él: tristeza.

—Existen unas gotas que te echas en los ojos y son para llorar. No todos los actores tiene esa facilidad y no hace falta sacarte un ojo—la chica le guiñó un ojo.

El chico se acercó de nuevo a la mesa. Con una sonrisa en la cara escogió otro papel, y esta vez sin nerviosismo lo desdobló, leyó las palabras y se centró en su trabajo.

La actuación había comenzado. Bajó la mirada, se mordió el labio inferior y poco a poco fue levantando la vista hasta encontrarse con la de los ojos de la chica. Apartó enseguida la mirada, movió los pies despacio, con un ritmo intermitente. Se frotó las manos.

Arya dubitativa susurró la emoción que se le pasó por la cabeza: timidez. Había acertado nuevamente. La expresión facial era una asignatura que tenía Aaron aprobada y además con buena nota, aunque en un principio él lo desconociese. Aunque esta prueba era más bien para tomar contacto con la interpretación.

La segunda parte que debía realizar para conseguir el objetivo era memorizar las frases del guión. Primero subrayarían sus frases, ya que en los guiones aparecían los diálogos de todos los actores. Después, comenzarían memorizando frases cortas y sin ninguna dificultad aparente.

Arya le entregó al chico un guión. A continuación, Aaron subrayó con un rotulador fluorescente amarillo sus frases. Tardó bastante tiempo en encontrar las palabras de su personaje porque en un principio su aparición era escasa pero con el paso de las hojas iba aumentando.

Después, comenzó el proceso de recordar las palabras. El chico leyó en voz

para sí mismo las primeras frases de su guión. Repitió el proceso varias veces para memorizarlo. Esta técnica nunca se le había dado bien pero ahora tenía que esforzarse más para no solo sacar un cinco en el examen.

De repente, la chica le quitó las hojas de las manos y le instó para que le interpretase las frases que había leído.

—Nunca debería… debería encontrarme —movió los brazos haciendo aspavientos a la vez que negaba con la cabeza— nunca debería haber…

Una risa burlona vibró en el cerebro de Aaron, perturbándole y enfureciéndole, molestándole y distrayéndole. Katrina hacía acto de presencia burlándose de él.

—Nunca debería haber… haber llegado —la frustración del chico iba en aumento— ¡No! —Gritó y volvió a tomar su guión- Llegar no era la palabra, sino otra.

Hubo una pequeña pausa en el tiempo y espacio. De nuevo la chica velozmente le arrancó los papeles de las manos y le miró a los ojos de forma segura. Arya estaba empezando a vivir un *déjavú* pero no le importaba.

—Tienes que recordar todo, no puedes quedarte a medias. No puedes tardar tanto en memorizar una frase, son muchas las que tienes que recordar y ahora mismo tenemos muy poco tiempo— hizo un alto en su explicación, Arya.— Visualiza una imagen clave que represente la frase, recopila la información, habla y gesticula.

Las partículas del aire se comprimían creando una tensión existente entre los dos jóvenes. Uno avergonzado por sus pocos logros, una desilusionada por el paso hacia atrás que acaban de dar en su camino pero sin perder la esperanza.

Por otro lado, la esencia recopilaba la información que obtenía a través de los ojos del chico. Estaba evaluando la situación que se le presentaba, ellos solo querían ayudarla y ella no ponía las cosas nada fáciles.

Ellos querían que siguiese con su camino. Su hermana quería descubrir los motivos por los cuales murió y le falló, para poder vivir tranquila. Él quería vivir. Ella venganza y tranquilidad.

Eran dos cuerpos pero tres personas. Dos seres y un alma perdida. Unidos con un mismo fin.

31

Aaron intentó visualizar las palabras siguiendo el consejo de Arya. En un principio, solo encontraba en su mente un folio en blanco, pero paulatinamente se fue llenando de letras que formaban palabras y a su vez frases con sentido.

Una mano delgada, con las uñas pintadas de color rosa, empezó a garabatear las primeras frases del guión.

Finalmente el chico tendría la ayuda del fantasma.

No, fantasma no.

Actriz retirada, como prefería llamarse Katrina a sí misma.

32

Un sobre amarillento llegó al buzón de la casa familiar. En el reverso ponía la dirección de esa misma vivienda e iba dirigido a nombre de una joven chica.

La dueña desgarró el sobre, con sus uñas rosadas, tras ver el remitente. Sacó de él un taco de folios donde en la portada se podía leer: Diamond Camp – Grace Hamilton.

Katrina Blumer empezó a gritar histéricamente y a saltar de forma descontrolada. Era el guión para su primera serie televisiva, sería la protagonista y todos los focos apuntarían hacia ella. Solo había un problema. Le costaba retener información, al contrario que a su hermana, que cogía todo al vuelo.

Tenía un mes para aprenderse el guión de toda la temporada. Un trabajo difícil pero no imposible.

Comenzó trabajando sola, día y noche, pero apenas conseguía recordar varias escenas. Buscó en internet trucos para memorizar, pero no encontraba ninguna solución factible.

Impotente, tras una semana sin ningún resultado, se derrumbó en su cama. Sus sueños se iban a marchar para no volver jamás y ella solo podía hacer una cosa: dejarlos escapar. Un vacío en su pecho la invadió estremeciendo todo su delicado cuerpo. La tristeza y pena que la llenaba se mostraba en su rostro, el cual estaba vestido con un delicado manto de angustiosas lágrimas. Su vida era el mundo del cine, la televisión y la publicidad, siempre lo había sabido. Y ahora estaba a punto de perder la entrada a ese mundo debido a su falta de incompetencia.

Por eso, siempre, se le daba bien física y no historia. Lo práctico era su fuerte, no memorizar datos.

Arya encontró a su hermana tirada en la cama llorando, creando un pequeño lago en la colcha floreada. Se tumbó a su lado y le pasó un abrazo alrededor de su espalda. Comenzó a susurrarle cosas bonitas, como hacía Katrina con ella, cuando estaba mal.

Cuando se calmó, consiguió explicar todo lo que le estaba pasando con el guión. Sus intentos fallidos de memorizar frases y gestos, entradas y salidas en las escenas…

Arya sabía que a su hermana nunca se le había dado bien memorizar los textos, pero hasta ahora nunca le había preocupado a ninguna de la dos. Esta

vez era diferente, si no lo solucionaban, el sueño de su gemela se vería truncado.

—¡Deja de llorar! Que lo de soltar lágrimas, a diestro y siniestro, es mío —exclamó Arya—. Coge el guión y vamos a comenzar de nuevo. ¡No te rindas! La esperanza es lo último que se pierde. Juntas vamos a conseguir superar este pequeño bache.

Katrina se limpió las lágrimas mirando sorprendida a su hermana que se encontraba enérgicamente de pie. La imitó, pero sin tanta alegría. Sujetó con fuerza los papeles y comenzó a leer las primeras frases de nuevo.

— Visualiza una imagen clave que represente la frase y recopila la información. Después, habla y gesticula —explicó Arya.

Katrina tomó dos bocanadas de aire. Se sorbió los mocos acumulados en su respingona nariz y soltó el aire acumulado en sus pulmones.

—Visualiza una imagen clave que represente la frase y recopila la información. Después, habla y gesticula —repitió Arya con voz pausada.

Y gracias a ese consejo y otros más, la actriz comenzó a memorizar. Poco a poco fue encontrando mejoras en el método y lo fue implantando en sus procesos de recordar largos párrafos. Así consiguió, con mayor facilidad, memorizar los guiones.

Algunos de esos trucos se los había enseñado Arya, que había pasado una larga temporada ayudándola.

La estrategia que más utilizaba la actriz era subrayar de colores el guión. Usaba un color para las frases, otro para las acotaciones de gestos y otro para las acotaciones de desplazamientos. También solía hacer un pequeño dibujo que representase las escenas que más le costase retener. Pero el método que más le ayudó fue Arya, el incansable loro que repetía una y otra vez la frase que tenía que decir.

Finalmente se convirtió en una experta. Un logro que duró poco tiempo. Su muerte llegó y con ella desaparecieron los momentos de memorizar y recordar. Ahora solo existían los momentos de olvidar y calmar las alteradas aguas.

33

El móvil de Aaron comenzó a vibrarle en el bolsillo del pantalón, lo extrajo de él y descolgó sin mirar el número de teléfono que le llamaba.

—¿Dígame? —Inquirió el chico.

—Tío, ¿dónde te has metido estos días? —Una voz elevada y varonil gritaba cada palabra.

—¿James? —No esperó a escuchar la respuesta, sabía que era él—. Pues me he metido en algún que otro lío y estoy saliendo de ellos —sonrió para sí mismo, imaginando la expresión que pondría su amigo: ¿¡líos!? Él nunca había estado envuelto en ellos.

Se escuchó una pequeña risotada al otro lado de la línea.

—Ahora, en serio, ¿dónde estás? Deberíamos quedar algún día para festejar que estás más sano que una amapola y que el instituto ha terminado, ya no tenemos que volver a él nunca más.

«El instituto había acabado, y no me había parado a pensar en ello», se dijo Aaron a sí mismo.

—Por una vez que me meto en problemas y no me crees —suspiró el joven aspirante a actor, conteniendo una sonrisa.

—Venga… ¿en qué tipo de problemas te has metido? —El compañero de clase de Aaron, indignado porque no se creía ni una palabra de su amigo, empezó a interrogarle a fondo.

—Tengo un problema con… un espíritu y una productora de televisión —eso era lo más parecido a la verdad.

De nuevo James soltó una carcajada que retumbó en el auricular.

—Lo de los espíritus déjalo para las películas de fantasmas, vayamos a la parte interesante: ¿una productora de televisión? ¿En serio? —Se notaba que el amigo de Aaron comenzaba a interesarse por el tema.

Aaron por su parte comenzó a comprender que ir diciendo a la gente que tenía problemas con espíritus haría que su persona fuese tachada de loco.

—Tengo que resolver un par de asuntos con una amiga —Aaron no quiso ahondar el asunto y cambió de tema esperando que su amigo no lo notase—. En cuanto solucione mis asuntos te prometo que nos vamos un día de fiesta juntos.

Un leve carraspeo traspasó la línea telefónica.

—¿Una amiga? Ya me la presentarás cuando acabes esos asuntos de los que no sueltas prenda —James puso su voz de cotilla—. Te dejo que tengo que ir a

comprar un par de cosas que necesito. Pórtate bien con ella y no metas la pata como siempre.

«Cómo me conoce», pensó Aaron.

Finalizó la llamada con ese pensamiento, volvió a guardar el teléfono y volvió a centrarse en su trabajo.

Mientras la llamada, Arya se había dedicado a subrayar de diferentes colores el guión de Aaron: en naranja los diálogos, en verde los gestos, y en amarillo los desplazamientos que tenía que hacer.

El chico se llevó toda una sorpresa, pues él tenía memoria fotográfica y eso le ayudaría mucho. Además, Arya le explicó que si no llegaba a recordar alguna escena en concreto podía realizar un dibujo que lo representase y le recordase a ella. En ese instante Aaron le confesó que era disléxico.

La chica ya lo había notado a lo largo de los días que habían compartido juntos, los pequeños detalles e instantes que él utilizaba para leer e intentar no confundirse no se le habían pasado desapercibidos, no era el primer caso que veía. Por eso le había enseñado esos trucos en concreto, porque ya los había probado y sabía que con empeño y esfuerzo ayudaban a la gente a memorizar.

Su hermana también tenía dislexia y esas estratagemas le habían funcionado.

34

Los médicos no tardaron mucho en detectar que Aaron, aparte de presentar las anomalías de su corazón, tenía problemas en la lectura al confundir las letras de las palabras, también le costaba el aprendizaje y la escritura.

El chico pasaba demasiado tiempo entre las paredes del hospital y allí llegaba a realizar muchos días sus tareas de la escuela, no fue extraño que una enfermera se percatara de estos problemas. Estas trabajadoras se encargaban muchas veces de ayudar al niño con las pruebas que le sometían a su pequeño corazón y solían entretenerle durante el tiempo de espera.

La enfermera Sandy, de rostro aniñado, les comentó a los médicos esta llamada de atención. No le costó mucho convencerles de que le realizaran unas pruebas y, tras ellas, se pudo observar que el niño padecía dislexia.

Las calificaciones de Aaron estaban formadas por suficientes pero tenían el mismo mérito que muchas matrículas de honor. Él tuvo que hacer grandes esfuerzos para aprobar y no caer en los fantasmas de los insuficientes que tanto le atemorizaban.

En una de las visitas al hospital, la enfermera Sandy le dijo al chico una frase que se le quedó grabada en el cerebro y que siempre tuvo presente, sobre todo durante su estancia en el instituto, fue la siguiente: La dislexia no intervino en la tarea de los científicos Einstein y Graham Bell, tampoco en Edison y Da Vinci, no dejes que te hunda. Se tú mismo y con esfuerzo podrás alcanzar grandes logros.

35

Continuaron trabajando Arya y Aaron, esta vez, cada uno por separado pues Arya también tenía que estudiarse su guión.

Durante el tiempo que la chica había estado ayudando a Katrina, su hermana, se había sumergido en el mundo de la interpretación a su pesar, aunque finalmente fue seducida por el arte dramático. Pero seguía teniendo reparos ante el público, las cámaras y los focos, todo eso estaba dirigido a otro tipo de personas más extrovertidas y sin reparos a mostrarse públicamente.

A pesar de todo, ella nunca quiso ocupar el puesto de su hermana y mucho menos reemplazarla. Ahora todo había cambiado y estaba en ese asunto en contra de su propia voluntad, más bien, por la voluntad de Katrina.

—Aparecemos en varias escenas juntos —comentó Aaron sacando a Arya de sus cavilaciones.

La chica le miró como si se hubiese despertado de un sueño y, en cierto modo, así era. Siguió en silencio para que el chico continuase hablando de sus descubrimientos, ya que todo esto era nuevo para él.

—Y acabo de fijarme en que—señaló en concreto una página de su libreto, la número veinticuatro— este capítulo se llama “La caja de pandora” y tiene algunos elementos del mito al que da nombre.

Arya sonrió ante la curiosidad que mostraba el chico sobre el nuevo mundo que se le mostraba y también le agradaron esas observaciones que Aaron hacía.

—Algunos guionistas basan escenas o capítulos en leyendas, libros, películas… o como tú has dicho en mitos —hizo una pequeña pausa— es como un homenaje hacia ellos.

—¡Cómo en la serie de los Simpson! —Exclamó Aaron, reviviendo en su mente todos esos episodios donde retrataba algún acontecimiento histórico o introducían algún personaje famoso.

Ambos jóvenes comenzaron a reírse ante el comentario del chico. Él era un gran amante de la serie de comedia en formato animación que tanto éxito tenía. ¿Quién no conocía al peculiar Homer y a la polifacética de Marge? ¿A la inteligente Lisa o al divertido y a la vez travieso Bart?

36

Cuando Prometeo osó robar el fuego que portaba el dios Sol en su carro, Zeus entró en cólera y ordenó a los distintos dioses crear una mujer capaz de seducir a cualquier hombre. Hefesto la fabricó con arcilla y le proporcionó formas sugerentes, Atenea la vistió elegante y Hermes le concedió facilidad para seducir y manipular. Entonces Zeus la dotó de vista y la envió a casa de Prometeo.

Allí vivía el benefactor de los mortales junto a su hermano Epimeteo. Prometeo, a pesar de estar advertido de que Zeus podría utilizar cualquier estrategia para vengarse, aceptó la llegada de Pandora, la mujer que había enviado Zeus. Finalmente, acabó enamorándose perdidamente de sus encantos y la tomó por esposa.

Pero Pandora traía algo consigo: una caja que contenía todos los males capaces de contaminar el mundo de desgracias y también todos los bienes. Y es que, por aquel entonces, cuentan que la vida humana no conocía enfermedades, locuras, vicios o pobreza, aunque tampoco nobles sentimientos.

Pandora, víctima de la curiosidad y a pesar de la orden de Zeus de no abrir la caja, la abrió y todos los males se escaparon por el mundo, asaltando a su antojo a los desdichados mortales. Cuentan que los bienes subieron al mismo Olimpo y allí quedaron junto a los dioses. Asustada, la muchacha cerró la caja de golpe reteniendo únicamente la esperanza que, desde entonces, ayuda a todos los hombres a soportar los males que se extendieron por toda la tierra.

Por eso hoy en día se dice que nunca se pierde la esperanza.

Leyenda de la Caja de Pandora.

37

La noche fue cayendo mientras los jóvenes no se percataban de ello, la luz del sol fue sustituida por la oscuridad, los rayos del astro luz por los innumerables puntitos que eran las estrellas y la gran estrella luminosa fue sustituida por el satélite rocoso, con el nombre de luna.

Un relámpago asomó por el cristal de la ventana, indicando que de nuevo la tormenta iba a comenzar, dejando caer en la ciudad sus abundantes lágrimas.

Los sonidos procedentes del exterior, el choque de las gotas contra el suelo, fueron entrecortados por un conjunto de dos voces procedentes de la entrada de la casa. Los padres de Aaron habían llegado.

Madison, la madre se acercó al cuarto de su hijo, mientras su marido iba a la cocina para coger los utensilios necesarios que debía colocar en la mesa y apagar el horno que albergaba un delicioso bizcocho. La mujer tocó la puerta con sus escuálidos nudillos y esperó la respuesta del joven que no tardó en llegar, haciéndola entrar. Se quedó en el umbral de la puerta contemplando a su retoño y a la amiga de este, después de saludarles.

Le volvió a preguntar por la visita al médico y este intentó serenarse lo máximo posible antes de volver a mentir, contestando que todo había ido bien. La señora se percató de que su hijo llevaba un guión de una obra en las manos y lo estaba estudiando o interpretando. Para ella fue una gran sorpresa pues debido a sus problemas nunca habían intentado participar en las obras de teatro del colegio con grandes papeles a pesar de la insistencia de su madre para que lo hiciese, pues era una amante del teatro en secreto.

Madison abandonó la habitación dejando a los dos muchachos con sus cosas, pero antes de marcharse les avisó de que la cena estaría lista en diez minutos. También les comentó que el menú de ese día sería escalope, acompañado de una ensalada y de postre un tiramisú casero.

Los chicos acudieron a la llamada después de diez minutos relamiéndose los labios.

Salieron al pasillo, lo recorrieron y llegaron al salón donde se situaron en la mesa. Cada miembro de la familia, incluida Arya, se sentaron en un lado de la mesa. En el tablero estaba colocado cada plato frente a cada asiento. A la derecha, una servilleta rosada envolvía una cubertería metálica, cuchillo y tenedor. Delante del plato, un vaso de cristal reposaba en un mantel colorado.

Las conversaciones fueron fluyendo, creando un ambiente cálido entre los comensales, a la vez que la comida fue desapareciendo. En la cabeza de Aaron

algunos pensamientos de Katrina fueron apareciendo mostrando sus puntos flojos, añoraba el cariño y la unión familiar, dos cosas que durante sus últimos meses de vida no había tenido, su serie le había engullido atrapándola como todo a su alrededor.

Temas triviales invadieron el aire de la sala hasta que la comida terminó en los estómagos de los comensales y entre todos recogieron la mesa, pero el chico no podía olvidarse de los sentimientos, de la esencia que habitaba en él.

A continuación, los dos jóvenes volvieron a su tarea. Se sabían gran parte del guión, suficiente para pasar el primer día sin que levantasen sospechas y, a la vez, pudiendo investigar. Pero un último repaso nunca venía mal.

El sueño les invadió y cada uno se acostó en una cama, en una habitación.

La chica, sola en la penumbra extraña e incómoda, trató de dormir. Era un lugar distinto y en el que finalmente se perdió entre una nube de sueños ininteligibles.

El chico se fundió con su almohada, se quedó dormido enseguida por todo lo acontecido ese día: el médico, su nuevo papel en una serie televisiva, la revelación a Arya de su otra enfermedad y las mentiras a sus familiares; todo era superior a él.

Un sueño entró en la habitación de Aaron como un rayo de sol entra a través del cristal de una ventana, directo y resplandeciendo. Le trasladó a una cabaña de madera, con el suelo cubierto de hojas anaranjadas y ramas escuálidas, esta vez había cambiado de escenario. Estaba vacía a excepción de dos objetos. El primero, situado en el centro de la sala se trataba de una caja de cobre con grabados triviales.

Él estaba situado enfrente de la caja, arrodillado y con la mirada puesta en el cofre. Al otro lado de la caja estaba situado el segundo objeto, el ya típico biombo que estaba presente en la mayoría de los sueños del chico. Y detrás de los juncos la mirada azulada, cristalina y helada de una chica.

—Te voy a ayudar —la melodiosa voz procedente de la mampara reverberó en las paredes de la cabeza del chico—. Solo si tú terminas lo que yo no me atreví a hacer. Cuida de ella. No la dejes sola entre los focos y las cámaras. No abras la caja. No liberes todos los males como Pandora. Los peligros se esconden en las personas que menos te esperas.

Con cada frase corta, el volumen del tono de voz iba aumentando y la brisa, que estaba entrando en la cabaña, se iba volviendo más violenta.

—No confíes en nadie —fueron las últimas palabras que escuchó Aaron antes de que la choza se empezase a destruir.

El viento arremetió contra la estructura, creando una lluvia de hojas y de

dañinas ramas. Después, un tornado volvió a precipitarse contra el bohío haciendo que volase por los aires, elevando a Aaron del suelo entablado junto con el biombo, sin la chica que ya había desaparecido.

Todo comenzó a girar, el fondo se volvió negro como si fuese una espiral que envolviese todo.

El chico se levantó jadeando, sudando y sobretodo aturdido. Habían pasado solo tres horas desde que se había dormido y ahora no podía volver a relajarse.

Se levantó de la cama y se paseó por la casa. Fue a la cocina, se tomó un vaso de agua que esperaba que le relajase la garganta, ya que la tenía inflamada y agarrotada. Después, miró a través de la ventana del salón: la ciudad le llamaba, bueno a él no, a su ella interior.

Finalmente, antes de regresar a su cuarto, se asomó al de Arya que dormía plácidamente enroscada en una sábana mientras susurraba palabras que parecían besos al aire. Era pura tranquilidad con un deje de melancolía. Era una pequeña hada perdida en un mundo demasiado complejo para ella. Era una luchadora y ahí estaba preparada para enfrentarse, al día siguiente, a lo que más odiaba y era su peor pesadilla, sustituir a su hermana, la ex actriz.

Su respiración continuó su ritmo cotidiano ajena a Aaron. Los susurros se silenciaron de golpe. Todo prosiguió con normalidad.

Él regresó a su habitación, se tumbó de nuevo en la cama con cierta reticencia por miedo a que un sueño lleno de frases y tornados volviera a acecharle.

Consiguió volver a dormirse. No soñó. No fue acechado por ninguna criatura. No fue envuelto con ninguna voz. Solo durmió. Paz y tranquilidad. Tranquilidad y Paz.

38

El insistente despertador hizo que Aaron se despertara enfurecido y arrojase el trasto de metal contra el suelo. Al fin se había callado. Con ese gesto y sin el estridente sonido comenzó a estirarse. Después, más despejado, miró la hora en su móvil y vio que si querían Arya y él ser puntuales en el set grabación, deberían ir levantándose.

La casa estaba vacía, sus padres se habían marchado a trabajar.

Lo primero que hizo fue ir al baño y lavarse la cara, se refrescó y espabiló consiguiendo centrarse en sus labores. No había visto a su compañera, ni siquiera la había escuchado. ¿Se había despertado? Fue a comprobarlo y descubrió que seguía durmiendo.

Se acercó a la cama con pasos sigilosos sin apartar la mirada del rostro afable de la muchacha. Después de llegar hasta el pie del mueble, se sentó en el mullido colchón dejando caer despacio su peso. Siguió mirándola embelesado, le acarició una mejilla con la yema de los dedos, era suave además de pálida.

Arya seguía durmiendo tendida y relajada. El chico le sacudió lentamente el hombro, quería despertarla pero no que le diese un ataque al corazón nada más hacerlo. Comenzó a dar señales de que estaba volviendo al mundo, se intentó girar pero Aaron estaba aprisionando la colcha con su peso, de esta forma no dejaba que la chica arrastrase las sábanas para taparse.

—Marmotilla, levanta o llegaremos tarde —murmuró Aaron.

La chica parpadeó y abrió los ojos cristalinos, pero volvió a cerrarlos.

—¿Llegar tarde a dónde? —Preguntó con una voz pastosa.

—Pues en una hora tenemos que salir de aquí para llegar al estudio de grabación.

—¿¡Qué!? —Exclamó la chica.

Arya se levantó de un salto, tirando a Aaron de la cama. La chica no se acordaba, se había dormido y para colmo no le daría tiempo a prepararse. ¿Una hora? Solamente quedaban sesenta minutos, tres mil seiscientos segundos.

Después de un desayuno rápido, una ducha a mayor velocidad y coger las cosas necesarias a la velocidad del rayo, consiguieron salir a la hora prevista y llegar a tiempo a la productora. Allí, la secretaria, de labios color fuego y plataformas prominentes, les dio la bienvenida indicándoles que en el garaje del edificio les estaban esperando el equipo de rodaje junto a un autobús que les llevaría al escenario donde comenzarían a rodar, un bosque.

El autobús blanquecino, con la decoración de los excrementos de aves, tenía la puerta abierta. Subieron un par de escalones y se plantaron enfrente de un alargado pasillo, donde a ambos lados del corredor había asientos emparejados. La mayoría de los sitios estaban ocupados por jóvenes, aunque también se encontraban adultos. Cerca de veintidós rostros y cuarenta y cuatro pares de ojos les escrutaban.

Murmullos poco disimulados, escáneres y radiografías, todo junto les daban a los jóvenes una bienvenida poco acogedora.

Se sentaron en la parte trasera del vehículo, donde encontraron dos asientos juntos y libres. Arya se sentó pegada a la ventana, Aaron al lado del pasillo. Sus asientos mullidos, cómodos pero agujereados le sujetaron ante el aluvión de miradas que tuvieron que soportar durante el camino que duró cerca de cincuenta minutos.

Aaron tenía los ojos abiertos de par en par, todos los actores de su serie de televisión favorita estaban allí, eran de carne y hueso, ahora mismo los podía tocar. Estaba extasiado y emocionado, quería hablar con todos y cada uno de ellos.

Nadie se atrevía a hablar con la nueva incorporación al equipo de grabación, pero todos hablaban de ellos.

—Bueno, se ve que vas a ocupar el papel de tu hermana —hubo una pausa —. Realmente os parecéis mucho, además hacía tiempo que no te veía — comentó una chica morena con dos ojos escrutadores como los de un gato montés.

Arya estaba cohibida, sabía que ese momento llegaría pero no pensó que fuese a llegar tan pronto.

—Por algo somos gemelas —no intentó hablar en pasado, para ella su hermana seguía allí. Obvió el primer comentario y permaneció en silencio.

—¿Cómo te han convencido para continuar con la serie? ¿Qué te han pagado? —Siguió inquiriendo la misma chica mientras se enrollaba un mechón de su lacio pelo entre sus delgados dedos.

El interior de Aaron empezó a hervir al ritmo de la furia de Katrina. Ya no quería hablar con los actores, solo quería venganza.

—He aceptado por voluntad propia, no me han ofrecido nada —susurró Arya. Realmente esta situación estaba acabando con su muralla de hielo y fuerza que había construido al llegar al estudio.

La atención de los viajeros iba desde la parte central, donde la chica morena se encontraba, hasta la parte trasera donde la actriz, que volvería a interpretar a Grace Hamilton, estaba situada. Parecía un partido de tenis entre dos

contrincantes expertos.

—¿Seguro que no te han ofrecido alguna dosis? —Inquirió la chica que según había identificado Aaron, era la actriz que interpretaba el papel de Lorrean, pero que realmente se llamaba Maggie.

El ambiente se tenso. «¿Una dosis? ¿De qué sustancia? ¿Polvos, jeringuillas, pastillas? ¿Realmente, qué se movía entre los camerinos? », se preguntó Arya.

—¡Cállate Maggie! Déjala en paz —un gruñido procedente de la parte delantera por parte de un chico, empezó a defender a la chica. — Deberías estar agradeciéndole que estuviese aquí en vez de intentar hacerla huir —hizo una pausa—. El papel protagonista no te lo iban a dar a ti, aunque Katrina ya no esté. Asúmelo de una puta vez.

Lorrean volvió a atacar, cambiando de objetivo, esta vez al compañero de rodaje que había intentado socorrer a Arya.

—Todos sabemos que te gustaba Katrina, no intentes ayudar a su hermana para intentar acostarte con ella.

«¿Mi hermana tenía un admirador y no me lo había contado?», pensó Arya con un deje de melancolía. Se había distanciado demasiado de su gemela.

No era oro todo lo que relucía.

Delante de las cámaras cada actor interpretaba un papel que muchas veces no tenía nada que ver con su verdadero carácter. Era como si se colocasen una máscara en el rostro y cambiasen: cuando se desprendían de ella todo era diferente.

En la serie, ruedas de prensa y fiestas, se dejaba entrever que había un buen ambiente entre los actores, a pesar de que, en realidad, había controversias y disputas que solo alguien que se encontrase en ese mismo lugar podría ver.

—Hay gente que ayuda a otras personas sin buscar nada a cambio, no como tú —contraatacó Oliver, el chico que interpretaba el personaje de Aki.

Su rostro aniñado con rizos saltones de color caoba y ojos verdosos, le hacían parecer más joven de lo que en realidad era, tenía veintiún años. Su papel de chico de diecisiete parecía hecho a medida, además era uno de esos casos en que el actor y el personaje compartían grandes similitudes.

—Bueno, queréis parar de una vez. Cómo sois los jóvenes —comentó un hombre con una marcada mandíbula cubierta por una poblada barba y con una edad cercana a los cincuenta años.

El barullo, que se había comenzado a formar, se silenció. El hombre era el padre de todos los muchachos que estaban en el rodaje. Hacía de mediador, de jefe y de protector de secretos, llantos y lágrimas.

German, o más conocido como Leonard por su papel en la serie, era un hombre apacible y tranquilo, a la vez que severo, en los momentos en los que se

necesitaba una mano dura entre tantos jóvenes caprichosos, que vivían entre paños y comodidades.

Arya los conocía a todos y cada uno de ellos de vista, pero entre el combate de dialectos que habían tenido sus dos nuevos compañeros, había descubierto cosas relacionadas sobre su hermana que desconocía. Esta aventura en la que Katrina la había embarcado le haría conocer más a fondo a su hermana, sobre todo tras su faceta como actriz.

El autobús se paró con un frenazo que hizo chirriar las ruedas. Los actores se apelotonaron en la parte delantera para salir del agobiante vehículo. El ambiente se había tornado opresivo haciendo que todos los integrantes quisieran llegar al aire libre para liberarse de toda la tensión acumulada durante los minutos que habían tenido que estar encerrados entre las cuatro paredes metálicas.

Los últimos en bajar fueron Aaron y Arya, que no dejaban de enviarse miradas significativas: les habían sorprendido las distintas reacciones que había provocado su aparición.

En el claro arbolado que habían escogido los directores, estaban ya distribuidos las cámaras, focos, asientos para los maquilladores, biombos y perchas con trajes, objetos de madera… cada sección tenía su lugar. A lo lejos, apartado, había un edificio alargado, de paredes de cemento grisáceo, ventanas y puertas de madera desconchada, tejas descolocadas y algunas enredaderas enroscadas en los ladrillos que sobresalían. Según habían leído en el guión, sería el albergue donde se rodaría parte de la temporada.

Evans Anderson estaba en el centro de todo el tumulto con una lista en las manos. Iba nombrando a cada actor para que se dirigiese a una sección diferente, para ir preparándolo.

—¡Arya, a los maquilladores junto con Oliver, Taylor y Aaron! —Gritó Anderson para que se escuchase por encima de los demás ruidos.

El grupo formado por los cuatro actores se dirigió hacia las cuatro sillas negras, donde tres mujeres y un chico les esperaban. Cada uno tomó asiento donde les fueron indicando.

—¿Preparados para recibir un cambio de look tan espectacular que ni os reconoceréis vosotros mismos? —Preguntó el maquillador, divertido.

—No exageres, Kevin —Taylor, la chica que acababa de hablar, le guiñó el ojo a Arya—, que nunca nos embadurnáis mucho, no asustes a los nuevos.

El aludido se rió de forma estruendosa, agitando su cabellera morena con mechas verdosas que se fundían con las copas de los árboles.

—Taylor, Taylor, siempre ayudando a los demás y destrozando mis bromas. Que sepas que esos ojos aceitunados se verán envueltos en una oscuridad de sombra negra —hizo una pausa dramática para dar más énfasis a sus palabras,

pero finalmente volvió a su tono animado—, nunca entenderé como te pudieron dar el papel de la egoísta de Emily.

—¡Es el mejor papel! —Chilló con voz de pito la pelirroja muchacha—. No se parece en nada a mí, pero por eso me gusta. Así puedo ser otra persona totalmente distinta.

Las demás maquilladoras, acostumbradas a las charlas interminables de su compañero, comenzaron con su labor. Utilizaron pinceles, esponjas y otros elementos como brochas y borlas para extender la crema y las capas de maquillaje en polvos que estaban recibiendo los jóvenes. Grandes paletas de sombras y colorete fueron de gran ayuda para los trabajadores que tenían una amplia variedad donde elegir.

—¡Maggie, Anna, Brandom y John, a peluquería! —Vociferó el director de nuevo exaltando esta vez a los maquilladores, que dieron un brinco —. ¡Y espero no escuchar ninguna queja por el vestuario escogido!

—¡Al resto del elenco os quiero dentro del edificio instalándoos en los camerinos! –volvió a gritar.

Los primeros en terminar con la sesión de maquillaje fueron los chicos, en ningún momento se quejaron, pero ambos gesticulaban continuamente, no les gustaba que les aplicasen tantos productos, sobre todo a Aaron, que no estaba acostumbrado a eso. Abandonaron sus asientos.

Oliver entabló conversación con Aaron de forma rápida y natural. Le comentó que ambos al haber sido llamados a la vez tenían que ir, en un principio, a los mismos lugares. Ahora les tocaba la peluquería.

Los asientos fueron ocupados por otros dos chicos, ambos miraban con curiosidad a Arya.

—¡Por, favor! —Exclamó Kevin—. Tanto la miráis, y ni tan siquiera os presentáis.

El maquillador encargado de las facciones de Taylor sonreía sin parar.

—Cariño, este rubio de ojos angelicales se llama Adam e interpreta a Isaac —giré la barbilla para poder mirar al chico que me estaba presentando el maquillador. Agradecía sus esfuerzos pero los conocía de vista de cuándo acompañaba a Katrina al estudio—, y el otro rubiales pero de ojos marrones es Tom, tu mayor enemigo en la serie, Hugo.

Una pequeña risa con el sonido de un cascabel salió de la garganta de Arya, aunque tuvo que cerrar la boca porque en ese instante le iban a pintar los labios de un tono rosa chicle.

—Siempre igual, Kevin —gruñó Adam, el rubio con ojos azules.

—No te quejes jovencito, estáis todos mirándola y no le habláis nadie —dirigió el maquillador sus ojos oscuros hacia Arya, al igual que sus palabras—.

No te preocupes, seguro que te adaptas muy rápido.

La maquilladora que estaba trabajando en el rostro de la chica repasó algunas partes antes de dar el visto bueno y sonreírle, era su obra de arte acabada. Kevin también terminó con Taylor y le dio el visto bueno tras examinar algunos puntos.

—¿Arya? —Dijo la chica pelirroja sonriéndole—. Tienes que ir a peluquería, a mí también me toca, si quieres podemos ir juntas y así no te pierdes.

—Claro —la chica no sabía que más contestar—, gracias.

Juntas iniciaron la marcha con paso rápido para no tener que escuchar las insistentes y perforantes palabras del director.

39

Los peluqueros superaban en número a los maquilladores: eran tres chicas y tres chicos. Ninguno hablaba, ni sonreía, eran totalmente serios. Ellos les trataban como si fueran esculturas y cuadros inanimados en vez de personas.

La peluquera encargada del moreno pelo de Arya lo moldeó creando un mar infinito de olas, le aplicó laca y dejó que continuase el camino hacia los vestuarios. Esperó a Taylor, que le estaban realizando una cuidadosa trenza de raíz. Sus revoltosos cabellos no se dejaban ser controlados, aunque, finalmente, con una capa de laca se solucionó. Mientras estuvieron en el apartado de estilismo capilar, no vieron a Aaron ni a Oliver, sus primeros compañeros, sino que estuvieron acompañadas de Luck y John.

Su siguiente parada fue la parte del vestuario, donde se encontraron con Aaron, Maggie y Oliver, junto a otros actores adultos. Las estilistas se repartían de dos en dos por cada persona, y al llegar las dos chicas enseguida las rodearon.

Arya no tuvo elección, una camiseta de tirante negra, con un exuberante escote que remarcaba su pecho, y unos pantalones demasiados cortos, color verde militar, formaban su atuendo. En cambio, Taylor estuvo unos largos y tendidos quince minutos discutiendo con las estilistas por el conjunto a elegir: acabó con unos vaqueros largos desgastados y una camiseta de tirantes gris, con el mismo escote pronunciado que el de Arya.

Aaron y Oliver llevaban cada uno camisetas de manga corta que se pegaban a sus pectorales, el primero en verde oscuro y el segundo en azul marino, unos pantalones vaqueros largos, y, para finalizar su atuendo, cada uno llevaba unas chapas militares para darles un aspecto más temible.

El director se acercó a los cuatro al finalizar su preparación y les explicó qué debían realizar cada uno. Iba a grabar el *spot* publicitario para presentar esa segunda temporada y cada uno tenía que decir una frase sencilla, corta y directa. Les pasó una tira de papel con las palabras y les dejó diez minutos para situarse delante de las cámaras y memorizarla.

Arya se encargó de ayudar a Aaron, y cuando consiguieron que la memorizase, ella se centró en las letras inscritas con tinta en su papel. Las retuvo y comenzó la grabación.

En la escena, Arya ocupaba el puesto central, a su izquierda pero un paso hacia atrás se encontraba Aaron y a la derecha de este estaba Taylor. Al otro lado de Arya y a la misma altura que Aaron se encontraba Oliver. De fondo una

preciosa arbolea de frondosos pinos y robles.

Una cámara se situó enfrente del grupo, otra segunda se situó en el lateral derecho. El piloto negro de la cámara central se volvió rojo, el director hizo una señal y la grabación comenzó.

—¡Soy Arya Blumer! La hermana de Katrina Blumer —hubo una pausa—, voy a retomar su papel como Grace Hamilton, no quiero ser su sustituta sino su tributo, su homenaje. Ella hubiese querido que la seri.. que la seri…e… contin… uase… pa… ra voso…

—¡Corten! —Gritó el director Evans Anderson.

Las tripas de Aaron se revolvieron, la ira de la actriz retirada comenzó a encenderse en su interior.

—¡De nuevo!

La nueva Grace Hamilton repitió la frase. Ella no llegaba a terminarla porque sabía que su hermana no hubiese querido que la serie continuase. Pero tras la toma número cinco consiguió que las palabras brotasen de la garganta.

—Hemos comenzado a rodar la segunda temporada —decía la voz alegre de Taylor sonriendo al objetivo.

—Encontraréis nuevos personajes, nuevos actores, pero sobre todo nuevos misterios que resolver, ¿te lo vas a perder? —Continuó comentando Aaron.

—¡Corten! —Volvió a interrumpir Anderson—. Mira a la cámara, sonríele, cométela con la mirada. ¡Repetimos desde la parte del chico nuevo!

La frase se repitió varias veces. El chico no se había puesto nunca frente a una cámara y actuar ante ella le daba respeto, hasta que logró acomodarse en su puesto y representar la escena. Todo hay que decirlo, lo llegó a lograr antes de que el director le tirase una piedra a la cabeza, gracias a la ayuda de Katrina, que desde su interior había conseguido que el cuerpo de Aaron estuviese a su merced.

—Estar atentos a vuestro televisor – la última frase la dijo Oliver, guiñándole un ojo a la lente. Las fans de la serie se derretirían cuando viesen este gesto.

Para acabar, todos a la vez se despidieron de la audiencia imaginaria. El *spot* no había finalizado, tuvieron que repetir varias veces las frases cada uno para que cuando el encargado del montaje estuviese ante las grabaciones escogiese las que fueran mejores.

El anuncio sería retransmitido antes del preestreno del primer capítulo. Según los encargados de la directiva, sería lanzado a televisión el mes siguiente para ir abriendo la boca a los seguidores de la serie. Un mes, treinta días o treinta y uno, incluso veintiocho días o veintinueve si se acortaba, en todas esas semanas, horas, minutos y segundos podían pasar muchas cosas: ¿llegaría a ver la luz el *spot* o se quedaría en el olvido?

Esta primera inmersión en el mundo de los focos llevó más de lo esperado; la concluyeron cerca de la hora de comer a pesar de haberse estimado que lo completarían hacia media mañana. Con este pequeño retraso continuaron toda la jornada.

Arya tuvo que cambiar hasta cinco veces de vestuario, tres de peinado y dos de maquillaje. En cambio, Aaron solo tuvo que hacer un cambio de ropa.

La chica tenía que rodar muchas escenas: eso, físicamente, la agotó al igual que mentalmente.

El chico también estaba agotado tras la mitad de la jornada, había tenido que compaginar su trabajo con las emociones, sentimientos y pensamientos de la ex actriz que no dejaba de intentar intervenir de forma brusca en sus actuaciones. Katrina era un cúmulo de conocimientos, un cúmulo de información que no estaba almacenada ni ordenada. Cada vez que compartía espacio junto a muchas personas, su cerebro se llenaba de información, comentarios que realizaba el espíritu en su cabeza, mas no lograba asociarlos a la persona que le correspondía. Solo conseguía hermanar la información cuando estaba a solas con una persona.

Pero nunca se encontraba con una única persona, en solitario.

Todos pasaban de él.

Todos le dejaban en paz.

Excepto Oliver.

Si solo una persona hablaba con el chico ¿cómo conseguiría averiguar qué hizo suicidarse a Katrina? Y lo más importante: ¿qué persona le instó a esa hazaña? Todos eran sospechosos y esto hacía replantear de nuevo otra pregunta: ¿cuántas personas serían las culpables? Una, dos, tres, cinco…

40

El primer día fue soleado.

Las nubes esponjosas y blanquecinas paseaban de la mano por el cielo.

Todos le prestaban atención. Todos le adoraban. Todos los focos la enfocaban.

¡Era la actriz protagonista! Esas palabras exclamaba Katrina en su cabeza. Aún no había asimilado la información, ni la firma del contrato ni todo lo que le estaba sucediendo.

Todos estaban a su disposición. Todos la cuidaban, le trataban como si estuviese entre algodones. Todos la perseguían sin apartar la mirada de sus facciones.

Pero… ¿realmente serían sus amigos? ¿O simplemente era una fachada para conseguir algo a cambio? ¿Te puedes fiar de las primeras impresiones? ¿Te puedes fiar de un grupo de desconocidos? Estas preguntas que le surgían a Katrina de la parte racional de su cerebro las dejó pasar y se centró en lo que sus sentidos le aportaban: gloria, lujo, atención y, claramente, poder y exclusividad.

41

Estaba amaneciendo, pero solo Grace se había levantado. Los pájaros comenzaron a cantar, su piar era una delicia de concierto.

Cuatro chicas, tumbadas en sus incómodas camas, dormían profundamente. Sus pobladas cabelleras se extendían asalvajadas por las almohadas. Solo una cama estaba vacía, la de la señorita Hamilton.

Sin despertar a ninguna de las compañeras de su habitación, la chica salió del cuarto y apareció en el solitario pasillo. Las paredes y techos crujían, el suelo de madera ronroneaba acompañando al resto de la infraestructura. Anduvo varios pasos hasta que llegó a una ventana donde aprovechó para mirar el paisaje arboleado que le mostraban las vistas.

Estaba repasando con la mirada los montículos de tierra cuando avistó a lo lejos a un joven vestido de negro que portaba entre sus manos una caja; iba andando en línea recta a través de los…

—¡Corten! ¡Fantástico! —Anderson alzó la voz para que se escuchase en todo el edificio.

Los pilotos de las cámaras cambiaron de color, ahora eran grisáceos e indicaban que estaban apagadas.

Evans Anderson cogió el teléfono móvil y preguntó a sus ayudantes si había ido bien en el bosque el rodaje del caballero negro con la caja de madera. La respuesta fue positiva, sin ningún fallo.

—¡Un descanso para todos! —Sentenció el director— En quince minutos continuamos con la escena de la discusión entre el grupo. La rodamos en el claro, de espaldas al albergue.

Era el segundo día de rodaje, esta vez habían tenido que madrugar mucho más que el día anterior. Ahora se encontraban en el interior del edificio antiguo. El inmueble contaba con dos plantas. En el piso bajo había un comedor que se comunicaba con la cocina, además de dos salas comunes y un patio interior. En el siguiente nivel estaban las habitaciones y baños colectivos que utilizarían para grabar, además de los camerinos.

Se dirigieron todos los actores a reponer fuerzas al comedor, donde varios vasos de leche caliente, café líquido, cola-cao de bote y azúcar les esperaban, junto a tostadas, magdalenas, galletas, bollos de chocolate, mermeladas de diferentes sabores y mantequilla.

Después de un atracón, de los retoques en el maquillaje y en el peinado, las

grabaciones continuaron. Aaron tenía varias horas libres, por lo tanto, fue deambulando para ver si descubría algo interesante relacionado con la esencia que albergaba. Después de todo, no estaban allí para ser actores profesionales. Podría aprovechar para recrearse en los aspectos más llamativos, era la primera vez que estaba en un rodaje y, como todo espectador, se moría de ganas por descubrir todo lo que le rodeaba, pero no debía olvidar cual era su misión en ese lugar.

Arya, por otro lado, tenía que seguir grabando pues por algo tenía el papel protagonista. Se quedó entre bambalinas y luces.

Los pensamientos de Katrina se habían bloqueado, parado y estacionado. Todo había sido de golpe. El chico no la sentía. Llevaba varios segundos sin escucharla, algo poco habitual, ya que siempre estaba en su mente hablándole e incordiándole. Incluso había tenido que idear un método para dejar de prestarle atención y ahora, simplemente no había nada. Algo iba mal. Aguardó hasta diez minutos callado esperando alguna reacción, pero no pasaba nada. Definitivamente algo estaba cambiando.

Aaron estaba inquieto porque las actuaciones que había realizado había empleado la ayuda del espíritu. En esos momentos tenía numerosos minutos libres, pero necesitaba a la ex actriz para enfrentarse a los artilugios de metal, con una lente de cristal y un piloto que se encendía y apagaba. Intentó relajarse y disfrutar de la calma que su interior estaba sintiendo. Pero no lo conseguía.

Los problemas con Katrina no los podía solucionar de ninguna forma, solo su espíritu tenía ese poder. Decidió intentar guardar esos pensamientos en su interior y centrarse en lo que realmente importaba: conseguir información. No sabía a dónde dirigirse ni con quién hablar. Solo sabía que debía hablar con la gente.

—Hola ¿te has perdido? —Preguntó el único chico maquillador que había en el set.

La situación apareció de la nada: el chico le había visto mendigando compañía, sin dirección fija y se había acercado. Le respondió negativamente a su pregunta con un gesto de cabeza y, tan fácilmente como cuando se respira, entablaron una conversación.

—¡Me encanta que vengan nuevos actores! Sobre todo si tienen buenos modales —dijo susurrando las últimas palabras.

—Este es mi primer proyecto a lo grande, aunque me da un poco de pena no haber conocido a la verdadera Grace Hamilton, era un gran fan —comentó Aaron haciéndose el loco.

—Mi querida princesita, la adoraba, se fue junto al viento —hizo una pausa

dramática—. Tenía muchos problemas, ya lo creo. Iba a una terapia particular o eso me decía ella. También guardaba muchos secretos, ¿quién no los tiene? Ay, mi pequeña flor de loto...

«El peluquero se está volviendo demasiado poético», pensaba Aaron.

—Qué melancólico me estoy volviendo. Me afectó mucho su pérdida. Bueno, a lo que íbamos, si necesitas cualquier cosa, me avisas —volvió a hacer una pausa—. ¿Qué tal vas de amores?

Un cambio de tema que no le pasó desapercibido al chico.

Iba a responder a la pregunta cuando una mano se colocó en el hombro de Aaron, se giró y encontró a Oliver con un cambio de look, algo más elegante y estilizado.

—Tengo ahora una hora libre, Aki tiene que descansar —comentó Oliver, refiriéndose a su personaje—. ¿Os habéis enterado? Hoy pasamos la noche aquí porque tenemos que rodar varias escenas en la oscuridad.

—¿Rodamos por la noche? —Inquirió Kevin el maquillador—. ¡Tengo que ir a comunicárselo a las chicas! Tenemos que prepararlo todo. El maquillaje nocturno, los tonos adecuados…

Y de la misma forma que había llegado, se esfumó dando grandes zancadas con sus alargadas piernas, dejando como últimas palabras que no se olvidasen de él, que en cuanto arreglase el tema de los cosméticos nocturnos volvería.

—¿Qué te está pareciendo este segundo día? —Preguntó Oliver retomando el hilo de la conversación perdida.

—No está mal, es diferente a como yo lo veía. El ambiente… es… distinto, extraño…

—Sé a lo que te refieres. En la televisión parece una cosa y realmente es otra.

Mientras daban una vuelta, continuaron hablando de temas triviales. Tocaron tanto asuntos sobre el cine, las actuaciones, actores, famosos… como temas relacionados con la vida fuera del trabajo, gustos, familia, instituto.

Recorrieron la planta más alta, a la vez que hablaban. Oliver fue mostrándole cada habitación, indicándole a quién pertenecía cada camerino (algunos llevaban una pegatina con el nombre del ocupante). Atravesaron pasillos, doblaron esquinas, todos muy similares, pero a pesar de todo ello no se perdieron. Oliver conocía el lugar como la palma de su mano.

Solo se dejaron un corredor sin recorrer, porque según el joven no llevaba a ningún lugar y estaba deshabitado.

42

El bosque la ocultaba. Seguía a la figura oscura entre el follaje de los árboles, sus ramas la escondían, sus troncos la resguardaban, sus raíces le molestaban, para seguir el ritmo a la persona que espiaba. No hacía ruido, intentaba pisar piedras y no hojas para que el chasquido no la delatase. Se había fundido con el paisaje, pero aún así, tenía miedo, no quería que la avistasen.

Le había llamado la atención el cofre que transportaba el sujeto al que perseguía. Era una caja de madera de color bronce, con un grabado, del que apenas distinguía desde la lejanía, unas rayas que debían de formar un dibujo arcaico. En el centro una cerradura protegía el interior.

Continuó siguiendo las pisadas hasta que aparecieron en un claro. Los árboles habían creado un anfiteatro en donde se disputaría una batalla, un combate o solo una discusión.

—Sé que me estás siguiendo princesa de las almas —la chica dejó de andar y se paró en el centro de la arboleda, embelesada por la profunda voz masculina—, hada de lo perdido, guardiana de los recuerdos. No te escondas y acércate.

Grace se quedó parada, en estado de shock,

¿O fue Arya?

—¡Corten! —Gritó el director mientras se acercaba con paso seguro a Arya — Me ha encantado la cara que has puesto, es perfecta para la secuencia. Tómate un descanso de cinco minutos que parece que has visto a un fantasma de verdad.

«Princesa de las almas», repitió mentalmente la chica haciendo el mínimo caso a su jefe. Parecía que el guión la atormentase y le recordase que el alma de su hermana estaba en ese chico que la estaba ayudando a resolver todo el misterio. Era como si el propio guión girase entorno a la figura de su gemela.

Se alejó del equipo de cámaras y empezó a realizar una serie de respiraciones para calmarse. Todo el asunto de las almas y espíritus la estaba volviendo loca: ¿todo aquello existía de verdad o sería producto de su imaginación?

¿Locura o realidad? Esa era la cuestión.

El tiempo de su descanso comenzó a agotarse mientras estaba sumergida entre sus cavilaciones. Se volvió a acercar a la zona del bosque donde estaba grabando la escena principal del capítulo *La caja de Pandora*.

De regreso, fue pisando la hierba y haciendo crujir las hojas, le gustaba el

sonido del chasquido bajo sus pies. Su mirada se recreaba en los troncos y las plantas, la rugosidad, el frescor que transmitía, la paz que la envolvía intentando que su mente descansara divagando en la madre naturaleza.

Pero no la evadió totalmente. La chica sentía unos penetrantes ojos tras su espalda. Ella se iba girando constantemente pero no veía a ninguna persona o animal. Estaba alterada y solo consiguió terminar su recorrido corriendo dando grandes zancadas. No frenó hasta encontrarse resguardada bajo los objetivos de las cámaras.

—No te sorprendas muchacha —continuó hablando el caballero vestido de negro—, sé quién eres, aunque ni tú misma lo sabes. Sé que secretos atañen a tus compañeros, incluso algunos ni te los puedes imaginar. Sé lo que les hace desaparecer. Estamos en un campamento de verano ¿no? —Soltó una carcajada —. Este sitio es tan pequeño y a la vez alberga tantos secretos…

Grace seguía sin habla. La curiosidad la había traído hasta allí pero ahora que debía enfrentarse al sujeto no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué contiene la caja? —Preguntó la chica con un tono neutro, cambiando de tema.

El rostro del chico se escondía bajo la sombra de la capucha de la capa que se extendía a lo largo de su espalda. El único rasgo que se podía ver, era una barbilla puntiaguda sombreada.

—¿De verdad quieres saber qué contiene esta caja? —hizo una breve pausa esperando la respuesta de la joven. Esta llegó en un apreciable gesto de afirmación hecho con la cabeza—. En ella está todo mi saber, tanto del bien como del mal.

El chico se estaba divirtiendo con la ignorancia de la chica, la tenía cautivada por su gran secreto.

—Te he traído a este lugar —el hombre de negro continuó su relato— para entregarte este cofre.

El sujeto dio varios pasos hacia delante acortando la distancia que les separaba a ambos, colocó en el suelo la caja y volvió a su posición inicial.

—Te entrego este baúl pero antes de abrirlo escucha mi consejo: en él está guardada la verdad de este lugar, no toda pero si gran parte. Debes estar preparada para abrirlo pues su mal teñirá todo tu alrededor, no todo es bonito. Ábrela cuando estés segura de que podrás enfrentarte a todo lo que se te vendrá encima; mientras tanto, mantenla escondida para que nadie ose abrirla. Solo tú sabrás cómo contener la oscuridad.

Dicho lo cual, el hombre se marchó sin desvelar su nombre ni su apariencia, dejando a Grace sola frente a la caja. La chica se acercó al cofre y lo levantó,

sorprendida de que pesara tan poco para todo lo que se suponía que contenía. Con la yema de los dedos recorrió la cerradura…

—¡Hemos terminado por hoy! —Gritó el director— Está oscureciendo y la iluminación está fallando. Por ahora, hemos terminado. Esta noche grabaremos un par de escenas, así que os quiero a todos preparados después de cenar en la puerta del albergue.

43

Arya volvió al alberge junto con el equipo, no se iba a separar del grupo hasta que encontrase a Aaron. Tardaron apenas diez minutos en llegar al comedor. Al entrar en el edificio el calor intenso los envolvió y el olor a *rosbif* le inundó las fosas nasales, su mente comenzó a divagar con el color rosado de la carne asada y su delicioso sabor.

El conjunto se acerco a la sala donde el mantel, los platos, la cubertería y la comida los estaba esperando, preparados y colocados en su lugar. Cada persona se sentó en un taburete de plástico azulado. La chica buscó con la mirada el rostro de su compañero pero no estaba en la sala.

Tras un suspiro comenzó a comer la maravillosa comida, las cocineras se merecían una gran felicitación. Tenía que integrarse con sus compañeros si quería recopilar información, realmente no estaba allí para ocupar el papel de otra persona, y durante la comida sería un buen momento.

Primero tanteó el terreno. A su lado estaban dos compañeros de su edad: Caitlin, la actriz que interpretaba a Sophie, tez clara, ojos claros y pelo albino; y, Byron, que daba vida a Brandom, con su pelo oscuro en punta y sus ojos lóbregos que contrastaban con los rasgos de su compañera. Ambos flanqueaban a Arya. En frente tenía a uno de los más veteranos en el *set*: Raymond, que gracias a sus canas y a su rugoso rostro complementaba a la perfección su apodo, *el sabio escrutador*, que todo lo observa con sus pequeños ojos heterocrómicos. Las tres personas, estaban comentado cómo habían ido sus grabaciones respectivamente.

—El bosque es un escenario precioso —comentó Caitlin atravesando el cristal de la ventana que tenía enfrente con su mirada blanquecina—, me encantan las flores, la hierba… es todo tan diferente al bullicio de la ciudad, tan tranquilo.

Era la oportunidad de Arya para intervenir.

—A mí los bosques me dan miedo… —susurró, metiéndose en la conversación. Los seis pares de ojos se posaron en su rostro—, es como si muchos ojos te miran, me da esa sensación claustrofóbica.

—La naturaleza es un ser vivo en su conjunto, siempre tiene su mirada puesta en los que se cuelan en su propiedad —comentó Raymond.

Un silencio se instaló entre ellos, solo resquebrajado por los tenedores, agarrando trozos de la carne que estaba servida en los platos.

—Katrina era una amante de los bosques, le encantaban. Su espesor, las

hojas volando por culpa del aire… —de nuevo, las miradas puestas en la figura de Arya.

—¿La echas de menos? —Preguntó dubitativo y tímido Byron.

La chica a la que iba dirigida la pregunta tragó saliva y dejó la mirada perdida, no quería fijarse en ningún objeto en concreto.

—Es como perder la mitad de tu corazón —paró en seco su discurso conteniendo las lágrimas—. Era mi hermana, mi gemela, mi propia imagen. Ahora estoy sola. Estoy buscando un rumbo que seguir. Y ella, bueno… —no podía mencionar lo que hizo su hermana— Katrina se marchó, me abandonó.

Caitlin posó su mano en la de Arya, intentaba reconfortarla.

—¿Vosotros la echáis de menos? —Preguntó empequeñecida Arya—. Ella decía que erais su segunda familia…

Los ocupantes de la mesa dejaron de respirar por unos segundos y ahí fue el momento en el que la gemela descubrió que había muchos secretos ocultos tras las fachadas de los actores.

Byron se levantó de la mesa, excusándose con una falsa disculpa, se notaba que era mentira y que solo trataba de huir.

—Tengo que serte sincero —comenzó a decir el veterano actor—, tu hermana era la clase de chica que crea dos bandos a su alrededor, el que la apoya y el que está en su contra.

Arya agachó la mirada. Ella pretendía dar a entender que no sabía nada; sin embargo, esa misma situación también solía suceder en el colegio y, más tarde, en el instituto. El carácter fuerte de su hermana no era aceptado por todo el mundo y eso creaba cierta rivalidad. Ella siempre la apoyaba, aunque solía mantenerse al margen de sus problemas de popularidad.

—Byron se ha marchado porque era la única persona que no estaba en ningún bando. Prefiere evitar el tema de Katrina, se siente incómodo, nadie sabe porqué —comentó Caitlin—. Tú hermana era una chica que sabía cómo era y el efecto que tenía en los demás, pero había que conocerla para descubrir su verdadera fachada, era un encanto.

«Un discurso muy bonito ¿verdadero o falso? », se preguntaba Arya. En el mundo de la fama no sabías cuándo se interesaban por tus objetos materiales y cuando por tu interior.

La chica volvió a buscar con la mirada a Aaron, quería encontrarse, nuevamente, con él, lo echaba de menos, aunque le costara admitirlo. Unas manos le taparon la cara y la voz del chico, que tanto esperaba, le susurró unas palabras que no entendió porque realmente solo notaba el estremecimiento que producía su piel contra la suya. Las manos dejaron de tapar su cara y ella se giró.

—¿Qué tal tu primer día de trabajo? —Preguntó Aaron.

La chica enrolló un mechón de su pelo en el dedo, coquetamente. «¿Qué me está pasando? », se preguntó.

—Bien, tenemos que hablar —se puso seria, recordando lo sucedido en el bosque y las sensaciones que había experimentado tras representar el guión.

El chico, al ver la mirada de la chica, se removió el pelo con el gesto desenfadado que tanto le caracterizaba.

—¿Me dejas que coma y después hacemos valoraciones? —Preguntó Aaron.

—Claro —hizo una breve pausa—, no te he esperado porque tenía hambre —se excusó la chica con una tímida sonrisa.

—No pasa nada —el chico le guiñó un ojo y se marchó con Oliver a por la comida, que resultaría estar rica a pesar de que Katrina le había advertido, nada más pisar el plató por primera vez, de que sería todo lo contrario.

Arya se había mantenido en la mesa tras la marcha de Aaron. Las miradas asolaron la mesa bombardeando a la chica que se encontraba en el centro. Caitlin la más atrevida del grupo, por el momento, le preguntó sobre su romance con Aaron.

—Creo que hay un mal entendido. Somos solo amigos —aclaró la chica sonrojada.

Los ojos verdosos de Caitlin le sonrieron: creía que era su compañera estaba gastándole una broma, pero aceptó la aclaración. De todas formas, el futuro diría, desvelaría la verdad.

44

Aaron había conducido a Arya por los pasillos del albergue hasta llegar a su propio camerino. Allí, había cerrado la puerta y cada uno había ocupado un lado del sillón que estaba situado enfrente de la puerta.

—Vale —hubo una pausa—. En el bosque alguien me seguía, pero no he logrado verle —comenzó la chica.

El chico no se espera eso. Le hizo que le contase todo lo relacionado sobre el tema del espionaje pero a pesar de la insistencia de Aaron Arya no pudo darle un nombre. Ella no había visto a nadie, solo era una sensación y no pudieron sacar nada en claro.

Él se quedó preocupado, eso no entraba en sus planes. Desde ese momento debía estar alerta.

—He estado hablando con algunas personas, el peluquero de mechas verdosas se llevaba muy bien con tu hermana. Él sabía muchas cosas, lo de la médium es una de ellas —la chica se sorprendió porque su hermana nunca le había contado que tenía tanta confianza con alguien del plató—. Quizás deberías hablar tú con él esta noche para ver si sacas alguna información.

>> Por otro lado, Oliver creo que es fiable. Podemos confiar en él, me ha enseñado todas las instalaciones.

—No empieces a confiar en la gente tan pronto, tenemos que tener cuidado —interrumpió Arya—. ¿Te ha mandado alguna “señal” mi hermana?

—Pero yo creo que en él podemos confiar —refutó Aaron—. No, lleva apagada su voz todo el día.

—Se quería acostar con mi hermana, quizás la acosaba o la presionaba… Si ella no te ha dicho ni que sí ni que no, no se confía en él.

El chico se levantó y se arrodilló frente a la chica, sujetándole las manos en un gesto cariñoso.

—Tú misma dijiste que los rumores tergiversan la verdad. Confía en mí, él es de fiar, aunque tu hermana no nos haya dado su aprobación.

—Lo siento pero no —Arya soltó la mano de Aaron y ambos se levantaron —. No le cuentes nada de todo nuestro problema. Ni se te ocurra por un efímero momento —sentenció con voz autoritaria.

El silencio se cernió sobre ellos. Aaron le sacaba casi una cabeza de altura a la chica y sus miradas conectaban con una línea diagonal.

—Confío más en Kevin —comentó Arya— que en Oliver.

—Yo no —sentenció Aaron.

No se ponían de acuerdo, cada uno tenía una opinión diferente. Solo coincidían en una cosa: no confiaban ni en el director ni en Maggie.

—Pues no le contaremos a nadie nada. Tú hablas con Oliver y le sacas la información que puedas y yo con Kevin. Pero, repito, nada de desvelar nuestro plan —Arya recalcó las últimas palabras poniendo su dedo índice en el pecho del chico.

Aaron levantó las manos en un gesto que denotaba que le haría caso. La chica dejó de resistirse y la abrazó susurrándole que todo el set le daba miedo porque nada de allí le traía buenas vibraciones, al igual que el bosque. El chico la abrazó y le aseguró que no se separaría de ella mientras le besaba la mejilla.

Fueron interrumpidos cuando alguien llamó a la habitación. La chica se acercó a abrir y se encontró con Oliver quien le miraba con sus ojos verdes de forma intensa, sabía que la estaba comparando con su hermana.

—¿Qué quieres? —Preguntó Arya bruscamente, rompiendo los pensamientos del chico y dejando notar que no le gustaba la presencia del chico que acababa de llamar a la puerta.

—Venía a deciros que tenemos que tomarnos unas fotos para una revista. Esto será lo último que hagamos esta tarde.

Aaron se acercó a la puerta y se posicionó justo al lado de la chica, sonriendo al chico dándole a entender que no le hiciese caso.

—Claro, nosotros ya íbamos a salir —y tras las amables palabras de Aaron cerraron con llave la puerta del camerino y se fueron hacía el claro donde se llevaría a cabo la sesión de fotografía junto al anochecer.

45

El sol se estaba ocultando y el cielo se estaba tiñendo de colores anaranjados, fundiéndose con amarillos indio. El astro luz se iba escondiendo tras las hojas de los árboles, creando un juego de luces y sombras que hacían que todo cobrase vida.

Cuando llegaron al claro, el director les hizo cambiarse de ropa. Después, tomaron diferentes instantáneas cambiando de posición y fondo.

Algunas instantáneas eran en grupos, otras por parejas o individuales. Las poses fueron variando; incluso algunas fotos fueron tomadas de imprevisto para que quedasen mucho más naturales.

También sufrieron numerosos retoques de maquillaje y cambios de peinado y de vestuario (¡hasta cinco!). Lo que dejó agotado a todo el equipo, excepto al director que no paraba de dar órdenes ni de ir de un sitio a otro para criticar algún aspecto que él veía negativo.

Cuando el sol se había ocultado en su totalidad, el equipo se marchó al albergue donde una cena humeante les esperaba.

Arya se juntó con Aaron para regresar. El sol y su calor se habían marchado y ahora la luna y el frío se abrían paso. El chico le pasó un brazo por la espalda, arrastrando a la chica hacia su pecho para proporcionarle el escaso calor que su cuerpo desprendía.

Cuando se disponían a entrar en el albergue, Oliver se les unió y entablaron una conversación mientras llegaban al comedor. Se sentaron en los asientos juntos, preparados para hincarle el diente a la comida que habían cocinado las *chefs*.

El actor se unió a la pareja de tal manera que no se separó de ellos hasta que de nuevo fueron llamados para grabar escenas en la oscuridad del bosque.

Arya se separó de Aaron a su pesar y se tuvo que unir a un grupo formado por Maggie, Taylor, la chica pelirroja que había compartido con Arya su primera sesión de maquillaje, Brandom y Caitlin, sus compañeros de comida esa misma mañana. Además se les unió el veterano German, que puso orden en el autobús el primer día y del que Arya no tenía mucha información, dado que no había coincidido con él en ningún momento.

El director les indicó en qué punto del guión tenían que comenzar a interpretar. Cuando les colocaron en los lugares exactos comenzaron a grabar; el piloto de la cámara se puso en rojo, indicando el inicio.

Aaron tenía que rodar varias escenas individualmente, al final de las cuales aparecería Aki, el personaje al que daba vida Oliver. En ese acto acabarían los dos personajes haciéndose amigos.

Katrina no había dado muestras de que siguiese en el cuerpo de Aaron pero a la hora de actuar frente a la cámara le ayudó haciendo aparecer sus uñas rosadas en la mente del chico. Al terminar de grabar volvió a desaparecer su rastro, dejándole a la deriva de la marea de focos y cámaras.

La secuencia de Aaron y Oliver tardaron poco en grabarla. Tras dejar atrás a sus personajes, se dirigieron a la parte donde rodaban, a la vez, otro grupo de actores, en el que participaba Arya.

En el grupo que estaban observando se respiraba tensión, justo lo que la escena requería: ¿el único problema? Que la tensión era real. La grabación finalizó con el grito del director diciendo “¡corten!”. Y la gente comenzó a recoger el material para regresar al albergue.

Cuando se encontraron resguardados debajo del techo del edificio, cada uno se marchó a su camerino. Aaron quedó con Arya en ir a buscarla en cuanto estuviese preparado con una ropa más cómoda.

La chica en su camerino escogió unos leggins negros, junto a un jersey rosa palo combinado con unas deportivas rosas, todo proporcionado por una marca de ropa que patrocinaba a la serie. Se dejó el maquillaje suave que llevaba de la grabación y se tumbó en el sofá de su habitación.

Nada más ocupar su mullido diván, la puerta sin cerrar, para que entrase Aaron, se abrió dejando entrar a otro chico muy diferente a su compañero.

—Hola Arya, venía para ver si te venías con nosotros a jugar un rato a las cartas —comentó Kevin cerrando la puerta tras de sí, entrando sin invitación y, por último, sentándose en el sillón junto a la chica.

—Claro, estoy esperando a que venga Aaron —susurró la chica—; ya sabes, mi amigo.

Hubo un silencio, que se fue volviendo incómodo, pero que fue roto por el chico de las mechas verdes.

—Te pareces mucho a tu hermana —susurró cogiendo el rostro de la chica con la mano—. Tienes los mismos pómulos altos, la misma nariz y los labios algo más carnosos que los suyos —comentó acariciando cada parte que iba nombrando.

La chica tragó saliva. Sabía que era un maquillador con mucho prestigio; aun con ello, le incomodaba que estuviese tan cerca de ella.

—Mi hermana y tú os llevabais muy bien —comentó Arya—, ¿solíais hablar mucho?

—La pequeña Katrina, que buena que era y menuda piel más tersa tenía —los ojos del maquillador se estaban volviendo más oscuros de lo que ya eran. Pero, de repente, se aclaró la voz –para maquillar era una joya y siempre me contaba sus pequeños secretos en las sesiones. Yo era de los pocos apoyos que tenía por aquí.

Arya sonrió ante las palabras de Kevin.

—Me alegra escuchar eso…

En ese momento su conversación se vio interrumpida por Aaron que entró en la habitación encontrándose al maquillador sentado al lado de Arya con las piernas pegadas a las de ella.

—¿Escuchar el qué? —Preguntó el chico con un deje de rabia.

—Kevin era un gran apoyo para mi hermana, me alegra mucho escuchar eso —explicó la chica—. Nos ha invitado a que vayamos con los actores a jugar a las cartas, ¿vamos?

El chico, resignado y tras un resoplido, aceptó la propuesta de su compañera e hizo que desalojasen la sala de forma inminente. Él se posicionó al lado de la chica y se marcharon a una sala donde el resto del elenco se encontraba sentado en cojines en el suelo.

46

La parte alta de la sala estaba inundada por una gran humareda de tabaco, producida por las aspiraciones expulsadas tras tomar bocanadas de la cachimba situada en el centro de la habitación y humo proveniente de los cargados porros formados por marihuana verdosa. Todo había sufrido un cambio en apenas cuarenta y cinco minutos.

La mayoría de los actores estaban consumiendo algún tipo de estupefaciente o bebiendo algún tipo de alcohol.

Los dos jóvenes nuevos se quedaron sorprendidos, pues no se imaginaban un ambiente tan drástico.

La última en llegar a la sala fue Maggie que venía con el pelo revuelto y una alargada e inmensa sonrisa. Sus ojos marrones con motas verdes estaban enrojecidos y no paraba de reírse ni de colocarse bien el escote de la camiseta.

—¡Chicos! —Exclamó atrayendo la atención de todo el colectivo—. ¡Traigo más hierba! Esta noche va a ser de las buenas… —y, con una carcajada, terminó la frase.

—Le haces buenos trabajitos al jefe para que te la dé, ¿eh? —Inquirió con malicia Oliver.

—Tú cállate, que nos va a probar ni un cogollo, que lo sepas. Y claro que hago un trabajo extra, a ver si te crees que las cosas caen del cielo. Además, bien a gusto se queda. Tengo que reconocer que él tampoco lo hace nada mal, y así ambos disfrutamos —la joven actriz se sentó al lado de una chica que se llamaba Rachel e interpretaba el papel de Hannah, una rubia y tímida chica que no tenía nada que ver con la persona que le daba vida.

—No quiero nada que provenga de tus asquerosas manos, a saber qué habrán tocado —contestó Oliver.

—No te preocupes, que no te iba a entregar nada, aspira el aire, que será lo único con lo que llegarás a colocarte esta noche —replicó Maggie, obviando las últimas palabras del chico.

Entre las dos chicas, Maggie y Rachel, prepararon una fila de canutos que colocaron en línea recta en el suelo. Después los fueron repartiendo entre los compañeros que querían colocarse un rato y olvidar el esfuerzo al que se sometían y la presión con la que cargaban encima sus hombros.

Arya se pegaba cada vez más a Aaron, le provocaba cierta inquietud la escena que estaba presenciando, pues sabía que un exceso de consumo de cualquier droga podía producir situaciones incómodas, pero, además, todo lo que

estaba viendo le hacía pensar en que su hermana había estado en la misma situación. ¿Qué había hecho ella? ¿Seguirles el juego probándolo o esquivarles? La chica sabía la respuesta pero no quería pensar en ello.

—¿Los nuevos van a querer algo? —Inquirió Adam, el actor rubio de ojos claros que daba vida a Isaac. Su voz rota les indicó que ya estaba afectado por algún estupefaciente.

—No queremos nada —respondió Aaron acomodándose con Arya en una esquina de la habitación.

—Pues Katrina cedió mucho antes, se lanzó a probar todo esto de las primeras y que jodida que era —comentó Adam, riéndose sin parar—. ¿No sois gemelas? ¿No sois iguales y hacéis lo mismo?

Arya había obtenido respuesta a las preguntas que habían surgido anteriormente en su cabeza. Aaron estaba alerta ante cualquier comentario del grupo de actores, no confiaba en ninguno y menos viéndolos en ese estado. Esta vez salió en defensa de su amiga.

—Son iguales físicamente pero no mentalmente. Tira a la cama que es lo que necesitas y no seguir fumando esa mierda —contestó enfurecido.

—Eh, tío, tranquilo. Nadie está obligando a nadie, solo estoy comentando las cosas ——mientras iba diciendo eso, andaba hacia atrás trastabillando con las baldosas levantadas del suelo.

Arya sabía que debía aguantar en ese lugar si quería recopilar información acerca de la actividad de su hermana pero no disponía de las fuerzas suficientes para seguir escuchando tales barbaridades. Había descubierto que su hermana no era tan santa como pensaba, y con lo que sabía le bastaba. Pero estaba segura de que probar y consumir narcóticos no le había llevado al suicidio.

Le susurró a Aaron que se quería irse y ambos se levantaron, dispuestos a abandonar la sala.

—Arya, cariño, vamos a empezar la partida de cartas —dijo Kevin que estaba sentado en un cojín en un círculo formado por otros tres jugadores. En el centro una baraja y a un lado una botella de ron.

—No me apetece; además, paso de beber alcohol —se excusó la chica.

Un graznido, procedente de la garganta del peluquero, estremeció a la joven.

—Cariño, ¿sabías qué tu hermana tenía un don para los juegos de cartas? siempre nos ganaba y nunca tenía que consumir ni una gota, seguramente tú también eres igual de buena —hizo una pausa—. Si no quieres beber, siempre queda la opción de dejar en la mesa una prenda —una mirada rojiza y cínica escaneó el cuerpo de Arya—, pero una vez que empieza el juego no puedes retirarte hasta que caigas o salgas vencedora.

Todos los de la habitación estaban en un estado lamentable. «¿Cómo

conseguirían al día siguiente ponerse frente a las cámaras como si en la noche anterior no hubiese pasado nada? », se preguntó Arya. Al igual que su anterior pregunta, esta también tenía una respuesta evidente: se metían más sustancias para el cuerpo, pero de forma más controlada.

—Nos marchamos —comentó Aaron tajante y agarró del brazo a su compañera que estaba paralizada analizando la sala.

Se alejaron con paso acelerado mientras Maggie y otros compañeros les gritaban: *aburridos, aguafiestas, frikis*… En la lejanía Oliver gritaba que le esperasen, que se marchaba con ellos; no obstante, sus gritos fueron sofocados por el resto de bramidos.

Mientras se alejaban, la pareja se dio cuenta de que esos jóvenes no eran como ellos y nunca cambiarían por hacerse amigos suyos, si no les aceptaban como eran, no llegarían a entenderse.

Aaron cogió de la mano a Arya y entraron en el camerino del chico. Olvidándose de Oliver.

47

Los dos jóvenes estaban tumbados en la estrecha cama de Aaron. Abrazados. Unidos, y nada los separaría. Nerviosos y temblando.

—Cuando veía la serie en la televisión, nunca esperaba que el interior fuese tan lúgubre…

—Cuando venía a acompañar a mi hermana, nunca vi nada de esto. Ella se encargó de taparme los ojos con una venda invisible.

Ambos suspiraron, abrazándose más fuertemente.

—Es como si tuviesen tres caras. La primera, es la que dan frente a las cámaras cuando actúan. La segunda es la que dan cuando están durante el día, sus riñas y peleas. La última, es detrás de la cámara por la noche, donde ahogan sus penas a base de alucinógenos —susurró Aaron.

Arya seguía en sus pensamientos.

—Katrina nunca me contó nada. Creo… creo que era para que no viese en lo que se convertía para encajar en este mundo. Supongo que hizo todo lo posible para formar parte y se avergonzaba en lo que se había transformado, por eso no me contó nada.

Los jóvenes se arroparon con las sábanas y mantas que les habían proporcionado. Ahuecaron la almohada y pasaron la noche juntos. El ambiente espeso y malagueño había hecho que su confianza aumentase, y la confianza hacia el resto de personas se disipó.

Mientras Morfeo los mecía con sus polvos mágicos, pudieron escuchar los gemidos de una pareja mezclados con el sonido del viento que producían las ventanas chocando contra la pared exterior. Se acercaron más el uno al otro y volvieron a caer rendidos bajo el influjo del dios del sueño.

Unos puños aporrearon la puerta de la habitación avisándolos de que el desayuno se serviría en veinte minutos y que les esperaban en el comedor.

Los rostros de Arya y Aaron estaban muy pegados y cuando abrieron los ojos se sonrojaron y sonrieron a la vez. La cercanía les ponía nerviosos.

—Creo que ya sabemos a lo que nos vamos a enfrentar a partir de ahora. Debemos confiar el uno en el otro y no separarnos —comentó el chico acariciando el rostro de la joven.

—¿Acabamos de dormir juntos y quieres más confianza? —Preguntó la chica algo más animada.

El chico se removió el cabello oscuro, intentando colocarlo en su lugar.

—Por poder se puede llegar hasta a tener una confianza más personal —comentó Aaron, guiñando un ojo a su compañera.

—No te referirás a… —pero las palabras de la chica se cortaron, cuando el chico pegó sus labios a los de ella. Entre ambos jugaron a un juego en el que las piezas eran sus lenguas que se perseguían la una a la otra. Se buscaban. Se unían.

—A algo así —susurró Aaron sensualmente, con los labios pegados a los de la joven.

Arya se apartó todo lo que la cama le dejaba y se resignó a continuar con el coqueteo y las esperanzas que realmente su interior albergaba.

—Deja de hacer eso, no soy ella –maldijo la chica en voz baja.

—Eres Arya, ¿qué quieres decir? —contestó el chico levantando el rostro de ella con sus dedos.

La joven tragó saliva y expulsó todos los sentimientos que llevaba dentro.

—No soy Katrina Blumer, soy Arya Blumer. No llevo un piercing en la nariz. No soy actriz. No soy nada de eso. Soy solo una chica normal —cogió aire —. Te confundes de persona para jugar.

La respuesta llegó de forma inmediata y sin ningún deje de duda.

—No me he confundido. No me está empezando a gustar Katrina, me gusta su hermana, la chica que se le parece físicamente pero que tiene un carácter diferente y es fuerte.

—No —le cortó la chica.

—Sí. No trates de negarlo, solo te vas a hacer daño. Y si no me crees, te lo demostraré, pero cada beso robado es un tesoro para mí y no pienso devolvértelos. Me pertenecen —guiñó un ojo Aaron—. Nos pertenecen —aclaró.

Y tras formular las últimas palabras el chico se levantó de la cama y comenzó a quitarse la sudadera y los pantalones para colocarse otros. No le importó que Arya presenciase su cuerpo desnudo con las marcas de las operaciones.

—Tienes una mancha rojiza a lado de la cicatriz —comentó la chica levantándose y tocando el punto que estaba nombrando.

—No es nada —susurró Aaron enfadado consigo mismo por ser tan creído y haber intentado seducir a Arya con su cuerpo sin tener en cuenta las huellas que el hospital había dejado en él. Se alejó de la chica y continuó vistiéndose.

—El médico te dijo algo de eso, seguro. Por eso tardaste tanto tiempo —susurró Arya buscando la mirada del chico.

—No. Tranquilízate y vamos a prepararnos o llegaremos tarde.

—No lo niegues.

—No trates de convencerte a ti misma de que me gusta Katrina y quizás te cuente lo que me dijo el médico.

La chica se sorprendió ante el comentario del joven pero no se empequeñeció.

—No te lo estoy pidiendo como alguien con quien te besas, sino como amiga.

—Pues ya que tu curiosidad no se sacia, me hicieron pruebas porque puede que algo vaya mal. Puede que me vaya a morir, y ¿sabes por qué lo estoy escondiendo? Porque a las personas no les gusta escuchar que la muerte está tan cerca y no quiero que nadie que me importe sufra —terminó diciendo las últimas palabras en un tono demasiado elevado.

Arya no se lo pensó y le abrazó fuertemente, pasando sus brazos por el cuello y atrayéndolo hacia ella. Se olvidó de súbito de lo que había dicho antes. Aaron rompió en un mudo llanto que fue aplacado por el cabello de la chica.

Ella le susurró palabras tranquilizadoras.

Él dejó caer sus lágrimas limpias.

Ella dejó de dudar de él.

Él veía cómo todo su mundo se ennegrecía.

Ella posó sus labios en los de él e hizo que su visión se tornase de oscura a clara. Porque en ese momento la chica pudo comprobar que el chico no le había engañado con las primeras palabras que ese día le había susurrado.

48

La leche caliente descendía por las gargantas de todo el equipo de rodaje. Los ojos enrojecidos estaban desapareciendo, las carcajadas descontroladas estaban mudas y los movimientos torpes ahora simplemente eran lentos y pausados como si las pilas se les hubiesen gastado.

La mayoría de la gente tenía junto a su taza de leche o café un vaso de agua, pues la resaca era inevitable hasta para las grandes estrellas.

Aaron se había enjuagado la cara antes de bajar pero aunque hubiese bajado sin hacerlo nadie le hubiese mirado raro, pues era peor el aspecto que los fiesteros noctámbulos presentaban.

—¡Chicos! ¡Atención! —Gritó con su megáfono el director asustando a todo el personal y reteniendo su interés a pesar de una llama de ira que iba colándose entre los trabajadores. Los gritos por la mañana nunca sentaban bien y menos si la noche anterior a penas se había dormido—. ¡Hoy vamos a pasar todo el día aquí también, como ayer, la noche incluida!

Los jóvenes más despejados lo celebraron con algún vitoreo.

—¡Vamos a grabar las escenas que ayer no quedaron bien y, por lo tanto, quiero mucha concentración, solo tenemos hoy para perfeccionarlas antes de terminar el rodaje de esta parte! —Anderson hizo una pausa analizando los rostros de su equipo de trabajo— ¡Si valéis para estar de fiesta por la noche también valéis para trabajar en un set por la mañana, así que quiero que esas caras se animen!

Tras terminar su charla apagó el megáfono y se marchó en solitario a su despacho. «Lo mejor es ser el jefe, sin tener que dar explicaciones a nadie», pensó Aaron.

—Como se nota que se ha dado un chute de algo, porque si no, no estaría así —susurró Oliver, que acabó sentándose enfrente de la pareja—. Buenos días, chicos.

Ambos levantaron la cabeza y solo articularon un par de monosílabos: tenían las gargantas agarrotadas después de las declaraciones de instantes antes en el cuarto de Aaron.

—Anoche intenté alcanzaros cuando os ibais, pero entre el ruido que estaban montando no me escuchasteis —comentó Oliver, removiendo su taza de cola-cao.

Aaron se aclaró la voz, tomó un trago de su café, y contestó al joven que parecía algo nervioso.

—No nos esperábamos ese ambiente y no nos sentíamos cómodos, eso es todo.

El silencio se instaló entre los tres comensales haciendo que paulatinamente la tensión fuese llegando.

—Es irónico que mi hermana siempre dijese que nunca cambiaría para encajar en un lugar y todo cambió cuando entró aquí —dijo Arya, interviniendo por primera vez en la conversación y cortando la tensión con un cuchillo para que se marchase.

—Hay veces que no se puede elegir —comentó Oliver.

—¿Cómo? —inquirió incrédula la chica—. Siempre se puede elegir.

El chico se acercó a la joven para que solo lo pudiese escuchar ella: es difícil alejarte de las drogas una vez las has probado por primera vez; si las tomas sin enterarte, al final acabas pidiéndolas.

«Mi hermana no había comenzado a probarlas por voluntad propia, aunque sí que había sucumbido a los encantos de ellas, pero lo segundo no excusaba a lo primero», pensó Arya.

En la sesión de maquillaje a Arya le taparon las amplias ojeras y a Aaron le dieron colirio para los ojos que aún estaban enrojecidos por lo poco que había dormido aquella noche. En peluquería colocaron de forma desenfadada el cabello del chico y recogieron en una coleta el de la chica. En estilismo a ella le hicieron ponerse un pantalón cortísimo y una camiseta de tirantes, a él un pantalón de deporte y una camiseta de manga corta. No iban conjuntados pero estaban unidos por algo que no se podía ver, su unión era invisible.

Arya trabajó durante toda la mañana en el bosque con la extraña sensación de unos incipientes ojos en su espalda. Aaron recorrió en solitario las instalaciones a la espera de que Katrina señalase algo o algún pensamiento aflorase.

Arya se enfrentó de nuevo a las cámaras poniendo encima de su rostro una máscara. Aaron sintió de repente cómo su cerebro desconectaba, cómo perdía el control y cómo dejaba de controlar sus movimientos. Otra vez había reaccionado tarde, no había podido llegar a realizar las instrucciones de Monroe y ahora su cuerpo y mente estaban a merced de la ~~ex actriz~~ actriz retirada.

Todo era negro. No había luz. El sonido de un reloj de fondo. Tras escuchar el quinto *tic-tac*, un relámpago iluminó el lugar. Tres caminos y por cada uno se acercaba una persona diferente.

Los cuerpos eran de diferentes alturas, los rasgos no llegaba a apreciarlos

Aaron por la distancia, pero conforme las sombras se fueron acercando, un invisible foco alumbró sus caras y pudo descubrir que se trataba de tres de sus compañeros de trabajo.

A la izquierda, Kevin, el peluquero.

En el centro, Oliver, el actor.

A la derecha, Evans, el director.

Segundos después, los focos se apagaron y la oscuridad reinó en la dimensión que había creado mentalmente Katrina.

El silencio comenzó a volverse tenebroso. El chico que estaba de pie sostenido por la oscuridad comenzó a estremecerse cuando una mano con las uñas pintadas de rosa acarició sus hombros. Se giró pero no encontró un cuerpo físico sino dos ojos que bailaban en las sombras y las delgadas manos que le acariciaban el torso.

—Dos de ellos fueron culpables. Uno me ensució. Otro me condenó. Y el que es inocente te ayudará.

Los atributos que se podían percibir desaparecieron en la oscuridad como si se tratase del gato de Cheshire, ese felino que aparecía y desaparecía cuando le venía en gana en las narraciones de Lewis Carroll.

Ráfagas de viento fueron despejando las tinieblas hasta devolverlo a la realidad.

Estaba tendido en el suelo, y nadie se había percatado de ello.

49

Aaron se levantó del suelo aparentando normalidad, nadie le había visto. A la hora de la comida abordó a Arya, la arrastró a un apartado del bosque donde nadie les escucharía y le contó la nueva aparición de Katrina.

Habían llegado a tres conclusiones.

La actriz retirada no los había abandonado.

Pero si intervenía demasiado en el mundo de los vivos para solucionar los problemas que no arregló en vida, no podría regresar al mundo de los muertos y vagaría siempre en el limbo (esto lo descubrieron gracias a una llamada realizada a Monroe).

Y por último, tenían tres sospechosos pero ninguna pista que ayudase a descartar a ninguno.

Por la tarde solo tuvieron que realizar algunas poses para completar los álbumes que había ideado el fotógrafo y no se separaron ninguno del otro mientras comentaron aspectos que fueron sacando y analizando del resto de sus compañeros.

Las grabaciones realizadas de noche fueron más largas que las de la mañana, pues el día anterior habían tenido más problemas con los focos y la luz y muchas escenas apenas se apreciaban bien. Tuvieron que repetir prácticamente toda la grabación nocturna y esto hizo que Aaron estuviese alerta frente a Oliver y no perdiese ningún detalle de sus movimientos. Arya estuvo alerta del director, pues confiaba en Kevin, aunque tampoco apartaba la vista de él.

El humo volvió a inundar la sala que los actores compartían. Las sustancias volvían a correr. El alcohol volvía a circular. Algunos adolescentes empezaban a danzar con pasos desequilibrados y sus mofletes habían pasado a ser de un color rojizo, sus ojos estaban iluminados y presentaban la misma tonalidad que sus mejillas y las carcajadas excesivamente efusivas comenzaban a escucharse.

Arya se había adelantado a Aaron y estaba sentada en una alfombra apartada del tumulto, intentando conversar con una Taylor que realmente no tenía el mismo carácter que Emily, el personaje que interpretaba en la serie y que quería arrancarle los ojos de las cuencas. A pesar de que mantenía una conversación, estaba pendiente de su alrededor, observaba con atención cada movimiento, cada calada y cada trago que realizaban sus compañeros.

En la sala no estaban todos los miembros del equipo, ni todos los

sospechosos, pero no por eso debía bajar la guardia.

—Arya, cariño, me puedes acompañar a que te entregue una cosa —susurró el maquillador pegando sus labios a la oreja de la chica, interrumpiendo a Taylor mientras argumentaba un comentario que acababa de hacer sobre su película favorita.

Arya estaba alerta después de la conversación que había mantenido con Aaron y no se marcharía del grupo bajo ningún concepto. Además estaba conociendo a algunos de sus compañeros que en ese momento no estaban centrados en los vicios que asolaban la sala.

—Tengo algo que me dio tu hermana en uno de sus días más tristes —continuó Kevin intentando persuadirla.

Un resorte se encendió en la mente de la chica. Su hermana. ¿Por qué desconfiar del chico que había sido el apoyo de su gemela? Además, quería devolverle algo de Katrina que seguramente fue muy importante para ella. Arya sentía la necesidad de retener todos los retazos que encontraba de su hermana, desde su ropa hasta su último mensaje. Quería, necesitaba tener ese retazo de ella.

Ambos se levantaron del suelo y se alejaron del grupo de actores, atravesaron un par de pasillos con paredes vacías hasta llegar al estudio personal del maquillador, que estaba escondido en una sala, apartado del resto de camerinos.

Cuando atravesaron el umbral de la puerta de madera esta se cerró con un pestillo. Un chirrido arañó los tímpanos de la chica sentenciando que no era una buena idea. ¿O sería solo una simple apariencia y todo eso le ayudaría a descubrir quién era el culpable de todos los males de su gemela?

Aaron acababa de llegar a la sala común pero no encontró a su chica, solo humo, cigarros, botellas de cristal... Su cabello negro no estaba. Solo había cabellos revueltos multicolores. Sus ojos cristalinos no estaban. Solo había ojos enrojecidos. Su tímida sonrisa había desaparecido. Solo había muecas torcidas. Los nervios se apoderaron de él.

Arya se sentó en el sofá aterciopelado, de color crema, como le había indicado Kevin. Este se sentó junto a ella en el espacio que había a su lado. Ella tenía reparos ¿por qué habría echado el pestillo? Él le entregó una pulsera formada por un pequeño eslabón con forma de estrella. Ella la reconoció. Él sonrió. Ella sollozó. Él la consoló. Él la abrazo consolándola. Él comenzó a acariciar su cuello, su espalda, su coxis…

Aaron recorrió la sala de nuevo con la mirada: no la encontraba. Arrastró sus pies por cada baldosa del suelo, no estaba y lo sabía. Oliver se acercó a él y le preguntó que qué le pasaba. Él le miró a los ojos. Contempló su mirada verdosa acordándose de las palabras de Katrina intentando verificar qué puesto de las categorías ocuparía el chico que tenía delante pero no tenía tiempo de pensar, solo debía encontrarla. Confió en su compañero, se estaba arriesgando, él lo sabía ¿perdería o ganaría? Le contó que no encontraba a la chica. Oliver se puso en alerta, sus alarmas se encendieron, sabía dónde estaba o eso creía, la había visto marchar junto a otra persona en una dirección concreta. Salió corriendo en la dirección que su mente le indicaba, un camerino compartido por el resto de maquilladores.

50

Arya sabía que la pulsera era de su hermana, se la habían comprado juntas un fin de semana que habían salido por las calles de su ciudad. Ese día habían estado comprando ropa y al salir de una tienda se fijaron en un pequeño puesto de joyas artesanales. Allí estaban ambas pulseras que iban en un pack juntas, no dudaron en comprarlas y cada una había llevado en sus muñecas una. Aunque con el tiempo fueron utilizándolas menos, siempre las habían guardado. Eran un amuleto para las gemelas y les tenían mucho aprecio.

—Muchas gracias —dijo limpiándose con el torso de la mano las lágrima—. No sé cómo puedo agradecértelo.

—No te preocupes, cariño. —hizo una pausa—. Aunque pensándolo, hay una cosa que puedes hacer para compensarme —susurró meloso el chico, acercando su rostro al de la chica y comenzando a recorrer el cuerpo de ella como si de un pulpo se tratase.

Sus hombros, sus pechos, su tripa, su sexo, sus muslos, sus brazos, su delicioso cuello y sus sabrosos labios. Seguía un camino, el del cuerpo. Arya no había reaccionado a tiempo, cuando se quiso dar cuenta estaba a su merced.

Recorrieron los dos jóvenes el pasillo embaldosado con grandes zancadas. Llamaron a una puerta del camerino que el actor con más experiencia pensó que sería el lugar escogido, pero no había respuesta. Siguieron recorriendo los angostos correderos.

La chica intentó apartarse. Él había conseguido tumbarla y ahora estaba encima, aprisionándola con su cuerpo. No podía hacer nada. Sus fuerzas flaqueaban e iba viendo como su ropa desaparecía de su figura sin que pudiese hacer nada. La sudadera cayó al suelo. La camiseta. Los zapatos. Los calcetines. Todo iba desapareciendo, dejando su silueta al descubierto.

Llamaron a otra puerta pero no obtuvieron respuesta. ¿Dónde estaría? A Oliver se le estaban acabando las ideas y Aaron no se conocía el lugar como para imaginarse donde podía estar su amiga.

La chica había sido arrastrada del sofá a la cama con la que contaba la habitación. No podía decir nada, su voz estaba desquebrajada. Un único grito salió de su garganta. Tenía miedo. La mirada del ser que la estaba acechando

estaba clavada en ella, abrasándola, ensuciándola. Él sujetaba sus brazos. La estaba controlando. Y en ese momento las piezas del puzle se unieron a la vez que el sonido de su sujetador hizo *clic*. La última prenda que protegía su pecho descendía hasta el suelo, arrebatándole parte de su intimidad.

Aaron se paró de golpe, la voluntad de Katrina estaba cobrando vida en su interior. Su cerebro percibía gritos del alma de la actriz retirada pero no llegaba a procesar el sonido. Su cuerpo dejó de pertenecerle por un momento que aprovechó el espíritu para cambiar de dirección y llevarle hasta una puerta que había pasado desapercibida en su veloz recorrido. De nuevo, la voz de Katrina desapareció en cuanto consiguió su cometido y volvió a ser dueño de su cuerpo.

Arya susurraba reiteradamente que parase, que no siguiese, su voz se estaba entrecortando y temía que la abandonase como su ropa. El chico aún no había conseguido quitarle los pantalones, pero si nadie iba a socorrerla eso cambiaría y las últimas prendas que resguardaban su piel también la abandonarían. Kevin ignoraba los regueros de sangre, procedentes de los arañazos que Arya le había ocasionado en la mejilla, que por su rostro surcaban, solo buscaba su propio placer. En el interior de la chica aún daba cabida la posibilidad de que alguien la encontrase. La mirada del joven de mechas verdes era lasciva y venenosa, quemaba cada parte del cuerpo de la chica, al igual que sus manos.

—Mi hermana murió por tu culpa —Gritó Arya con las pocas fuerzas que le quedaban mientras hacía movimientos bruscos para intentar quitarse al joven de encima.

—La flor de loto, Katrina. Se resistió menos, se acongojo y lloró, pero no se enfureció tanto —susurró Kevin acercando sus labios a los de ella—. Claro que eso que le eché en la bebida también hizo su trabajo.

La chica volvió a intentar propinarle una patada en sus partes nobles; cada vez que nombraba a su gemela la ira la atenazaba por dentro, pero no conseguía nada. Tumbado sobre ella estaba él. Él llevaba las riendas de la situación. Sus pegajosas manos le recorrían los costados, el momento iba a llegar, la poca ropa que le quedaba se marcharía y su destino estaría escrito.

Ambas gemelas serían denigradas por el mismo hombre, ensuciadas por las mismas manos y engullidas por los mismos ojos.

Arya cerró los ojos, no quería contemplar nada más, no quería ser testigo del momento que iba a llegar. Solo quería que acabase todo de una vez.

Los leggins iban descendiendo lentamente por el muslo. Ya se podían ver sus braguitas con lunares, pronto también ellas dejarían de esconder el tesoro de la joven.

Pero un estruendo abrió la puerta.

Dos chicos.

«Dos ángeles», pensó Arya.

No trató de esconder su cuerpo semidesnudo, no se movió. Necesitaba una señal para saber que era libre.

Aaron contempló cómo Arya estaba tumbada en la cama, indefensa y sin nada que apenas le cubriese su delicado cuerpo. No pensó. Solo actuó. Se abalanzó sobre el semidesnudo maquillador, que había ido quitándose su ropa a la vez que la de la joven.

Lo apartó de la chica y lo tiró al suelo, su cuerpo rebotó contra las losas. A continuación, comenzó a propinarle una serie de puñetazos y golpes, primero en la cara, el labio, la nariz; después, en el estómago y el pecho. Con la punta de los pies atizó los costados del maquillador. La sangre era expulsada del cuerpo del pérfido joven ensuciando los azulejos.

Oliver se ocupó de la joven que estaba en estado de shock tumbada sobre el desecho catre. Mientras su compañero se encargaba de retener y golpear a Kevin, él buscó las prendas desaparecidas de la joven y se las acercó, activando el resorte que hizo que la chica reaccionase y se vistiese. Los ojos tan expresivos de Arya ahora parecían los de otra persona, no parpadeaban solo estaban abiertos de par en par como si contemplasen una visión.

El actor sacó de la sala a la chica y la dejó a un lado de la puerta mientras comenzó a bajar a la parte de abajo telefoneando a la policía y a las ambulancias. Esa noche se necesitarían al menos dos ambulancias para transportar a la descompuesta chica y al destrozado maquillador. Todo había acabado.

Aaron no podía parar. Los puñetazos salían disparados solos, las patadas eran lanzadas solas, algo se estaba apoderando de él. La sangre que le estaba salpicando el rostro y la ropa no lo frenaba. Sabía que el maquillador ya estaba inconsciente y que lo mataría si seguía así, pero algo le movía a que continuase. Sus ojos color chocolate se habían tornado hacia un azul helado. Katrina estaba actuando. Se estaba vengando. Ni la sangre, ni los tejidos, ni el dolor iban a impedir que tuviese su tan deseada venganza.

No podía parar. Su cuerpo se movía incontrolablemente. Aaron estaba perdiendo de nuevo. Pero una voz le paró, a él y al alma que estaba en su interior, alguien que conocía la lucha que se estaba llevando en su interior.

—¡Katrina para! Esto no es justicia. Márchate a donde te corresponde, sabemos tu secreto y el cabrón que lo hizo pagará por ello pero no con la muerte —gritó Arya, que había entrado de nuevo en la habitación por miedo a que su amigo no tuviera cuidado con sus actos. La chica estaba temblando, tenía miedo

de todo lo que había a su alrededor, pero sabía que tenía que intervenir. Cuando vio el descontrol en el rostro de su amigo y los ojos fríos como el hielo, apartó sus sentimientos haciendo acopio de sus fuerzas.

Oliver seguía fuera hablando con la policía y no se estaba percatando de nada, pues estaba sumergido en un interrogatorio que parecía no acabar.

Aaron perdió el poco control total que tenía sobre su mente, todo se volvió oscuro para él. Solo veía oscuridad. Negrura. Y en un momento dado ya no veía nada, no sentía, era como si estuviese muerto.

Una voz demasiado aguda para un chico reverberó en la habitación revuelta y ensangrentada.

—Tú no lo entiendes, hermanita —hubo una pausa y la voz fue aclarada—: él me destrozó, me ensució y dejó que odiase mi cuerpo. No podía mirarme en el espejo sin recordar cómo su piel tocaba la mía. Las drogas hacían que esa sensación desapareciese y disipase esos recuerdos pero llegó un momento en el que nada hacía desaparecer ese quemazón interior. Ese asco que sentía por mí misma.

>>El día que te hice venir a las tres de la mañana fue el día que perdí mi inocencia y comencé a sentirme como una bastarda. Y lo peor de todo es que no podía decir nada: Anderson apoyaba todo lo que su mano derecha hacía, Kevin.

La respiración entrecortada del cuerpo de Aaron hacía que la habitación se tambalease para el cuerpo controlado por el espíritu. La única verdad estaba saliendo al exterior.

—El fabuloso director era un gran comerciante en el mercado negro y le entregaba a su gran amigo las pastillas más potentes para conseguir que el peluquero lograse sus objetivos y disfrutase de noches de placer——hubo de nuevo un pausa—. Si me rebelaba contra el jefe os lo haría pagar a vosotros, me lo había dicho y él siempre cumplía sus amenazas. Yo no quería que mis deudas cayesen sobre vosotros. Esto era mi problema, yo me había metido en él. Mi error. Si no continuaba, además de las represarías, no podría hacer frente a las deudas que mi adicción había generado —otra pausa hizo que el cuerpo de Aaron se revolviese y agarró del cuello al maquillador que yacía inerte con los ojos cerrados y las extremidades colgando, al igual que el cuello—. Pero voy a terminar ahora con la persona que arruinó mi vida y ha estado a punto de arruinar la tuya.

—Tú no eres así —La interrumpió Arya. Tenía que encontrar el modo de tranquilizar al espíritu enfadado aunque tuviese que esforzarse con sus últimas fuerzas mientras sus ojos se inundaban de lágrimas saladas—. ¿Te acuerdas de cuándo nos compramos esta pulsera? —le enseñó la pulsera que el peluquero le había entregado—, dijimos que nunca cambiaríamos ni nada cambiaría entre

nosotras —tomó carrerilla y dijo todas las palabras que se agolparon en sus labios—. Por favor, hazme el último favor, no acabes con su vida. Tú no pagarás las consecuencias, sino Aaron, y él te ha ayudado.

Katrina se había quedado sin palabras, la interrupción de su hermana no estaba en sus planes y había creado un conflicto en su interior entre el bien y el mal, entre la venganza llevada a cabo por ella o por otras personas que lo harían de forma más pacífica, entre su hermana o su demonio interno.

Había que tomar una decisión y esa no iba a tardar en llegar. Además, no le iba a gustar a todo el mundo.

51

Su decisión no se hizo esperar.

Eligió el bien, la venganza justa y ante todo a su hermana, su gemela, su medio caramelo.

—Solo quiero decirte una cosa —tomó aire el cuerpo de Aaron para pronunciar las últimas palabras de Katrina—: Oliver fue mi mejor aliado en esta batalla, él me quería y, sin embargo, nunca llegamos a nada más que algunos besos. Las apariencias engañan, hermanita —la confesión llegó y el misterio se reveló, dejando claro que los rumores muchas veces son verdades alteradas. Su discurso no acabó ahí y un leve susurró salió de la boca que manejaba la actriz retirada—. Por cierto, el tío este que me deja su cuerpo está loco por ti.

Aaron notó un calambrazado en su cabeza y, a continuación, cómo su cerebro volvía a formar parte de su mente. La oscuridad desapareció al igual que la negrura que le había asolado. Ahora se notaba más ligero y con una nueva sensación. Notaba que estaba solo en su propio cuerpo y no lo estaba compartiendo con nadie más.

La presión cedió sobre Arya y, tras las últimas palabras de su hermana cayó desmayada al suelo. La opresión que su cuerpo había sufrido le había superado.

La ambulancia llegó después de la policía. El rostro destrozado de Kevin se arreglaría y se curaría pero en prisión, al igual que sus heridas y cardenales. El productor de cine, que a lo largo de su carrera había sembrado tanta polémica, volvería a ser titular de los periódicos y acapararía la atención de todos los medios de comunicación. Y acompañando a su jefe, todos los actores que estaban colocados pasarían el resto de la noche en el calabozo hasta orden del juez.

El cuerpo de Arya fue trasladado en una camilla hasta el hospital, acompañada en todo momento por Oliver y Aaron que no se atrevían a dejarla sola.

Tres ambulancias se alejaron del albergue por el camino de grava que llevaba hasta la carretera comarcal.

Una llevaba a un chico con un coma etílico.

Otra llevaba a un chico con un cuerpo demacrado.

La última llevaba a una chica inconsciente.

52

Una semana después…

Decían que el tiempo ponía a las personas en el lugar que les correspondía, y esto es una gran verdad.

Arya tuvo que estar ingresada durante algunos días, debido a que sufría conmociones por los sucesos sucedidos en la pequeña habitación. Algunas secuelas y miedos perdurarían junto a ella, junto a los recuerdos de su hermana, pues estaban grabados en su cerebro.

Sus padres, sumidos en la tristeza y soledad, revivieron dándose cuenta de que aún les quedaba una hija y esta había estado a punto de abandonarles. Tenían que volver a ocupar sus papeles de padres y ayudarla a ella y a todas las personas que habían sufrido lo mismo que Katrina. Ya no valía la pena buscar el motivo de su suicidio: ya lo sabían. Tampoco valía la pena velar una fotografía veinticuatro horas al día, no volvería. Había que volver al presente y no anclarse en el pasado, y eso hicieron.

El juicio contra la compañía y gran parte de los trabajadores saldría a la luz en apenas unos meses y esto hizo que la prensa estuviese controlando la vida de los partícipes durante todo ese tiempo. Por eso, cuando Aaron y su compañera entraron en el hospital debido a una llamada urgente de su médico habitual, no se sorprendieron de que hubiese un gran revuelo de periodistas.

La pareja entró en el despacho de su viejo doctor y juntos esperaron las noticias. El chico se acomodó en una silla y, junto a él, Arya, algo tensa por las sensaciones que le producía ese edificio.

—Veo que esta vez traes compañía —comentó el doctor Looper.

El joven asintió con la cabeza, quería saber el resultado de las pruebas.

—Voy a ser franco contigo y no me voy a ir por las ramas, hay que volver a intervenir —la tensión embriagó la sala—. Cuanto antes mejor. Si logramos parar la hemorragia interna hay muchas posibilidades de que puedas seguir con tu vida normal.

—Hagámoslo ahora mismo —dijo con voz firme el chico.

El médico no daba crédito a las palabras del muchacho, aunque sabía que eso podía ocurrir y había puesto en alerta a un grupo formado por cirujanos y enfermeras que estaban de guardia.

—Tienes un equipo esperándote. Esto puede durar toda la noche, así que, tu acompañante tendrá que esperar en la sala de espera. Además deberías avisar a tus padres, aunque seas mayor de edad, es bueno que cuentes con ellos, esto es

un consejo de amigo.

Arya no había abierto la boca durante la conversación, se sentía abrumada. Iban a operar en ese mismo instante a Aaron y ella no podía hacer nada, solo esperar y sentarse. Aguantar el tipo, como solía decir su difunta abuela. Pero lo que más le sorprendía era la actitud firme de su amigo, que no mostraba indicios de nerviosismo ni de miedo.

Todo pasó para ambos de forma rápida. La llamada de los padres de Aaron, su presencia en la sala de espera. La toma de medicamentos preparatorios por parte del chico, esta vez junto a ella. La separación de la pareja y posteriormente el ingreso del joven en la sala de operaciones. La anestesia general recorriendo cada conducto del cuerpo del joven y finalmente la intervención. Agujas, gasas, tijeras y sangre, mucha sangre, borbotones de líquido rojizo.

Nunca sabes lo que el destino puede depararte, si acortará tu vida en ese mismo instante o la prolongará hasta un tiempo indefinido. Todo podía acabar en un segundo. Todo podía acabar donde todo empezó, en una operación.

53

De nuevo Aaron se encontraba en la sala cuadrangular y blanquecina; enfrente, un biombo de madera y una voz clara que le hablaba pero no la comprendía.

Estaba en una nube, entre la realidad y el sueño.

Un cuerpo delgado con las uñas pintadas de rosa, con el cabello negro, ojos cristalinos y un piercing en la nariz salió de detrás del objeto marrón. Era Katrina, que por fin daba la cara en un sueño del chico.

—Gracias por todo —susurró la actriz retirada—. Cuídala y no le hagas daño, porque si hace falta volveré del mundo de los muertos y te arrastraré conmigo. Sé dónde vives —le guiñó un ojo la chica.

Aaron asintió con la cabeza y se preparó para que le dijese alguna amenaza más.

—Antes de marcharme, dejo en mi corazón mi última gota de fuerza para que así puedas continuar tu vida y no se acabe en esta operación.

Esta vez, fue Aaron el que agradeció todo lo que le había entregado la chica. No solo habían sido problemas sino que le había dado una segunda oportunidad para vivir.

Las cortinas se agitaron al compás del baile que las llamas de las velas marcaban. Era el día y el momento.

Monroe dejó encima de la mesa de cristal una hoja de papel en blanco y una pluma de escribir. A continuación, se acomodó en su asiento y esperó a que fuese apareciendo el espíritu al que tenía que ayudar a traspasar el limbo porque su función en el mundo de los vivos había acabado.

El reloj fue marcando los segundos con su *tic-tac* tan característico, las cortinas se enredaron y el viento chocó contra los cristales de las ventanas.

La pluma comenzó a elevarse hasta ponerse en vertical encima del papel. Una mano invisible trazó varias líneas que fueron formando palabras. Después, el trozo de papel se alzó sobrevolando hasta que fue colocado en el regazo de la médium.

“He logrado que se hiciese justicia. Ya puedo regresar a donde pertenezco.

Katrina.”

La adulta africana suspiró y cogió sus cartas del tarot. Las extendió a lo largo de la mesa creando un semicírculo y en el centro colocó su bola de cristal. Posteriormente, sacó de debajo de la tabla un libro negro con las tapas

enmohecidas, con rasguños y arrugas. Pasó las páginas cuidadosamente hasta llegar a la página ciento treinta, allí estaban las palabras adecuadas, el hechizo; en definitiva, todo lo que necesitaba.

Leyó las palabras escritas en el antiguo cuaderno, cerró los ojos y levantó ambos brazos con las palmas de las manos hacia arriba. Repitió las palabras hasta tres veces y, finalmente, bajó rendida los brazos.

Todo había acabado. El espíritu se había marchado fuera del limbo y había superado la dimensión que lo separaba del mundo de los muertos. Aquella que en un principio no podía cruzar porque estaba cerrada con una llave invisible.

Un caso más cerrado. Ahora podía eliminar de su lista un espíritu menos con el que luchar.

Abrió los ojos.

Su peor pesadilla había acabado.

La hemorragia interna estaba controlada.

Aaron era libre y vivía para contarlo.

Epílogo

Habían dejado la moto negra con manchas verdes aparcada al lado de la acera, ahora caminaban de la mano. La mano libre de ella sujetaba un ramo de amapolas. La mano libre de él estaba guardada en el bolsillo de su pantalón vaquero.

Todo era silencio, solo se escuchaba el sonido producido por los pasos de los visitantes del cementerio.

La tumba de Katrina estaba al final de una calle: su lápida plateada guardaba una foto de la joven y una inscripción escogida por su hermana gemela.

“Puede que mi dolor sea la causa de la risa de alguien. Pero mi risa nunca será causada por el dolor de alguien.

Charles Chaplin.”

La pareja se sentó al lado de la tumba y colocó las amapolas rojizas en un jarrón que incluía la sepultura. Cada mes la visitarían para que no se sintiese sola y para no olvidarla, después de todo ella les había unido.

Una historia se estaba acabando pero otra se estaba empezando a abrir para que nuestros protagonistas la contasen.

Una historia de amor forjada por un corazón. Una vida alargada por un corazón.

Nota de la autora

A la hora de escribir la novela y sobre ciertos temas me he tomado una serie de licencias que quiero citar.

En primer lugar, los datos sobre los donantes de órganos no se encuentran disponibles en los hospitales, los lleva otro organismo.

Por otro lado, todo lo respectivo a las grabaciones y lo relacionado con el set de rodaje es ficticio. Cada productora y director tiene sus métodos, yo decidí crear los míos.

Por último, y no por ello menos importante, dejando a un lado el tema de la novela, quería agradeceros, a todos los que habéis acabado la lectura, vuestro tiempo y esfuerzo.

Gracias por querer conocer a Katrina. Gracias por formar parte de la vida de Aaron y de Arya. Gracias por terminar la novela.